

"UNO AL SESGO"

Arte de ver Los Toros



GUIA DEL ESPECTADOR



EL ARTE DE VER LOS TOROS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DEL NIÑO DE DIOS

El primer torero, Lagartijo	(Agotada)
Los dramas del toreo	íd.
Recortes y galleos	íd.
Necrología taurina	íd.

DE UNO AL SESGO

Almanaque Taurino, 1911	íd.
Los crímenes del gallismo	íd.
Los reyes del toreo	íd.
Chistes taurinos.	íd.
Joselito el Gallo.	íd.
Para leer en el tendido	íd.
Los ases del toreo. (4 series)	
A los cuarenta y tantos años de ver toros.	
Los novilleros punteros.	
El arte de ver los toros. Nueva. Edic. ilustrada	
Toros y toreros en 1924	(en colaboración con Don Ventura)
Toros y toreros en 1925	íd.
Toros y toreros en 1926	íd.
Toros y toreros en 1927	íd.
Toros y toreros en 1928	

DE TOMÁS ORTS-RAMOS

De la sangre del toro. Narración novelesca

UNO AL SESGO

EL ARTE DE VER LOS TOROS

GUÍA DEL ESPECTADOR

NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA
CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA



BARCELONA
EDICIONES DE LA FIESTA BRAVA
ARAGÓN, 197

Es propiedad del autor

D e d i c a t o r i a

Para mi hijo Edmundo:

*Que como MEDIO AL SESGO,
y en calidad de sobresaliente de revis-
tero, sin perjuicio de ir a clase, no
estará de más que aprenda EL ARTE
DE VER LOS TOROS, que no es lo
mismo que el arte de mirarlos, y así se
vaya preparando para la alternativa,
que ya es cosa de tiempo nada más.*

UNO AL SESGO

Palabras preliminares



titúlase este librito ARTE DE VER LOS TOROS, *Guía del espectador taurino*, porque así conviene a los fines editoriales, no porque el autor tenga la pretensión de imbuir el tal arte al lector de estas páginas, ni la más temeraria todavía de guiar al espectador, pues le es ya de antiguo conocida la rebeldía del taurino a seguir caminos que le aparten del trillado, por lo mismo siempre más practicable. Y no es floja ventaja.

Pero ya que, sea por lo que sea, hemos titulado ARTE DE VER LOS TOROS a este librito, aprovecharemos la oportunidad que el título nos brinda para decir algo que se nos antoja importante y conveniente para la orientación del lector.

Los toros, o sea, la fiesta taurina, como sucede con todos los espectáculos y en general con todas las manifestaciones del Arte, pueden considerarse desde dos puntos de vista diferentes y hasta casi se podría decir antagónicos: uno es el del simple espectador aficionado, y otro el del profesional y por extensión el del aficionado práctico.

Para estos tienen los lances del toreo un valor

técnico, mientras que para aquéllos no lo tienen más que espectacular.

De ahí se infiere que por lo menos dos, y no uno, habían de ser los *artes de ver los toros*.

¿Cuál de ellos es el que en estas páginas se pretende enseñar?

En la intención, el que sólo atañe al espectador, pero discriminarlos, no es cosa fácil en todos los momentos; y sin querer, en la mayoría de las ocasiones se invadirán ambos campos, por lo mismo que en la vida diaria, entre aficionados, ambos se mezclan y confunden, por un prurito, que acaso no fuera temerario llamar malsano, de ver, apreciar y hablar "en torero", con lo que nos parece que damos mejor idea de nuestra suficiencia, cuando en realidad lo que ocurre es que enturbiamos nuestro juicio y falseamos nuestra verdadera opinión.

La manera de evitarlo, en esta labor mía, no se me alcanza y he acabado por no pretenderlo; pero sí quiero poner en guardia al lector, ya que no para que consiga él lo que yo no he conseguido, al menos para que en instantes de desorientación, cuando vea rebatido su pensar y echada por el suelo su opinión, ante el pensar y el opinar de otro aficionado, profesional o práctico, que por una de estas dos razones suponga con mayores y mejores elementos de juicio para dictaminar, recuerde que hay dos *artes para ver los toros*, tan distintos uno de otro que en muchos momentos son antagónicos.

El torero y el que ve los toros con ojos de torero, no hay más remedio que repetirlo, da la máxima importancia a detalles y formas de ejecución de las suertes que el no profesional, el simple aficionado espectador, es muy difícil que aprecie, aun conociendo teóricamente y de memoria en qué consisten. El entusiasmo, la emoción, que le haga experimentar un determinado lance, por su belleza, por su gallardía, por su elegancia, por lo que haya puesto de personal, y por lo tanto de nuevo e imprevisto, el diestro que lo realiza, distraerá su atención hasta el punto de olvidar en qué terreno, con qué ventaja o desventaja, etc., se ha llevado a cabo. El profesional, por el contrario, eso es lo que tendrá en cuenta; y sobre nuestro entusiasmo verterá un jarro de agua fría, haciéndonos saber que aquello hubiera tenido mérito un poco más fuera del tercio, bajando otro poco más el capote, adelantando la pierna contraria, etc., etcétera, también. Total, que el aficionado espectador que estaba la mar de contento con el buen rato que el tal torero le había dado, so pena de confesar su ignorancia, ha de renunciar a la impresión recibida y trocarla por la ajena.

En tauromaquia, como en todo, el profesional es un mal crítico. Por mucho que sea su desinterés, por grande que sea su deseo de objetivar, por esfuerzos que haga para abandonar su punto de vista técnico, verá y juzgará siempre como profesional; y su mayor conocimiento de los secretos del arte, de

las facilidades y dificultades que en la práctica ofrece aquél, serán el mayor inconveniente para que tome en consideración efectos y resultados que para el espectador son importantísimos.

Uno es el arte de guisar y otro el de comer; no es lo mismo ser sastre que saber vestir.

Para un torero, por ejemplo, será el mejor aquél que practique el arte en forma que más se parezca a la suya de practicarlo o por lo menos aquella que él hubiera deseado poseer, dentro de sus posibilidades. De ahí que vaya, en ocasiones, su admiración hacia diestros que el aficionado ha considerado como medianías. Y es que esas medianías, tales desde el punto de vista suyo, por su carencia de personalidad, de elegancia, de estilo propio, de todo, lo que, en una palabra, impresiona al espectador, reúnen en cambio las cualidades que, desde el punto de vista del torero, son más apreciables, como por ejemplo la valentía, el conocimiento de la lidia, la aplicación estricta de las reglas establecidas en la ejecución de las suertes, o lo que en suma pudiéramos llamar el dominio del oficio, que en éste, como en todos, sólo el que lo ejerce sabe las dificultades que encierra conseguirlo, y por lo tanto está justificada su admiración. Pero no es ese el caso del espectador.

No es esto negar que un torero pueda ser al mismo tiempo un buen aficionado en el sentido que venimos dando a esta frase, ni tampoco que sea

desdeñable en todo su opinión, pues aun en el supuesto de que ésta se base siempre en la técnica, el conocimiento de ella, en cierta medida, sin perder nunca el carácter de generalidades, es muy útil al espectador y puede servirle de ilustración.

Lo que yo trato, con los reparos expuestos, es de evitar que un exceso de técnica perturbe al aficionado, lo desoriente, lo desconcierte, acabando por no saber qué es lo que le gusta o qué es lo que le debe de gustar o no gustar.

Téngase presente que el arte de torear es empírico por excelencia, y por lo mismo que, para un torero, las reglas son las que él practica o las que ha visto practicar, y todo lo que no se ejecute de conformidad con ellas no es torear. Y, sin embargo, llevo años repitiéndolo: toreando como *no se puede torear*, haciéndole al toro lo que *no se le puede hacer*, pisando terrenos que se decían *vedados*, la tauromaquia ha llegado a ser esa fiesta arrogante y bella, que en la actualidad disfrutamos.

Si a la crítica profesional nos hubiésemos atendido, poco, muy poco, habrían variado las normas tauromáquicas; y hoy nos encontraríamos a muy corta distancia del toreo de hace un siglo.

¿No puede decirse lo mismo de otras artes?

Pues bien, y para resumir, sin desconocer, y menos aun negar, como un poco más arriba se dice, que el criterio del torero puede ser de utilidad al del espectador, no hay que perder nunca de vista que

en mucho han de ser antagónicos forzosamente, por el diferente concepto que uno y otro tienen de la fiesta, que queda prontamente discriminado con sólo decir que lo que para uno es oficio para el otro es diversión.

Y ya que del concepto que de la fiesta se tiene hemos hablado, bueno será decir que entre los mismos aficionados, no profesionales, existe una divergencia de criterio que nace precisamente de una diferencia de ese concepto.

No es lo mismo el espectáculo para el que lo considera de constante riesgo y exposición, afrontados gallarda y valientemente, y vencidos con hombría y tesón, que para el que sólo ve en él una sucesión de actitudes bellas y elegantes que hacen olvidar lo arriesgado y expuesto del ejercicio.

Para aquél su diversión está en las dificultades que el toro ofrezca, por su tamaño, por su fuerza, por su "sentido", y en los recursos y el valor que el diestro emplee para triunfar de él; para el otro, en cambio, ese toro astuto y temible será indeseable, pues no dará ocasión a los alardes de arte ni a las plasticidades que son peculiares en el torreo moderno. ¿Cómo es posible que se entiendan estos dos aficionados?

Afortunadamente, la mayoría la forman los segundos; y al decir afortunadamente bueno será añadir, que no es esto declarar que nuestra predilección por el "arte de torear bellamente" sea tan absoluta

que queramos ver excluído todo riesgo y peligro de la fiesta. Sin ellos, las corridas de toros degenerarían en un simulacro, en una pantomima insípida; lo que equivaldría a restarle su más alto y característico valor. Bien que las corridas pierdan la brutalidad, la crueldad, la bestialidad que fué en otra época su mayor aliciente, pero no que se las prive de lo que es su única razón de ser como ejercicio de valientes y espectáculo para valientes.

De esta larga digresión se deduce que componer un ARTE DE VER LOS TOROS es tarea menos fácil de lo que en un principio parece, pues cada cual ve los toros a su modo y manera; pero hay algo en que todos convienen y a todos conviene saber, y ese algo es lo que con estas páginas me he propuesto divulgar con toda modestia, sin echármelas de dómine, haciendo más que obra de experiencia obra de paciencia, como el lector avisado tendrá ocasión de apreciar.

En realidad, de verdad, aquí de lo que se trata es de poner un poco al día las reglas tauromáquicas que, en los manuales hasta ahora publicados vienen manteniéndose tal y como el gran Francisco Montes, las dictó, inspiró o autorizó a *Abenamar*, si como se tiene por seguro fué éste el redactor de la célebre *Tauromaquia o Arte de Torear* que va avalada con el nombre del famosísimo maestro de Chiclana.

De entonces a la fecha ha evolucionado tanto el toreo, se han modificado de tal manera los lances, ha variado hasta tal punto el concepto de la fiesta

que, pretender aplicar los preceptos de antes a la lidia de ahora daría como resultado una completa desorientación para el aficionado.

Esto ya justifica—es su mayor justificación—la presente edición de este librito; pero aun hay otra razón, también de algún peso, si bien es verdad que, respecto a ésta, los obstáculos que se oponen a su reconocimiento son tan enormes, que tratar de superarlos acaso pareciera insensatez. La razón es el verdadero galimatías que se ha producido en el tecnicismo taurino, bautizando y rebautizando cada revisitero a su gozo y capricho los diversos lances nuevos unos y remozados otros; los obstáculos son la ignorancia en parte, la vanidad en no poca y la soberbia en mucha, que han de impedir que el buen sentido impere, si está en pugna con ellas, pues le han de presentar esa resistencia pasiva, disfrazada de desdén, que tan óptimos y ópimos frutos negativos produce.

Si a esa resistencia se añade la escasa difusión que estos libros de toros suelen alcanzar, pues no hay *afición* que la tenga menos a la lectura de cosas que a ella se refieran, que la taurina, pocas son las ilusiones que el autor puede hacerse respecto a la eficacia de su labor; pero eso no obstante la realiza, con la vaga esperanza de que a alguien será útil, de que quizá en esta ocasión, como en algunas otras, quiera su buena suerte que algo se encuentre en estas páginas digno de ser patrocinado por quien esté en condiciones de difundirlo, habiénd-

dosele logrado de ese modo indirecto su propósito.

Entiéndase que, al hablar así, no hace el autor referencia, ni remotamente, a sus ideas particulares ni a sus personales teorías sobre el arte de torear; se refiere exclusivamente a lo ya preceptuado, a lo ya establecido, que unas veces porque se ha interpretado mal, otras porque se desconocía, ha dado origen a un vocabulario técnico arbitrario y anárquico, que es el mejor para que no nos entendamos.

Un ejemplo: El notable escritor y ameno cronista taurino *Don Pío*, bautizó con el nombre de *gaoneras*, al lance al costado *por detrás*, porque seguramente ignoraba que esa suerte, con las modificaciones que al resucitarla introdujeron Mariano Armengol, Gaona, etc., ya estaba catalogada, definida y bautizada por Francisco Montes en su *Tauromaquia* (1).

Para muchos sigue siendo ese lance *gaonera*, para bastantes al *costado por detrás*; pero los hay que por un lamentable afán de distinguirse, la identifican y por lo tanto confunden, con la suerte de *frente por detrás*, de algunos años a esta parte en desuso, cometiendo el más craso de los errores. *Pepeillo*, inventor de este capeo, muy anterior al otro, al llamarlo de *frente por detrás*, quiso decir: como de *frente* (como la verónica), pero *por detrás*, y para convencerse de ello basta con leer la definición que da en su *Arte de torear* (2). Se trata, pues, de una

(1) Página 121, de la edición príncipe, de 1836; página 125, de la edición de 1876, refundida por *Pílatos*.

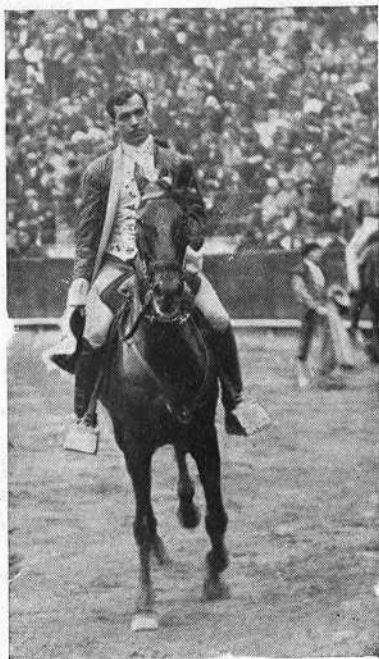
(2) Página 23 de las ediciones de 1827 y 1834; página 12 de la de 1879. No poseo aún las dos primeras de 1796 y 1804.

verónica, de las del antiguo régimen, dada con el capote a la espalda. ¿Tiene eso algo que ver con el *lance al costado*? A mayor abundamiento: Montes en su *Tauromaquia* habla de ambas, una después de la otra; y excusado decir que tras de Montes, todos los que han publicado manuales de tauromaquia. ¿Cómo ha podido pasar inadvertido esto para los que se empeñan en confundirlas, cuando además algunos de ellos tienen edad suficiente para haberlas visto practicar una y otra, y por lo tanto para establecer las grandes diferencias que entre ambas existen?

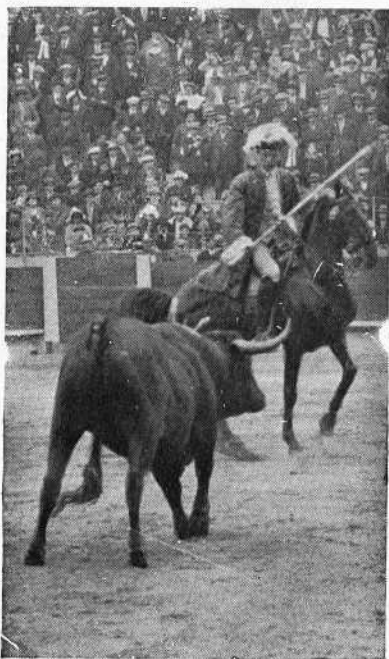
No se explica sin la intervención de un amor propio, de una soberbia que no da su brazo a torcer.

Otro ejemplo: *Cambio* es en tauromaquia aquel lance en que se le señala al toro la salida por un lado y se le da por el contrario. Naturalmente, esto sólo puede hacerse mediante un engaño, capa o muleta, y en modo alguno a cuerpo limpio. Pues bien, no hay manera de desterrar del vocabulario lo de *banderillas al cambio*, a pesar de que claramente se ve que no existe tal *cambio*, pues al toro se le da la salida por el lado que se le señala, y eso sería imposible de practicar, por lo tanto, con banderillas, a no tratarse de un toro amaestrado a la voz.

Cierto que los toreros dicen *cambiar* y no *quebrar*, que en el *Arte de torear*, autorizado por Manuel Domínguez, se habla de *banderillas al cambio*, que ya en los días en que el *Gordito* innovó esa suerte se la denominaba así por algunos, que más tarde se quiso hacer una distinción entre *banderi-*



Caballero en plaza



Suerte de rejonear

llas al quiebro y banderillas al cambio, según se movieran o no los pies al ejecutarlo; pero todo eso significa muy poco, no significa nada, ante la razón potísima, de que con banderillas *no es posible cambiar*; no es posible, repitámoslo, *señalarle al toro una salida y dársela luego por el lado contrario*, que es lo que en el tecnicismo taurómico se llama *cam-
biar o dar un cambio*.

Dirá el lector, ¿pero tiene eso alguna importancia? La tiene, sí; porque si los lenguajes se inventan para que las gentes se entiendan, si a una misma cosa cada cual la llama a su antojo, con el nombre que mejor le place, o da a una el nombre de otra, se lleva mucho adelantado para lograr lo opuesto de lo que con la invención del lenguaje se había aspirado: es decir, que no nos entendamos o por lo menos que nos entendamos confusamente, precisamente cuando en los tecnicismos se tiende a su internacionalización.

Algo de aquello es lo que ocurre con el taurino, y nosotros desearíamos que no ocurriera contribuyendo a evitarlo en la medida de nuestras fuerzas, muy inferiores a nuestros entusiasmos y nuestro amor a todo lo que se relaciona con la fiesta de los toros, que acaso amemos tanto por su carácter genuinamente español, porque es cosa exclusivamente de España, aunque en otras tierras se intente su aclimatación; y no figuran entre éstas, claro está, las hispano-americanas, que consideramos como una continuación de las nuestras.

Bien se nos alcanza, porque no es nuestra ignorancia tanta que no sepamos que todo lenguaje vivo, por el hecho de serlo, se halla en constante transformación y mudanza, y sus voces se renuevan unas y cambian a veces de significado, desaparecen otras, etcétera; bien se nos alcanza, repetimos, que el vocabulario taurino no había de permanecer fijo e inmutable a través del tiempo, ni, por lo tanto, abogamos por una perennidad absurda. Como se ha dicho en párrafos anteriores, nuestro afán se circunscribe modestamente a evitar confusiones, para lo cual nada más eficaz que llamar a cada cosa por su nombre y rechazar todo neologismo que no mejore o aclare el término empleado.

Los toreros en su gerga, o lenguaje pintoresco, crean de continuo vocablos y frases, que en ocasiones, con sus apariencias de idiotismos, tienen un valor gráfico que, unido al otro pintoresco, les da rápido arraigo entre los aficionados, viniendo a hacer el oficio de forma dialectal de ese lenguaje, y lo mismo que en los idiomas acontece, pasan a la forma literaria o culta, aquí técnica, siempre que reúnan la condición adecuada de adaptarse a lo que pretenden expresar. Así hemos aceptado: "ganarle y perderle la cara al toro", "parón", "tirón", "perder el sitio", etc., que tienen el mérito de expresar claramente lo que de otro modo no sabríamos decir sin emplear una perifrasis no siempre aclaratoria.

No va, pues, contra esas innovaciones, nada en absoluto.

No estará demás advertir, para terminar este prefacio, que no es este librito un manual de tauromaquia para uso de profesionales o que intenten serlo; está escrito para los espectadores, como su título indica, que en esto sí que el título es exacto; así, pues, al explicar una suerte no es que se pretenda enseñar su ejecución al aficionado, sino simplemente ponerle en condiciones de poder apreciar el mayor o menor mérito de ella, imponiéndole de las reglas a que se halla sujeta.

Pero téngase presente también, por lo que a estas reglas se refiere, que si bien las básicas o fundamentales son incommovibles, quedan éstas reducidas a un número escasísimo; las otras, todas las demás, varían de época en época, a impulsos de la moda que impone un torero extraordinario, por la transformación que se opera en los gustos del público, porque así lo exigen las costumbres, cada día más suaves, de los pueblos, etc., etc. Por lo tanto, cuando digamos que así o asao deben de ejecutarse los lances, lo que queremos decir es que de tal o cual manera es como *ahora nos gusta* que se ejecuten.

Y por último, con estas breves páginas, no hemos pretendido darle al aficionado un tratado completo de tauromaquia ni mucho menos infundirle conocimientos que sólo la propia experiencia, la continua observación, procuran; esto es, sencillamente, una

guía que facilite al espectador la comprensión de lo que en la plaza ocurre y le ponga en camino de apreciarlo, con probabilidades de acierto, gracias a los elementos de juicio que estas nociones le proporcionen.

Y dicho está todo lo que nos hemos propuesto.

En nuestro *Diccionario Manual de tauromaquia* hallará el lector aficionado todo lo que aquí falta para su completa ilustración en la materia, puesto que allí no solamente estará comprendida la técnica, sino también la historia y la biografía. Confórmese, pues, con estos rudimentos ahora, que no ha de tardar en poseer con el nuevo libro cuanto a su deseo de saber, a su curiosidad y a su afición interese, todo en la medida, desde luego, que nuestras facultades nos permitan.



El toro

TRAPIO, PINTA, CORNAMENTA, DEFECTOS, CONDICIONES DE LIDIA, TRANSFORMACIONES, T.^ª EDAD



El toro de lidia, o toro bravo, es una variedad del *Bos Tauros Ibericus*, que se encuentra únicamente en España, Portugal, S. de Francia y en varias Repúblicas hispanoamericanas, donde los españoles lo importaron y en la actualidad mantienen la sangre brava los criadores del país, refrescándola frecuentemente con sementales adquiridos de las mejores castas de España, especialmente en Méjico y Perú. Que el toro bravo español descende del uro o toro salvaje que en la Edad Media abundaba en toda Europa, no faltan naturalistas que lo sostienen, diferenciándolo del bisonte con el que algunos lo confunden. Rüttimeyer, en sus *Orígenes de las especies domésticas*, y Karl Vogt han encontrado los caracteres especiales del uro en el toro escocés y no en el bisonte de Europa. Según Dode, el toro salvaje de Escocia es lo mismo que el toro bra-

vo español, en su origen. De todos modos, y sin oponernos a ese parecer, el toro de lidia es el producto de un proceso selectivo que ha dado por resultado un tipo genuinamente español, que por la belleza de su estructura y las condiciones de vigor, bravura y sencillez, es el único apto para la lidia. Esa valentía que le hace arremeter ciegamente contra todo lo que le incita o irrita, la facilidad con que muda de objetivo, tan pronto como otro se interpone o llama su atención, y el hecho de embestir, con raras excepciones, de frente siempre, "humillar" para dar la cornada, etc., ha hecho posible el combate del hombre con fierra de tanto vigor y pujanza, pues de sus formas siempre iguales de acometer, de manifestar sus inclinaciones y tendencias en la lucha, se han podido deducir reglas generales sobre las cuales se ha basado la tauromaquia.

Dentro de la variedad del toro español de lidia, existen lo que pudiéramos llamar subvariedades o castas, para la formación de las cuales ha contribuído no poco el medio ambiente, clima y suelo, además del canon selectivo que cada criador se forja de conformidad con sus intereses y preferencias. De algunos años a esta parte tiende a unificarse, sin embargo, ese tipo, por el predominio de la casta andaluza de Vistahermosa, pero aun subsisten en esta misma dos ramas: la saavedreña, de pelo negro zaíno en general, y muy rara vez colorado, y la lesaqueña, que da negros mulatos, llorones o morci-

llos; y otros, como la vazqueña, en que abundan todos los pelos, pero son más característicos el berrendo, el jabonero y el albahío; la gijona, de la que apenas si queda algo, y da toros castaños, colorados (llamados gijones) y retintos; la navarra, de toros más chicos y nerviosos, y pelos castaño y retinto, hoy casi extinguida, etc. (1).

Mas cualquiera que sean los caracteres secundarios que diversifican estas castas, el toro arquetipo que los criadores persiguen y los aficionados prefieren ha de reunir las condiciones que constituyen lo que se llama *buen trapío*, según la Academia con manifiesta redundancia, puesto que *trapío* ya de por sí quiere decir "buena planta y gallardía del toro de lidia". Pero veamos lo que en tauromaquia designamos con ese nombre.

Trapío es el conjunto de propiedades que determinan la buena o mala estampa del toro.

Se dice de buen trapío al toro que es de libras, tiene el pelo luciente, espeso, sentado, fino y limpio; las piernas enjutas y nerviosas; las articulaciones pronunciadas y flexibles; la pezuña pequeña y redondeada; los cuernos de buen tamaño y colocación, finos y negros o muy oscuros; la cola larga, espesa,

(1) Para el caso de que algún *depurativo descubriera* que estos párrafos se leen también en la voz *Toro* de la Enciclopedia Espasa, conste que el autor de este librito lo es a la vez del artículo aquel, por tener a su cargo en dicha magna publicación lo referente a Tauromaquia.

suave; las orejas vellosas y movibles, y los ojos negros y vivos.

Se llama *pinta*, el color del pelo del toro, la cual nada influye en sus condiciones.

Los nombres con que se designan las múltiples pintas de los cornúpetos son las siguientes:

Albahio.—Color canario muy claro.

Albardado.—Retinto o castaño con el lomo muy claro.

Aldinegro.—Toro castaño o cárdeno que tiene negra la piel de medio cuerpo abajo en toda su longitud.

Aparejado.—Berrendo con una lista por el lomo, de unos quince centímetros de ancho.

Barroso.—Color amarillo sucio, tirando a terroso.

Berrendo.—De dos colores dispuestos en grandes manchas. Manchado de dos colores, dice la R. A. E.

Berrendo en negro.—Blanco y negro.

Berrendo en castaño.—Blanco y castaño.

Berrendo en cárdeno.—Blanco y cárdeno.

Berrendo alunarado.—Cuando las manchas de los dos colores son proporcionadas en tamaño.

Berrendo atigrado.—Si el color negro, castaño o cárdeno es a lunares pequeños. Se llaman también *estorninos* los toros que presentan esta pinta.

Berrendo capirote.—Todo el cuello y la cabeza del color distintivo.

Berrendo botinero.—La parte superior de las manos y patas blanca y la inferior de otro color.

Berrendo calcetero.—El botinero cuando tiene

abierta por una lista clara la parte de color oscuro.

Berrendo en jabonero.—Blanco y jabonero.

Bocinero o *jocinero*.—Que tiene el hocico negro y lo demás de su piel o al menos la cabeza de otro color.

Bragado.—Toro de cualquier pinta, excepto la del berrendo, cuyo vientre es blanco.

Capuchino.—Llámase así al toro que siendo de un color tiene la cabeza de otro. Es pinta que escasea, pero la hay y no debe confundirse con el *Capirote*.

Cárdeno.—Color de ceniza. El *tordo* de los caballos.

Careto.—El toro de cualquier color que tiene la cara blanca y el resto de la cabeza obscura, o al contrario.

Castaño.—Color castaña, más o menos claro.

Castaño verdugo.—Manchas oscuras por el cuerpo.

Castaño salinero.—Diminutas manchas blancas por el cuerpo, especialmente por los cuartos traseros.

Castaño ojo de perdiz.—Círculo claro alrededor de los ojos.

Castaño ojinegro.—Piel negra ribeteando los ojos.

Chorreado.—Toro de cualquier pinta con listas verticales del lomo al vientre, de su color, pero más oscuro que lo restante. Pueden ser chorreados todos los toros menos los negros y berrendos.

Ensabanado.—Con todo el lomo, costillares y extremidades blancos. El ensabanado puede ser capirote o capuchino, pero si a más fuese calcetero o

botinero, se califica ya simplemente de berrendo.

Gijón.—Castaño encendido. Este nombre es muy general en el centro de España, por recuerdo de la célebre ganadería de D. José Gijón, vecino de Madrid, cuyas reses tenían todas esa pinta, que en otras partes llaman *colorada* impropriamente, pues no es nombre éste admitido entre las pintas.

Girón.—Toro que siendo exclusivamente de un color tiene una sola mancha blanca, no muy grande, con tal que no sea en la frente o en el vientre.

Jabonero.—Blanco muy sucio.

Listón.—Con franja de distinto color que el del cuerpo, y sin interrupción a lo largo de la columna vertebral. El ancho de la lista no debe pasar de cuatro dedos.

Lombardo.—Negro con el lomo castaño oscuro.

Lucero.—Castaño, negro o cárdeno, con mancha blanca en el testuz.

Meano.—El toro que tiene blanca la parte ocupada por los órganos de la generación, siendo lo restante del cuerpo de pinta oscura. Se diferencia del bragado, en que éste tiene todo el vientre blanco.

Meleno.—Cornúpeto de cualquier color, que tiene un gran mechón de pelo en el testuz cayendo sobre la frente.

Mulato.—Negro pardusco.

Negro.—Color negro.

Negro azabache.—Negro aterciopelado y lustroso.

Negro zaino.—Cuando no tiene nada blanco y es además su pelo casi mate.

Nevado.—Toro de cualquier pinta, menos berrendo, que tiene en el fondo de su piel pequeñas manchas blancas en mayor o menor número.

Ojalado.—Con festón alrededor de los ojos como de cinco centímetros de ancho y de color diferente a lo demás del cuerpo.

Retinto.—Color castaño muy oscuro y cuello casi negro.

Rebarbo.—Pinta oscura, con el hocico blanco.

Salinero.—Blanco y castaño sin formar manchas.

Sardo.—Toro que en manchas de indiferente magnitud y juntas, tiene los tres colores de negro, castaño y blanco.

La capa o pinta nada tiene que ver con la bravura del toro. Esto no obstante, como los pelos claros son más propios del ganado manso, los criadores tienden a eliminarlos y sienten especial predilección por el negro, que es el predominante en Andalucía y muy particularmente en la casta de Vistahermosa de la que hoy puede decirse que descienden la inmensa mayoría de las vacadas españolas.

Conviene tener presente, además, que en las ganaderías de una cierta antigüedad, y en las que en éstas han tomado origen, existe una pinta, mejor estaría decir un trapío, típico, característico, y rara vez fallan los toros que lo tienen, bien sea por he-

rencia remota, bien porque de ella saquen los ganaderos los sementales para conservarla. Así, por ejemplo, los negros mulatos, los cárdenos y entrepelados del Saltillo, hoy de D. Félix Moreno Ardanuy, salen muy bravos la mayoría de las veces; lo mismo ocurre con los negros zainos de Murube, hoy de doña Carmen de Federico, y con todos los que de ambas ganaderías proceden, como son Santa Coloma, Pérez Tabernero, Clairac, Blanco, Sánchez de Coquilla, conde de la Corte, Tovar, etc., pues como ya se ha dicho, pocas son las que no tienen sangre lesaqueña y sangre saavedreña, las dos ramas principales de la famosa vacada del conde de Vistahermosa.

Algo parecido ocurre con el pelo jabonero de los toros que fueron del duque de Veragua o que de ellos provienen. He leído en alguna parte que esta pinta no es, como se cree, vazqueña, y por lo tanto no tiene el abolengo que se le supone en la ganadería ducal. Pero el hecho de que otras vacadas andaluzas de casta vazqueña, como las de la viuda de Concha y Sierra y aun la misma, ya disuelta de Benjumea, dieran algún toro jabonero, más la primera que la segunda, me hace pensar que de la de don José Vicente Vázquez viene ese pelo, que abunda asimismo entre los toros de Pérez de la Concha, y no se ve en cambio en ganaderías genuinamente castellanas por su origen.

* * *

Por la forma o disposición de los cuernos, se denominan:

Astiblanco.—Toro de cuerno blanco, menos la punta, que es oscura. Por ser este color de los cuernos el propio del ganado manso, se hace sospechoso el toro que así los tiene.

Astillado.—Con uno o ambos pitones rotos, formando en el final hebras más o menos finas .

Astifino.—Toro que tiene las astas delgadas y brillantes.

Bizco.—Que tiene uno de los cuernos más bajo que otro, bien por estar caído o torcido, o por ser menos largo.

Brocho.—Con astas que sin ser gachas son algo caídas y al propio tiempo apretadas.

Capacho.—Llaman así a la res que tiene las astas abiertas y un poco caídas.

Cornalón.—Que tiene largas y grandes las astas pero en su dirección natural.

Corniabierto.—Toros cuyos cuernos son abiertos en demasía, engendrando una cuna sumamente ancha.

Corniapretado.—Que tiene los cuernos muy juntos, especialmente los pitones y la cuna muy estrecha.

Cornidelantero.—Con astas cuyo nacimiento, está en la parte de frente del testuz, siguiendo la rectitud de ellas hacia adelante.

Corniavacado.—El que a diferencia del anterior tiene el nacimiento de los cuernos muy atrás y su inclinación separada.

Cornicorto.—Con cuernos pequeños.

Cornipaso.—Que tiene los pitones vueltos rectamente hacia los lados.

Cornivuelto.—El que asimismo, los tiene vueltos pero hacia detrás.

Cubeto.—El que tiene las astas tan caídas y juntas por los pitones, que le es imposible herir con ellas. No es toro admisible para jugarse en corridas de cartel.

Despitornado.—Toro cuyos cuernos están rotos, pero no romos, siempre que quede en ellos alguna parte de punta.

Gacho.—Con astas que arrancan más abajo del sitio en que comúnmente apuntan, teniéndolas agachadas, pero sin abrir ni cerrar mucho.

Hormigón.—Toros cuyos pitones son poco agudos, o redondos, aunque menos que los mogones.

Mogón.—Cornúpeto que tiene completamente roma la punta de un asta o de las dos. No es toro de plaza en corridas de toros.

Playero.—Suele llamarse así en general a todo bicho mal encornado, a pesar de que no falta quien aplique este nombre sólo a los exageradamente corniabiertos.

Veleta.—Cornúpeto que tiene los cuernos prolongados y altos.

Se puede decir de los cuernos lo que de las capas se ha dicho en anteriores páginas. En nada afecta la encornadura a la bravura del toro; pero como indudablemente sobre aquélla influye también el gusto,

preocupación o enseñanza de la experiencia, del criador, existen igualmente formas de cornamenta peculiares de tal o cual ganadería, y desde luego de cada casta aunque en todas se den todas. Así se observa que en las de procedencia navarra abundan las veletas, que las castellanas sean más desarrolladas de pitones; y que al presente traten los ganaderos de que sean sus reses recogidas de cabeza, por ser así como las prefieren los toreros, o sean los consumidores, hasta cierto punto con razón, pues el toreo hoy en boga se hace poco menos que impracticable con un animal cornalón, dado lo cerca que se exige que pasen los toros.

Entre los aficionados no es raro encontrarlos que adjudiquen a la encornadura suma importancia. Desde luego, para el torero puede tenerla, no tan sólo por el mayor o menor peligro que represente la disposición de las astas, sino también por lo que pueden contribuir al lucimiento o deslucimiento según embista y tire las cornadas el animal. Un *corniveleto*, por ejemplo, que derrote por alto desarmará con frecuencia al diestro, lo mismo toreando de capa que de muleta. Pero aparte de esto, hay cornamentas que resultan más o menos simpáticas al aficionado, y son muchos los que sienten esa simpatía por los *cornigachos*, no exagerados y los *acapachados*, porque creen haber observado en ellos un mayor número de reses, cuando no bravas, nobles y dóciles. Es posible que sea así, pero ignoramos la causa de este fenómeno, si se generaliza a todas las ganaderías.

Por sus condiciones para la lidia, los toros pueden clasificarse en:

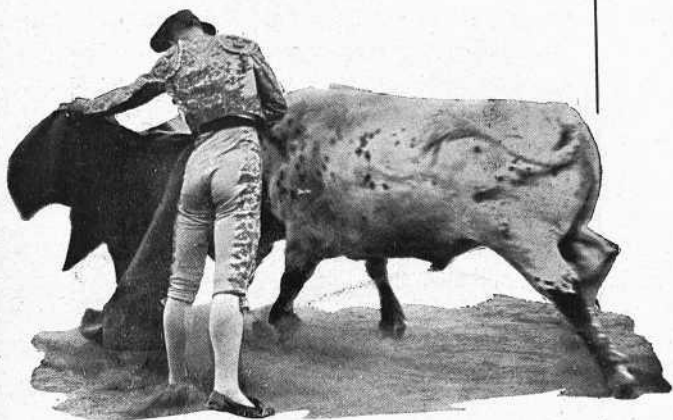
Abantos.—Se llaman así a los que son medrosos por naturaleza, y a veces huyen al tirarles el diestro un capotazo; otras veces se arrancan y antes de entrar en jurisdicción se vacían con rapidez.

El aficionado, aunque observe esa faena en un toro, debe esperar a que se fije con algunos capotazos, antes de declararlo manso, pues en muchas ocasiones estos toros se reponen y acaban por cumplir bien, excelentemente en algunos casos.

Boyantes.—Son los toros bravos, claros y nobles, que toman el engaño perfectamente y siguen siempre el viaje que se les señala. Hay categorías en ellos, pues no siempre acompaña en igual grado la bravura a la nobleza.

Las reses boyantes se subdividen en blandas, duras y secas. Es la blanda la que se duele al castigo, no aprieta, tira generalmente coces a la salida, y realiza ésta torciendo el cuello; dura, la que en el contronazo hace bastante fuerza, por no sentirse al hierro; no cocea al salir, ni ladea el pescuezo en ese momento; y seca, aquella que, después de consumada la suerte, vuelve a colocarse en ella esperando otro objeto a que acometer.

Bravucones.—Se llaman los toros *abantos*, medrosos, que embisten muy poco y alguna vez al tomar el engaño rebrincan y se quedan en el centro de la suerte sin permitir rematarla. Hay quien con este



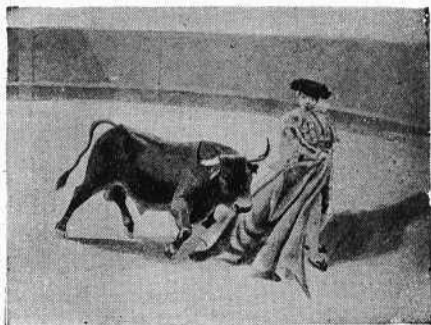
Verónica



Verónica



Al costado por detrás



De frente por detrás

nombre designa a los bravos, pero en un sentido diminutivo. No hay tal.

Celosos o revoltosos son los que en iguales condiciones que los boyantes, discrepan de éstos en que tienen más codicia por coger, y en su virtud se revuelven ligeros para buscar los objetos, sosteniéndose con fuerza sobre las manos en los lances y siguiendo con la vista el engaño que, sin darse cuenta huyó de la cabeza. Por más que para torear estas reses se necesita mayor agilidad que para los boyantes, son muy buenas para lidiarlas y se prestan a la ejecución lucida de todas las suertes. Hoy se dice de ellos *que tienen nervio*.

Ciñense o se *acuestan* los toros que aunque toman cumplidamente el engaño, se acercan mucho al cuerpo del torero, y casi le pisan su terreno. Los toros que se ciñen ofrecen también una lidia vistosa y segura; pero hay que tener cuidado de darles siempre bastante salida y despegarlos lo posible, sobre todo en los pases de muleta. No hay que confundirlos con los que adelantan por uno u otro lados, porque éstos lo hacen al cornear, y suele ocurrir que un mismo toro se *acueste* de un lado y *adelante* del otro.

Ganan terreno aquellos que estando en suerte comienzan a caminar hacia el diestro, ora cortándole el terreno, ora siguiendo el de fuera. De estos toros existen dos géneros, que importa distinguir; unos principian a ganar terreno desde la primera suerte, notándose que es su peculiar manera de partir; y

otros empiezan a tomarle después de aquélla, y lo hacen intencionadamente por haber sido burlados. Si a estos últimos se les juntara el rematar en el bulto. hay exposición en torearlos sin precauciones.

Pegajosos son los cornúpetos que a pesar de tener libre la salida, no la toman y se quedan en el centro tirando cabezadas, intentando llegar al bulto, y cuando lo consiguen, desarmando al picador, no quieren dejarlo ni les hace mella el castigo.

Recargan los toros que llegan a la garrocha y al sentirla se salen de la suerte como para ocupar su terreno; pero conforme se les quita del morrillo, arrancan al rematar con prontitud y vuelven sobre el bulto para cogerle. A veces muestran tanta codicia como los pegajosos.

De sentido.—Toros de sentido son los que distinguen el cuerpo del engaño, por lo que no hacen caso de éste y rematan constantemente en aquél. A veces toman el trapo, pero es a la fuerza, y no por ello dejan de rematar en el bulto. La lidia de estos toros está sembrada de escollos, no obstante los cuales el arte tiene recursos para anular el peligro. Estos toros se suelen llamar *marrajos*, y así lo admite la R. A. E., en sentido figurado, pues el marrajo propiamente dicho es el tiburón.

Burriciegos.—Existen además, por defectos en la vista, los toros burriciegos y son aquellos que ven mucho de cerca y poco de lejos; otros, que ven mucho de lejos y poco de cerca, y otros, que no ven lo suficiente ni de cerca ni de lejos. A los primeros

debe citárseles en corto para que vean próximo ai diestro y se consientan; entonces arrancan con codicia y ligereza, por lo que, si conservan piernas y al torero le faltan o no está sobre sí, pueden embrocarlo.

Los de la segunda clase son de cuidado para lidiarlos. Como no distinguen bien, acometen a todo lo que se les pone por delante, y buscan el bulto por ser objeto mayor y que, por consiguiente, ven mejor.

Los del tercer grupo son los mejores de todos los burriciegos: no viendo el viaje, rara vez siguen al torero hasta rematar. Pero en cambio son los más pesados y propenden a aplomarse, o por lo menos dan una lidia como los *aplomados*, por lo cual lo que el torero gana en seguridad pierde en lucimiento. Cuando este defecto es muy pronunciado, los toros que lo tienen no son de lidia, puesto que con ellos casi todas las suertes fracasan. Con frecuencia esta ceguera es una consecuencia de la misma lidia, y se atribuye a congestión. Tal vez sea así.

Sobre esto debe de fijar la atención el aficionado, pues no se puede torear a un toro burriciego lo mismo que a un toro con la vista normal, y cada uno de ellos requiere una lidia adecuada.

* * *

Transformaciones.—Otra cosa que debe tener presente el aficionado es la transformación que sufre el toro en sus condiciones durante la lidia, pues es

muy frecuente que una res que salió abanta se crezca, que otra brava se huya o duela al castigo, que un toro noble se haga de sentido, etc., no una vez, varias en los breves minutos que está en el ruedo.

La inmensa mayoría de los toros al pisar la arena no lo hacen con ese afán de combatividad que nos complacemos en adornarlos. Asombrados, deslumbrados, en un principio, a poco que se reponen, las primeras carreras son en busca de una salida que les conduzca al campo y sólo cuando se convencen de que no existe, es decir, cuando se *enteran*, se avienen a la lucha. De ahí que no porque un toro salga *abanto*, se ha de deducir que es manso irremisiblemente. Antes de sentenciar hay que dejar que se *entere*, y sólo después, si acepta o rehuye el combate, se podrá formar juicio respecto a su bravura. Cosa que saben los buenos aficionados es, que los toros de la casta de Saltillo, son muchos abantos de salida, lo cual no quita para que de esa casta precisamente resulten más bravos que de las otras.

También lo contrario suele observarse a veces. Toros que salen de los chiqueros revelando una gran codicia, que en los primeros capotazos doblan por ambos lados, dando grandes muestras de bravura, y que a poco comienzan a echar la cara por el suelo y a escarbar, embistiendo cuando se deciden desproporcionadamente y mal. *Desengañados* prontamente al verse burlados, se vuelven recelosos y cuando parten lo hacen por creer que van a cojer, por lo que sólo lo intentan si les parece que es sobre seguro.

Lo mismo que los anteriores estos animales chasquean al espectador que se precipita en sus juicios.

Prevenido, pues, el aficionado con estas advertencias respecto a estos toros que, aun siendo frecuentes, no constituyen la regla general, añadiremos que señal de toro bravo, aunque no infalible, es que a la salida acuda a cuantos objetos le inciten; que al tirarle el capotazo para correrlo arranque hacia donde se le llama; que al embestir humille, *meta la cabeza*, hasta casi rozar con la arena el pitón, y tome el viaje que el capote le indica, y llegue hasta las tablas si el torero las toma, y en vez de mirar hacia arriba y tirar el derrote por alto, haga lo contrario y lo dé en las tablas o parte baja, que es donde ha quedado el extremo del capote. Si esto hace, hay muchas probabilidades, casi la seguridad, de que se trata de un toro bravo y noble; y toreado debidamente, sin más castigo que el preciso y sin más capotazos que los oportunos, puede dar excelente y mucho juego.

El toro, en cambio, que en vez de correr ligero y rápido, agarrándose al terreno, sale al trote, que al tirarle el capotazo o bien no dobla y sigue su camino, o si embiste adelanta las manos y apenas baja la cabeza para cogerlo, o se detiene tirando la cara al suelo y escarbando, lo más frecuente es que sea manso.

Si al salir barbea las tablas y trata de saltarlas, poca confianza debe de inspirar.

Esto es lo que como regla general ocurre; pero aparte de que ya hemos dicho que las excepciones abundan, no se ha de perder de vista tampoco que una mala lidia, las condiciones físicas del animal, unas veces por exceso de gordura, otras por escasez de fuerza y poder, algunas a efecto de un rajón con la puya o de un puyazo en mal sitio, etc., etc., cambian por completo las condiciones de lidia de una res, en mal lo más a menudo, en bien no pocas veces ya sea porque se consienten ya porque, como en la jerga taurina se dice, "han ido a más", se han *crecido*, acabando por hacer buena pelea los que la iniciaron mala.

Por lo tanto el aficionado debe de estar atento a estas transformaciones y modificar su juicio con respecto al toro tantas veces como sea preciso.

Si el espectador no conoce perfectamente la calidad del enemigo que tiene delante el torero, es imposible que pueda apreciar las faenas que con él se hacen, pues no es lo mismo torear una res noble y franca, que otra de sentido y bronca. Cada una tiene su clase de toreo.

De ahí que se diga con tanta razón que "los toros dan y quitan", porque el toro es el factor principal en este espectáculo.

Además, es muy conveniente que el aficionado tenga en cuenta, en el día más que nunca, que el toro apto para el toreo en moda actualmente, ha de reunir condiciones especiales, no tantas quizá como algunos diestros exigen para hacer faena, pero sí al-

gunas que en la forma antigua de torear eran innecesarias.

Un toro bravo, con nervio, codicioso, con fuerza en las patas, que se revuelva pronto, no es el más a propósito para que con él hallen lucimiento la mayoría de los toreros modernos. Por eso se dice que el toro bravo es el que más pronto descubre al mal torero. Con ellos no basta saber dar lances bonitos y pases bonitos; es preciso ante todo dominarlos, con faenas de castigo, para las que precisa un gran conocimiento del oficio y todo el valor que da a' diestro ese conocimiento de su arte y de sus facultades físicas, en una palabra, de su superioridad sobre el enemigo. Toreros de esa categoría, de los que el gran JOSELITO fué el arquetipo, son raros; de ahí que ese toro, en la jerga taurina, se llame *toro para el público*, y no para el torero, que lo que más desea es que la fiera les *deje colocar*, les *deje reponerse*.

Para éste, en cambio, es el ideal muchas veces, el que más manso que bravo, se limita a embestir cuando le citan, toma el engaño y lo sigue con docilidad, sin tirar cornadas, permitiendo en los remates que el diestro se reponga; y como generalmente hay que pisarle el terreno para que arranque, eso mismo da realce a la faena que además de artística, parece valiente. Hay en estos toros, matices: unos con más bravura, pero boyantes, francos y pastueños siempre; otros con menos aun, con tendencias a la

huída, pero fáciles de sujetar arrimándose a ellos, y sin quitarles el trapo de la cara.

Además del *toro del público* y del *toro del torero*, existe una tercera categoría que se conoce entre los aficionados con el nombre de *toro para el ganadero*, y es en el que en el primer tercio, o para hablar con más propiedad y con arreglo a la actual división, en el *segundo cuarto*, arrancan con alegría contra los caballos, derriban con estrépito, y acometen seguidamente en toda la suerte de varas. Se suelen llamar también *toros escandalosos*, los que así se comportan y antiguamente se les denominaba *duros* y *secos*.

Aunque la impresión que estas reses producen a los espectadores es grande y buena, no siempre acaban la lidia como la empezaron, y con ellos sufre el público frecuentes equivocaciones, pues no es raro que al aplomarse por el mucho castigo sufrido y por el mucho *romaneo*, se vuelvan maliciosos o se defiendan en las querencias, por lo que si conservan el poder y las patas resultan peligrosos para el torero.

La desiderata es que una misma res reúna las mejores cualidades de las que acabamos de mencionar, esto es: que tenga bravura y nobleza desde el comienzo al final de su lidia. Esos son los que se denominan *toros punteros* o *de bandera*, y esos, por desgracia, los que menos abundan.

Verdad es, que tampoco son tan frecuentes como en otros tiempos eran, los de sentido, los *marrajos*, y sólo de tarde en tarde aparecen en la plaza los verdaderamente peligrosos y de cuidado.

Indudablemente la ganadería brava ha mejorado mucho con la selección de las castas, y probablemente influye también la edad menor en que ahora se lidian, pues un novillo de cuatro años, y no pocas veces de tres, es difícil que alcance la malicia de un toro de cinco, seis o siete años, aunque tenga la contra de agotarse más pronto, sobre todo si para que gane en tipo se le ha beneficiado y está *regordío*.

Y he aquí que, sin querer, hemos llegado a la cuestión de la edad de los toros para la lidia.

Según la edad, los toros se llaman: durante la lactancia, *recentales*; *añojos*, al año; *erales*, a los dos; *utneros*, a los tres; *cuatreños*, a los cuatro, y *cinqueños*, a los cinco. Hasta los dos años se les llama también *becerros*; *novillos* hasta los cuatro y toros de los cuatro en adelante. Para la lidia, el Reglamento vigente exige los cuatro años cumplidos; en otro tiempo marcaba los cinco. De los cuatro a los seis es cuando están en mejores condiciones de desarrollo y vigor para correrlos, y son más nobles y sencillos para la ejecución de las suertes. La edad se suele contar asimismo por hierbas, entendiéndose por tales las de cada primavera que han pastado; y como lo general es que los becerros nazcan en invierno, en la primavera inmediata comen la primera hierba, y, por tanto, siempre vienen a tener una hierba más que años; y así se dice *cuatro años y cinco hierbas*.

El reglamento vigente señala la de *cuatro años*, pero como acabamos de insinuar, se juegan con más frecuencia de lo que debía, con tres. Novillos *regordíos*, a fuerza de pienso, que de todos modos carecen del tipo que precisa para dar idea del peligro, de la exposición, que es el mayor aliciente de la fiesta. No hemos sido nunca partidarios de la mucha carne y de los muchos pitones, tal vez por estar convencidos de que el sebo y los cuernos asustan a los toreros, y los toreros asustados no hacen nada a derechas; pero de ahí al becerrote con 18 ó 20 arrobas y dos plátanos en la cabeza, hay una gran diferencia. Cuatro años y de 270 a 300 kilos es un término medio muy aceptable por parte de todos, público y toreros; y de ahí no se debe bajar, si el espectáculo ha de conservar su prestigio y carácter.

Aunque no es frecuente que el espectador o el aficionado especulativo, lleve su curiosidad hasta el punto de querer averiguar la edad de los toros, claro está que después de muertos, por si a alguno se le ocurre y para que sepa la manera de conseguirlo, diremos aquí que por los dientes y por los cuernos se hace la tal averiguación.



Al nacer: Algunos incisivos. Todos los demás nacen entre los 25 y 30 días

El toro tiene, aparte de los veinticuatro molares, ocho incisivos, con los que nace o le brotan a poco de nacer, y se llaman del centro a los costados y contados por pares: *pinzas* o *palas*, *primeros medianos*, *segundos medianos* y *extremos*. Estos dientes se denominan *caducos* o *de leche*, porque se le van cayendo a la res para ser substituídos por otros que toman el nombre de *permanentes* y *fijos*. En este cambio o *muda* está el mejor indicio para conocer la edad de los toros, pues las *pinzas* o *palas permanentes*, las mudan a los veinte meses, los *primeros medianos* de los veinticuatro a los treinta meses, los *segundos medianos* a los tres años y los *extremos* a los cuatro.



De los 12 a los 18 meses. Los dientes de leche son como raigones.
Las pinzas son las primeras que se desgastan

Entre los cuatro y cinco años está el toro *cerrado*, es decir, ha mudado todos los dientes. A los cinco, *rasa*, o lo que es lo mismo iguala, las *pinzas*; los *primeros medianos* los *rasa* a los seis; los segundos a los siete y medio, y los *extremos* a los ocho y medio. A los diez años el *rasamiento* es total, y los

dientes pierden su blancura y se vuelven amarillentos y sucios.



De los 18 meses a los dos años. Las pinzas de leche movedizas son reemplazadas por pinzas persistentes.

Lo interesante es saber que los dientes *extremos permanentes* le salen al toro a los cuatro años, y que entre cuatro y cinco es cuando están cerrados.

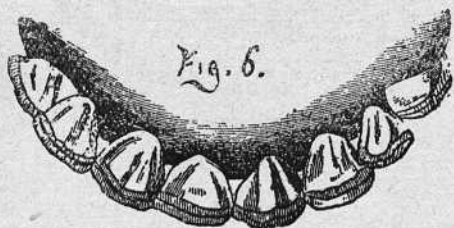


A los 2 años y medio. Nacimiento de los primeros medianos persistentes

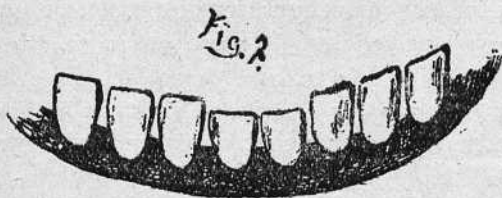
Se ha de tener muy presente que según el cuidado y el clima, y hasta el desarrollo individual las *mudas* pueden adelantarse o retrasarse. En el ganado bravo lo corriente es que se adelanten en algunos meses, nunca muchos.



A los 3 años. Nacimiento de los segundos medianos persistentes



A los 3 años y medio. Nacimiento de los extremos. A los cuatro años desgaste de los dientes precedentes



Entre los 4 y los 5 años, está la boca igualada.

Por los cuernos, aunque Francisco Montes asegura que se conoce con más certeza la edad de los toros, por lo menos resulta, de ordinario, más di-

fácil el examen, sobre todo para quien no sea muy ducho, para poder distinguir claramente y sin confusiones los anillos que sirven de guía. Son éstos unos rodetes que se forman en el nacimiento de las



Los seis rodetes que se señalan en esta figura indican la edad de 8 años en el toro

astas. Cuando el becerro tiene tres años se separa del pitón una lámina muy delgada y que llega casi hasta la mazorca y allí se forma el primer rodete; en cada uno de los años siguientes se desprende una nueva lámina, con lo que se forma otro rodete debajo del anterior o anteriores, de modo que para saber la edad de un toro basta con contar los rodetes o anillos, y sabiendo que el primero indica tres años, dos indicarán cuatro, tres cinco, y así sucesivamente.

El arte de torear

BREVE RESEÑA HISTÓRICA. — EL TOREO A CABALLO.
— EL TOREO ACTUAL. — REGLAS GENERALES



Indudablemente, en la caza del toro debió de tener principio lo que con el tiempo había de ser el arte de torear. La bravura, la sencillez, la nobleza de las reses vacunas, tan prontas a acometer, tan fáciles de engañar, sugirieron al hombre, seguramente, la idea de sortearlas, y aun admitiendo que en Tesalia, desde época remota, se practicara la *taurocatapsia* (de *tauro* y *kataptein*, ligar), ejercicio que consistía en perseguir al toro a caballo hasta rendirle, y entonces, agarrándolo por los cuernos, lo derribaban, tal como lo representa un mármol antiguo, que es el documento más fehaciente que nos queda de esta fiesta, la cual, según Plinio, introdujo en Roma Julio César, del que se dice que fué el primer picador de toros, puede aventurarse la afirmación de que en España la necesidad creó el toreo, pues siendo el ganado vacuno fiero por naturaleza en nuestro país como en ningún otro, debido en parte a las castas predominantes, tal vez a la calidad de los pastos y condiciones climato-

lógicas, para apoderarse de las reses y utilizarlas como alimento, aprovechar sus pieles y convertirlas en instrumento de trabajo, fué preciso que su caza revistiera caracteres de combate, en los que pronto descubriría el hombre esas cualidades que hacen del toro, entre todas las fieras, la única apta para la lidia, por su falta de malicia y de astucia, por su ciega acometividad, por la relativa dificultad con que se revuelve sobre sí mismo y la carencia de elasticidad para los saltos, debido a su corpulencia y construcción anatómica. Pero esos tiempos primitivos de la tauromaquia y la técnica, si alguna existía, en ellos empleada, nada tienen que ver con el arte de torear, que es objeto de nuestro trabajo, y, por tanto, bastará con decir que la caza del toro, hecha en un principio con fines utilitarios únicamente, se transformó con el tiempo en un deporte practicado en campo abierto y llevado más tarde a los cosos cerrados, creándose el verdadero arte de la lidia como ejercicio de la nobleza.

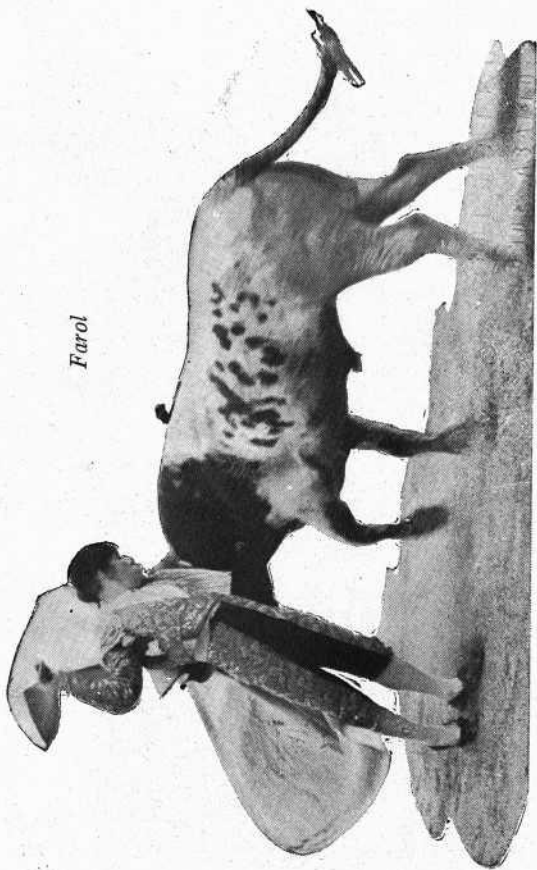
El toreo era en esa época a caballo siempre, y las reglas establecidas para ejecutarlo estaban basadas unas, las que pudiéramos llamar técnicas, en las enseñanzas de la práctica, y otras en preceptos de un orden moral, caballeresco, que afectaban al honor del toreador. En los siglos XVI, XVII y XVIII fueron muchos y muy diversos los tratados que sobre el arte de torear a caballo se escribieron y publicaron, y son de citar los de Gaspar de Bonifaz, Nicolás de Menacho, Luis de Trexo, Diego de Contreras Pamo,



*Media
verónica*



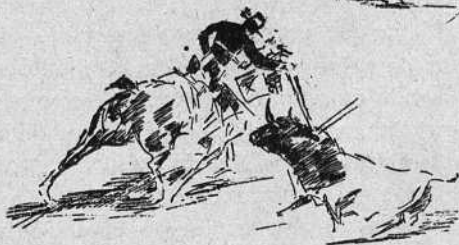
*Remate
de un
quite*

Farol

Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, Alfonso Gallo y Gutiérrez, Pedro Messía de la Cerda, Jerónimo Villasante y Fernando Valenzuela, en el siglo XVII; en el XVIII los escriben Fernández de Cadórniga, Novelli, José Vargas Machuca, Juan Francisco Melcón, Miguel Marcelo Tamariz y algunos otros que sería prolijo enumerar.



Un regate



Banderillas a caballo a una mano

En la actualidad, el arte de rejonear ha perdido el carácter de deporte caballeresco para convertirse en ejercicio practicado por profesionales, en su mayoría portugueses, pues ha sido en la nación hermana

donde más se ha desarrollado, por ser el toreo a caballo casi el exclusivo que allí se ejecuta. En España no han faltado nunca este género de toreadores; pero hasta estos últimos años, con la aparición de Antonio Cañero, que ha introducido en los cosos, de cierta manera, el toreo a caballo, que en las *faenas de campo* se practica en las dehesas andaluzas, puede decirse que nuestros rejoneadores profesionales estaban muy por bajo de los portugueses, a los que trataban de imitar. También, como casos excepcionales, en las corridas reales han solido presentarse caballeros en plaza, actuando de tales unas veces oficiales del Ejército y otros aficionados distinguidos, hábiles en ese deporte; pero ya en las postreras fiestas en celebración de algún fausto acontecimiento se ha suprimido esta rememoración de los tiempos antiguos, y si rejonean toros, lo hacen toreadores de profesión.

Y ya que de este toreo hablamos, aunque hayamos de salirnos del plan que nos habíamos trazado, teniendo en cuenta que es hoy frecuente la actuación de toreadores (así se llaman los que lidian a caballo) en nuestras plazas, debido más que a nada a la gran destreza en este arte de don Antonio Cañero que lo ha puesto en moda, daremos aquí, de pasada y en forma sintética una idea de las principales suertes que los rejoneadores ejecutan, para que el aficionado que las presencia pueda discernir respecto al mérito de ellas, y si no tanto, conozca cuando menos los nombres con que se las designa, tomadas del tecni-

cismo portugués, por ser, como se ha dicho, en el país hermano donde está arraigado y siempre en auge el rejoneo.

Las principales reglas de este arte pueden resumirse en las siguientes: El rejón, que viene a ser una banderilla larga de 1'60 m., de madera fácil de quebrar por un punto determinado, va armado de una punta de acero, en forma de lanza (hoja de peral) o de un simple garfio como las banderillas. Esta punta metálica es la que se clava en el toro, y al quebrarse el palo queda el extremo opuesto en la mano del caballero, que en ocasiones lo utiliza como defensa si sale perseguido por el toro.

El rejoneador, al citar, debe tener el brazo extendido y de manera que la mano no pase nunca de la altura del hombro, hacia delante cuando la suerte es de *frente*; hacia el lado, formando el brazo una línea perpendicular con la espina dorsal del caballo, en la suerte de *tiras*, como igualmente en la de *lado* y a la *media vuelta*, y hacia atrás en la suerte de *grupas*. Al clavar debe hacerlo con el brazo extendido y levantado de forma que la punta del rejón se halle a la altura conveniente para herir en el morrillo del toro, formando un ángulo recto el brazo del toreador con el rejón. Si éste no queda clavado en el morrillo, se tiene por defectuoso, y su mérito es mayor cuando se clava en el momento de estar el toro humillado.

De todas las formas de rejonear, la que se tiene por mejor es la conocida con el nombre de *al estribo*,



Banderilleando a caballo.—Rejón al estribo

o sea cuando humilla el toro, mete la cabeza y da el derrote en el estribo. Esta es la más airosa y difícil de las suertes que al presente se ejecutan. *A silla pasada* se dice cuando el rejoneador coloca al caballo dándole el costado al toro, mirando la cabeza de éste hacia la parte de aquél que media desde la silla a las ancas. Al embestir así el toro, clava el toreador el rejón y hace salir al caballo por delante, y cerrando el círculo con el toro, sale por su cola. *A la grupa* es cuando el toro se arranca hacia el caballo y al meter la cabeza a las ancas de éste y dar el derrote se aprovecha el momento para clavar, saliendo por delante de la cara del toro y con todos los pies. Se considera esta suerte la más fácil.



Banderillas a caballo a dos manos

Según las variantes que en la ejecución de las suertes se empleen, toman éstas diferentes denominaciones, y así se llaman *a porta gayola* cuando se

espera al toro a pocos pasos de la puerta de los chiqueros; *de cara o rostro*, cuando se cita de frente; *de poder a poder*, en la que el cite es también de frente, pero a larga distancia, y al arrancar el toro arranca en seguida el caballo en línea recta y al llegar al centro de la suerte hace un cuarteo y clava al estribo; *de cara recibiendo*, en que se espera la acometida del toro hasta que llega éste a jurisdicción, que es cuando se lanza al caballo hacia la izquierda y galopando sobre el mismo lado se llega al centro de la suerte y cuando la res tiene la cabeza metida en la grupa del caballo se clava el rejón; la de *tira* se ejecuta citando al toro como para la de *cara*, y cuando el toro arranca se dirige el caballo hacia la izquierda galopando y en vez de cuartear se sigue la línea recta, hasta que al llegar a jurisdicción el rejoneador vuelve el caballo hacia la derecha, quedando de frente al toro, y este es el momento de clavar el rejón; la *media vuelta* es una suerte de recurso, y tiene gran parecido con las banderillas que se clavan de ese modo.

Este toreo, en auge hoy en Portugal y en España hasta el siglo XVIII, dió origen, a partir de esa época, en que la nobleza lo abandonó, a la evolución que las corridas han sufrido desde que dejaron de ser un deporte para convertirse en una profesión. El rejoneador se transformó en picador de vara larga; una vez más fué llevada a los cosos la habilidad, la maña, que la necesidad había obligado a desarrollar al hombre para dominar y vencer a la fiera en campo abierto, pues en rigor el arte de picar toros

no fué más, en un principio, que la aplicación de ese toreo especial que en las faenas de campo emplea el vaquero para reducir, castigar, defenderse y tentar a las reses de que cuida.

Por espacio de medio siglo fué la del picador la primera figura en la cuadrilla, y los toreros de a pie conservaron el carácter de auxiliares de los de a caballo, como en otros tiempos ocurría; pero ya en vez de rematar al toro herido de rejones, a golpes de daga y sin ninguna gallardía, ahora es un diestro, que toma el nombre de espada, el encargado de acabar con la fiera herida con las puyas. Poco a poco estos toreros de a pie van sobreponiéndose a los de a caballo; pero hasta 1793, en que el famoso Joaquín Rodríguez, *Costillares*, elevó una protesta a la Maestranza de Sevilla, en los trajes que ésta proporcionaba a los diestros los de los varilargueros iban adornados con galón de plata y con galón blanco los de los espadas.

Con los Romero, de Ronda (Francisco, Juan, Pedro), *Costillares* y *Pepe-illo* puede decirse que da comienzo el verdadero arte de torear del que el que conocemos actualmente es la consecuencia, gracias a las consecutivas aportaciones de *Curro Guillén*, Juan León, Francisco Montes, *Curro Cúcharas*, Joselito Redondo, el *Tato*, el *Gordito*, *Lagartijo*, *Fras-cuelo*, *Guerrita*, JOSELITO y Belmonte, para no citar más que a los que han ejercido una indiscutible influencia en la evolución de la técnica.

Indudablemente, a estos dos últimos debe el toreo moderno la transformación radical que en la ejecu-

ción de las suertes ha experimentado en estos últimos años. Los terrenos que hoy se pisan, vedados para los toreros anteriores es una conquista de JOSELITO y Belmonte; el ajustarse con el toro como hoy se hace, el pararles, lo que en la actualidad se les para, el estrecharse con la fiera como ahora se estrechan, ellos lo han traído.

Fué una lástima que la muerte nos arrebatara a JOSELITO, que era el complemento de Belmonte, Aquél con su toreo largo, copioso, extenso con el dominio absoluto de la técnica, con su afición desmedida, habría contrarrestado en gran parte esa tendencia a acortar el oficio, que ha dado nacimiento a los especialistas, a los cultivadores de un lance, estimulados por los triunfos que con un reducido número de ellos conseguía Juan. Pero no es de este lugar ese tema.

Volvamos al que nos ocupa; y dejemos la historia para entrar en la técnica.

En principio puede asegurarse que una suerte tiene tanto más mérito cuanto más cerca de los pitones se ejecute y más vistosamente se remate; es decir, que la mejor será aquella en que se reuna el arte y el valor.

De oír lo que algunos sabios preconizan, esto de torear queda reducido a una continua y metódica preparación del toro a bien morir, para mayor gloria del matador; y cuanto con la fiera se haga, tanto con el capote, como con la vara y banderillas, no tiene otro objeto que eso: mermar facultades, quitar

poder, ahormar la cabeza del toro, para que con el menor riesgo posible cumpla el espada su cometido.

Indudablemente, puesto que el acto más culminante de la tragedia es ese, el de la muerte del toro, nada hay que oponer a que todo se encamine a su mayor brillantez, pero siempre y cuando no se haga con perjuicio del público, o lo que es lo mismo, del espectáculo, de su animación, de su grandiosidad. Consecuencia natural de aquella teoría es la actual repugnante suerte de varas (1), cuya depuración artística, esa evolución que ha seguido el toreo, la cortó de raíz el concepto de que en ese primer tercio lo interesante es castigar al toro, igual con la puya que haciéndole suspender con la cabeza el peso del caballo y picador.

Ante la orden de un Guerrita a su picador de "que enganche", orden que se ha seguido repitiendo, y es en la actualidad innecesaria, el arte de torear a caballo desaparece en absoluto, la suerte de varas queda reducida, cuando más, a colocar el puyazo en lo alto, y toda la maestría del varilarguero a caer reunido con el caballo, después de haberle pegado lo más posible al toro.

(1) Al decir actual, no me refiero exclusivamente a nuestros días. Es una *actualidad que data* de muchos, de muchísimos años, y si unas líneas más abajo se habla de lo que ha contribuido a esa decadencia el célebre *Guerrita*, de ningún modo he querido significar tampoco que con su orden expresa o *pública* se iniciara. Tácita o privadamente recibían los picadores de sus jefes esas mismas órdenes, y por lo tanto puede asegurarse que la *suerte de varas* recibió golpe mortal el día mismo en que los picadores pasaron a depender de los espadas.

Había derecho a esperar que fuera otra cosa, al cabo de doscientos años, el toreo a caballo; pero no es posible que lo sea mientras se pique atendiendo únicamente las conveniencias del matador.

Igual, exactamente igual ocurriría, y ha ocurrido a veces, con el segundo tercio, si la personalidad del banderillero queda anulada por las exigencias del espada que ordena que se ejecute la suerte pronto y sin adornos, con el pretexto de que éstos descomponen al toro.

Bien que no se abuse de ellos, bien que no se pierda de vista lo que puede beneficiar al matador; pero antes que el matador está el público, el espectáculo mismo, y en obsequio de éstos, todos tienen el deber de amenizarlo y cada uno en su cometido deben de tender a complacer, a distraer al espectador, puesto que el espectáculo en honor del público se hace.

Los que más contribuyen a crear ese estado artificioso de cosas, son la polilla que a sí misma se llama aficionados inteligentes, los cuales además de sostener esas teorías que están muy bien en boca de los interesados, dicen también, por ejemplo, que el caballo herido es el mejor para picar toros, por que se "agarra más" llevando su saber hasta hablar en picador o en contratista de caballos, y sin pensar que proclaman una blasfemia, pues el ideal de la suerte de varas sería que los caballos resultaran ilesos; y ya que no se puede exigir lo ideal, contentándonos sólo con lo que es de humanidad,

por el buen nombre de la fiesta, un aficionado entre el caballo y el picador, debe ser por lo menos neutral.

¡No creo que necesite el espectáculo unos toquecitos más de barbarie, sobre todo de esa que no es un accidente de la lidia, sino que se trata de superponer por una indiferencia que es menos simpática que la misma crueldad! (1)

Quedamos pues, que cuanto en los ruedos se hace e intenta es para diversión del público, sin perjuicio de que se tengan en cuenta las conveniencias del matador, y siempre y cuando éstas no estén en pugna con los derechos de aquél.

Y entremos ahora en materia.

División de terrenos. — *Querencias:* Para mayor comprensión de lo que en la arena ocurre, debe saber el espectador lo que se entiende por terrenos y la división de éstos, como asimismo lo que son las querencias.

(1) Esto fué escrito hace más de 16 años, y al reimprimirlo hoy en esta nueva edición, veo con dolor que no ha perdido actualidad. Adoptados recientemente los petos (en la temporada de 1928 obligatoriamente) para defensa de los caballos, aunque por mi parte no creo en la eficacia de ese armatoste, pues en realidad no es más que un paliativo y soy de opinión que algo más práctico se podría hacer—ya se hablará de ello más adelante—, en modo alguno estoy conforme con que los petos son perniciosos y perjudiciales para la lidia, porque el toro al *no enganchar se desengaña* (1). O lo que es lo mismo, que uno de los objetos de la suerte de varas es que el *toro enganche*; resultando por lo tanto que, cuanto se ha escrito y dicho sobre el arte de picar, eran conversaciones de puerta de tierra. El absurdo salta a la vista y no necesito insistir sobre él. Si el peto evitara que el toro *enganchase* al caballo, que no lo evita siempre, desgraciadamente, lejos de ser por eso censurable su adopción, merecería el aplauso del aficionado culto, pues con ello perdería nuestra fiesta favorita, en gran parte, ese aspecto feo, repugnante y cruel que no es posible defender, ni aun a título de "buen aficionado".

Por lo que se refiere a los terrenos, para su división se ha tenido en cuenta la propensión de los toros a buscar el de *fuera*, o sea los medios de la plaza, sin duda porque el espacio más amplio y libre les es más agradable, sobre todo antes de aplomarse o aquerenciarse, o cuando acobardados o recelosos buscan la defensa en las tablas, y hacia ellas demuestran una mayor *querencia* por lo tanto. No estará demás advertir, que son bastantes los toros que desde la salida revelan esa *querencia*, y hacia dentro empujan con fuerza y violencia desde las primeras suertes. No suele ser esta una señal de bravura, aunque lo parezca por la forma rápida y decidida de arrancar.

Por *querencias* se entiende el lugar o punto de la plaza en que los toros gustan más de estar, y por lo mismo hacia ellos se dirigen de preferencia en toda circunstancia, con mayor ahinco cuanto menor sea la bravura de la res, pues es una peculiaridad de los mansos y cobardes el atrincherarse en ellas.

Las *querencias* en el redondel se dividen en naturales y accidentales; las primeras son la puerta de los chiqueros, y las segundas las que casualmente toman las reses en ciertos sitios, por haber un caballo muerto, por sentir algún descanso o defensa, como son las de las barreras, o por estar la tierra movida y fresca.

La división de los terrenos no es idéntica para las suertes de a pie y para las de a caballo. En las pri-

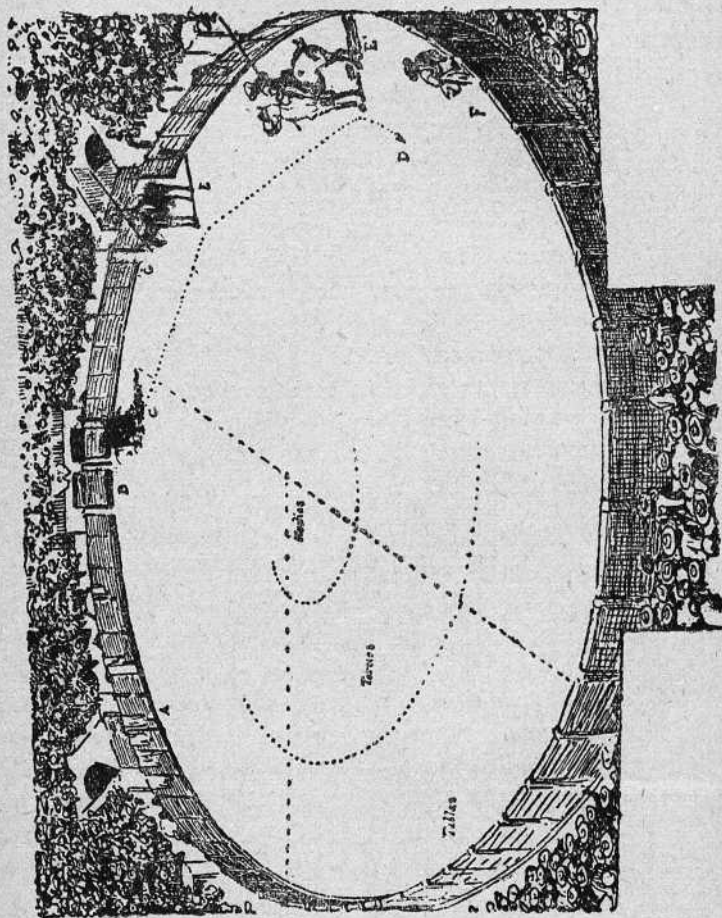


Fig. 9

División de los terrenos

meras, el terreno del toro es invariablemente el de *afuera*, o sea el que existe entre el sitio en que esté colocado y los *medios* de la plaza; y el del torero el de dentro, o sea el que queda desde donde se halla éste a las tablas. En las de vara ofrece alguna dificultad la fijación de los terrenos, por ser infinitas las posiciones en que se verifica; no obstante el terreno del toro es en ésta el que se extiende a la izquierda del picador, al que debe entrar el bicho por delante de la cabeza del caballo; y el del diestro no es precisamente el de su derecha, si no el que teniendo en cuenta la clase del toro que se va a picar, deja más pronto libre la salida, que debe hacerse siempre buscando los cuartos traseros del animal.

Tanto en los lances de a pie como en los de a caballo, se denomina centro de la suerte el punto en que se consuma, o por mejor decir, el confín de ambos terrenos en que, habiendo humillado el toro y hecho el quiebro el torero, pasa cada cual al que antes ocupara el otro.

Las suertes se ejecutan con los terrenos cambiados, cuando al toro se le da el de *dentro* y toma el torero el de *afuera*; pero para eso ha de estar aquél perpendicular a las tablas y en dirección a ellas.

Tanto en banderillas como al estoquear, esta suerte tiene compromiso, por la mucha codicia con que los toros embisten, creyendo que van a apoderarse del bulto, y sobre todo si el animal *empuja hacia dentro*, es decir, si tiene *querencia* a las tablas, cosa

que les ocurre a la mayoría, así que se aploman, y a los mansos como antes se ha dicho.

En estos casos lo más propio sería decir que el terreno del toro es el *de dentro*; y en la práctica, como si fuera el suyo se ha de torear a los que en él estén aquerenciados, puesto que hacia él partirán y sería peligroso taparle esa salida.

El conocimiento de los *terrenos* y *querencias* es esencialísimo para el diestro y muy útil para el espectador para formar juicio de las suertes que aquél ejecuta, pues dista mucho de ser igual el mérito de una suerte a favor de querencia en la que la res sigue su viaje natural en busca de ella, que cuando ese lance se hace *contra querencia*, pues en ese caso hay que tirar del toro para que siga el engaño, y con conseguir que se arranque ya es bastante.

El conocimiento de las *querencias*, permite al diestro el empleo de lo que hemos dado en llamar *trucos*—como si las palabras españolas *artimaña*, *artificio*, *treta*, *engaño*, *habilidad*, etc., no significasen lo mismo que ese innecesario galicismo con que hemos enriquecido el tecnicismo taurino—unos de más buena ley que otros.

Rafael el Gallo, torero de querencias por antonomasia, emplea, por ejemplo, muy a menudo el de sacar con pases de tirón a un toro del punto en que está aquerenciado, para darle en seguida esa querencia con uno de sus ayudados por alto estatuarios. Ese *parón*, como se dice ahora también, se da sin riesgo ni peligro ninguno; pero es bonito y

airoso, y en ese sentido tiene su mérito. Por otra parte, muchos de los lances de capa o muleta en que la res no va realmente toreada, son realizables gracias a la querencia; no es igual cuando ésta no existe y es el arte exclusivo del torero el que hace seguir al toro el viaje que el capote o muleta le señalan; en una palabra, cuando el diestro *templando* y *mandando*, lleva toreada a la res. Es una diferencia que el aficionado debe hacer.

De todos modos esta treta—por no llamarle truco— tiene en su favor el lance airoso que proporciona y, por lo menos yo, no lo censuro, pues todo lo que sea gallardo y bònito en nuestra fiesta, me parece bien, aunque no a todo le dé el mismo valor. Los preceptistas severos y rigurosos, pueden opinar como quieran. En cambio, encuentro vituperable, que, por falta de valor o de arte, cuando un toro se arranca fuerte o bronco hacia la querencia, el espada lo trastee contra ella, sin otro objeto que el de demostrar al público que el animal no quiere pasar, rehuyendo de ese modo la faena que acaso con él se podría realizar, variándolo de terreno o aprovechando la misma querencia si no la tiene muy marcada.

De otros *trucos* se podría hablar en que las querencias desempeñan un gran papel; pero no lo permite la extensión que este librito ha de tener.

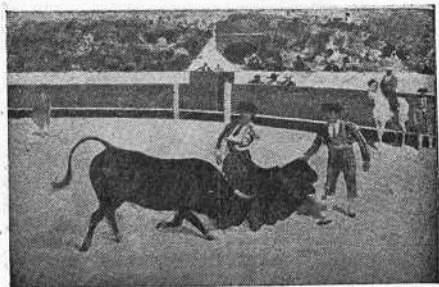
El terreno más apropiado para la ejecución de las suertes de a pie, son los *tercios*, o sea el espacio que hay entre las *tablas* y los *medios*, dividida la arena



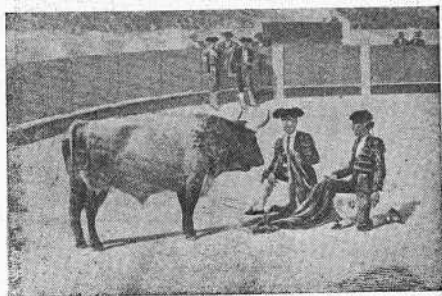
Quiebro de rodillas



Cambio de rodillas



Entre dos o al alimón



Remate de la suerte

en tres partes iguales, a unos cuatro o cinco metros de la barrera. Allí es donde toro y torero tienen perfectamente determinados sus diferentes terrenos. Hay en el día una tendencia por parte de muchos lidiadores a torear de capa muy cerca de los tableros, y cuando no significa esto poca confianza en sus facultades físicas, puede significar miedo. Debido a esa precaución se ven con frecuencia entablerados, a poco que la res sea codiciosa y se revuelva pronto, y en vez de la querencia natural a las afueras, con que se contaba, la tiene hacia los adentros.

Si torear en ese terreno es censurable por esas razones, y por que pierden en visualidad los lances, torear en los *medios* únicamente debe intentarse cuando el toro tiene bravura y nobleza suficientes, que anulen los inconvenientes que de otro modo presenta ese terreno, por ser el del toro, lo cual significa para el diestro la pérdida de su mayor ventaja, puesto que en el remate de las suertes, sean pases o estocadas, le falta la salida natural de la res hacia su querencia, por hallarse en ella misma. En los *medios*, se decía antes, que se *pierden los terrenos*—hoy apenas se emplea esta frase—y en realidad es así, pues no se sabe cuál es el del toro ni cuál el del torero; dificultad máxima para la ejecución de los lances.

Sólo a un buen torero, con un buen toro, le es dado hacer la *faena* en ese terreno.

Estas someras indicaciones, bastan para el objeto que nos hemos propuesto; la observación constante

del aficionado, que realmente lo sea, hará lo demás, para la comprensión del drama que en la arena se desarrolla.



III

Primer cuarto de la lidia

MODO DE CORRER LOS TOROS. — LANCES DE CAPA



ASTA el año 1927, la lidia estuvo dividida en tres tercios; pero un R. D. de Gobernación en dicho año, subdividió el primero en dos, por lo que en realidad son cuatro los *actos* de que al presente consta la lidia de reses bravas.

La reforma venía siendo de antiguo propugnada por profesionales y aficionados. Luis Mazzantini era partidario de ella, lo fué también el célebre picador *Badila*; otros muchos le defendieron.

Desde el punto de vista técnico y humanitario no se puede negar que está bien.

La presencia de los picadores en el ruedo al salir el toro de los chiqueros, daba lugar, de vez en cuando, al emocionante espectáculo de una res brava, que con violencia arrolladora acometía, derribaba y se ensañaba con los montados, uno detrás de otro; pero lo general era que embistiera sin fijeza, que el picador clavara el puyazo donde podía, rajando unas ve-

ces y señalando mal siempre, y corriendo un riesgo contra el cual el arte era ineficaz; que los caballos fuesen despanzurrados alevosamente; y que con todo esto nadie saliera ganando, a no ser los ganaderos que, al tomar casi por sorpresa sus toros dos o tres puyazos, se contasen éstos como demostración de una bravura en pocas ocasiones efectiva. Pero, en cambio, eran bastantes los que por el exceso de codicia, manifestada en los primeros puyazos, se *rompían* con los caballos, y quedaban *aplomados* para el resto de la lidia. Cosa que ahora no es tan frecuente.

Bien está, pues, que en el primer cuarto de la lidia los caballos estén ausentes, y no aparezcan en la arena hasta que el toro, ya *enterado* de lo que de él se pide, se halle en condiciones de comportarse como su sangre, más o menos brava, le obligue. Se evita con ello que mueran tantos caballos, que los picadores reciban muchos porrazos, que con el uso de los petos se habrían aumentado probablemente, y que los toros no se estropeen tanto.

La lidia, por lo tanto, comienza ahora por las suertes de capa.

Correr los toros. — Al salir el toro a la plaza, pues, lo primero que se hace con él es correrlo.

El toro que tiene muchas piernas debe tomarse largo, echándole el capote bajo y sin pararse al citararlo; no correrlo en la misma dirección que tenga su cuerpo y cabeza, para que se vuelva y retarde el primer arranque. Pero si tiene pocas facultades, se tomará corto y se parará al citararlo para que el toro

siga, deteniendo el diestro la carrera para guardar una distancia proporcionada, debiendo siempre ir mirándolo para verlo llegar y suspender la marcha cuando el bicho pare, porque lo contrario es feo y supone miedo.

Para quitarle prontamente facultades se suele recurrir al correrlos, a terminar con un recorte, con lo cual, por lo rápidamente que se revuelve el animal sufre gran destronque.

Esto, lejos de aplaudirlo, debe censurarlo el espectador y mucho más cuando en vez de un *recorte* son una serie de ellos los que se dan al toro, por la merma de facultades que esto les ocasione.

Lo bien hecho es correrlos por derecho y rematar dándoles salida larga.

Cuando se trate de abrir un toro, esto es, desviarlo un poco de las tablas para hacer suerte con él, se darán los capotazos hacia adentro para que el toro dé una vuelta, cuyo remate es sobre el terreno de afuera y quede en disposición de practicarla. Si por el contrario está muy desviado y se trata de acercarlo un poco a la barrera, a lo que se llama cerrarlos, los capotazos se darán de fuera a dentro.

Inmediatamente después de estos capotazos preliminares, el matador, por lo que ha visto y observado respecto a la forma de embestir y cornear de la res, pues este es en la actualidad uno de los principales objetos que tiene el correr a los toros, se dispone a torear de capa.

No discutiremos si se deben o no torear todos los

toros. Al público le gusta que los toreen y está en su derecho al pedirlo. Lo que sí convendría que ese público tuviese en cuenta, es que no a todos se les puede torear de la misma manera, y que estirarse, estrecharse, dar el famoso *parón*, no lo consienten todas las reses. Si el diestro lo intentara con los que no lo permiten, aparte de que fracasaría, correría un riesgo que no hay derecho a obligarle que afronte.

Lances de capa. — Generalmente se suele empezar por la *verónica*.

La suerte denominada *verónica* es una de las más lucidas y seguras que se ejecutan, debiéndose su invención, según parece, al sin par maestro sevillano Joaquín Rodríguez (Costillares). Sitúase el lidiador para efectuarla de cara al toro, en la rectitud de su terreno, de modo que las manos de éste estén en frente de los pies de aquél; lo citará en esa postura y lo dejará venir hasta que llegue a jurisdicción, cargándole entonces la suerte, y cuando esté en su terreno y tenga el toro fuera, sacará el capote, finalizando la suerte. Hasta el momento de cargar la suerte parará los pies el diestro, procurando siempre que la res quede derecha a la terminación para hacerle la segunda. Así se hacía antes.

En vez de colocarse frente a frente del toro, los diestros hoy se perfilan con él, y como en ese caso la quietud de los pies puede ser absoluta, resulta la suerte muy lucida, y hace posible los varios lances seguidos sin enmendarse como de vez en cuando vemos.



Verónica

Esta forma de *veroniquear* no es tan reciente como algunos suponen, pues ya en la *Tauromaquia*, de *Guerrita*, publicada en 1896, se dice, que “el diestro se colocará de costado en la rectitud del toro”... Y añade en otro párrafo: “En la posición referida, encontrándose el diestro de costado al bicho, y no de frente, tiene más facilidad para dar la salida y para repetir la suerte sin moverse de medio cuerpo abajo.”

Sánchez de Neira, en su *Diccionario*, tan aferrado a toda tradición, no es partidario de la verónica dada en esa forma, porque con ella el toro no sufre destronque y prefiere la colocación de frente.

Dulzuras, en su *Catecismo*, no habla de la colocación.

Es una fea ventaja citar con el compás abierto, y juntar los pies cuando, cargada la suerte, ya lleva el toro su viaje. No hay por qué hacerlo. Con los pies separados se puede y hasta se debe torear de preferencia, porque teniendo más base de sustentación el cuerpo se carga la suerte más fácilmente y por lo tanto se *manda* más.

Pero esto no significa, como algunos pretenden, que no se pueda y deba torear con los pies juntos, tanto de capa como de muleta, cuando el diestro lo considere oportuno y en esa forma lo sepa hacer. No veo nada censurable en que aprovechando el viaje del toro, en un lance a favor de querencia y en cuantas ocasiones sean propicias, se valga el torero de este recurso airoso y de efecto para realizar una faena. Lo censurable es que persiguiéndolo a todo trance en él cifre todo el buen éxito y cuando no lo consigue cese "ipso facto" su actuación como torero.

Entiendo, pues, que *torear*, lo que se dice propiamente *torear*, exige la "apertura del compás"; pero no me parece mal que "se cierre" en determinadas circunstancias, si con ello se aumenta la vistosidad y gallardía de una faena de capa o muleta.

Claro que, según la condición del toro, le será más o menos lícito al torero tomar ventaja, pues ni en todos los casos se podrá parar igual, ni estirar lo mismo los brazos, ni templar de idéntica manera. Si es huído se tira el capote al suelo, si codicioso

se pueden levantar más los brazos, para darle salida larga; pero cuando se trate de una res franca y brava, el capote ha de conservar la altura que tiene en el momento del cite, sin subirlo ni bajarlo, acompañando al toro en su acometida estirando el brazo de la salida en toda su longitud y el otro hasta llevar la mano al mismo costado.

La *navarra* viene a ser en el día un intercalado entre las *verónicas*. El renombrado espada Martincho fué su introductor, a lo que se dice:

Para efectuarla se colocará el diestro en la misma disposición que para la verónica, cuidando de que el toro tenga enteras sus piernas, poniéndose en corto, y al embestir le irá tendiendo la suerte, se la cargará mucho cuando llegue a jurisdicción, torcerá el cuerpo de perfil alargando los brazos y teniendo los pies en la mayor quietud, y, estando ya el toro fuera y bien humillado, le arrancará con prontitud la capa por bajo del hocico en dirección opuesta a la que llevaba y dará en ese instante una vuelta en redondo, con los pies juntos, por el terreno de adentro quedando frente al toro preparado para otra suerte.

Es otra de las suertes que van cayendo en desuso. El último a quien se la hemos visto ejecutar mejor es a Rafael el *Gallo*.

El *farol*, más que una suerte propiamente dicha, es un accidente de la verónica, y por lo general se ejecuta entre dos lances, haciendo un movimiento el diestro como para colocarse la capa sobre los hom-

bro y volverla a su posición natural para la verónica con toda rapidez.

Sin embargo en el día se ejecuta mucho, aisladamente, en los quites, repitiéndose dos y más veces seguidas.

Suerte de tijerilla. — Tiene escaso mérito y se diferencia de la verónica en que se colocan los brazos en aspa, y así, en esta disposición se ejecuta.

No es muy frecuente verla ya y cuando algún diestro moderno la intenta, generalmente deshace el aspa al rematar, para rehacerla en forma inversa al secundar.

Es curioso que a esta suerte se la denomine a lo *Chatre*, sin que se haya caído en la cuenta, que la *Ch* en la ortografía antigua equivale a la *c* moderna, y por lo tanto *catre* y no *chatre* debe llamarse.

Suerte al costado. — Esta suerte, a la que algunos impropriamente llaman ahora gaonera, sin tener en cuenta que ya en tiempos del célebre Francisco Montes se ejecutaba, y él la define en su *Tauromaquia*, se hace de dos modos: con la capa por delante y con la capa por detrás.

Con la capa por detrás, que es como la ha resucitado Gaona, se hace poniéndose el diestro en suerte de costado con el toro y mirando hacia el terreno de dentro. Pasado un brazo por detrás, y con el otro perfectamente extendido, agarra la capa con la mayor parte del vuelo del lado del toro. Esta posición es muy airosa y se debe tener mucho cuidado en conservar la hasta que el toro llegue a jurisdicción,

igualmente en perfilarse mucho con la capa para que no pueda absolutamente ver más que un objeto sin distinguir el cuerpo, lo cual es muy importante para el buen éxito de la suerte.

Puesto el diestro de este modo, citará el toro, dejándolo venir por su terreno, y así que llegue a jurisdicción le cargará la suerte, dando dos o tres pasos para ocupar la parte del terreno de dentro que va el toro dejando, con lo cual se presenta de una vez toda la capa, se le echa del todo fuera y se remata como en las verónicas.

No es así, exactamente, como en la actualidad se practica. Con el tiempo, y especialmente por el que permaneció en olvido, ha sufrido modificaciones, como con la *verónica* y con tantas otras ha ocurrido.



Lance al costado por detrás

Hoy, colocado el capote a la espalda previo *medio farol*, se le presenta todo el vuelo al toro por un lado, hallándose el animal frente a él, se le carga la suerte cuando llega a jurisdicción y así que remata fuera, se da media vuelta y de nuevo se le

presenta el capote por el otro lado, repitiendo el lance tantas veces como el diestro considere oportunas.

De costado por delante se ejecuta lo mismo que al principio se ha dicho, sólo que en vez de pasar una mano por detrás de la espalda se la tiene por delante del pecho. No se practica actualmente.

Suerte de frente por detrás. — Nada tiene que ver esta suerte con la anterior. Fué inventada por *Pepeillo* y se ejecuta poniéndose el diestro de espalda en la rectitud del toro, teniendo cogida la capa por detrás lo mismo que de frente, en cuya disposición lo cita, y así que embiste y llega a jusris-



De frente por detrás

dicción se carga la suerte, metiéndose el torero en el terreno del toro, y remata con una vuelta de espalda quedando en disposición de repetir.

Este lance se suele llamar por algunos a la aragonesa, y desde hace años, apenas si se ve ejecutar. Ultimamente, a los niños de Bienvenida se la hemos visto hacer.

Como ya se ha dicho en el prefacio, y de esta definición se deduce, *Pepeillo*, al darle nombre, qui-

so significar que se trataba de un lance como el "de frente" (verónicas), *pero con la capa* "por detrás". Si lo hubieran entendido así *Dulzuras* y otros que encuentran la denominación confusa habrían visto que era muy clara.

Lances capote al brazo. — Introdujo Reverte esta suerte, que pertenece al toreo en campo abierto, en las plazas, y es un recorte, cuyo mérito consiste en quebrar lo más ceñido posible así que el toro llega a jurisdicción, llevando el capote doblado en el brazo.

Galleos.—De todos, el que ha conservado ese nombre es el llamado del *bú*, que consiste en ponerse la capa del modo natural, marchando hacia el toro como para un recorte, y al estar en el centro se abren y agachan los brazos, haciendo el quiebro en el puesto en que el toro está humillado: hecho este se vuelven los brazos y la capa a su anterior posición, porque ya se está fuera.

Otro galleo se hace cogiendo la capa de igual modo que para de "frente por detrás", encaminándose el diestro al toro, describiendo una curva cuyo fin es el centro de la suerte, y concluye con un recorte.

Se hace otra especie de galleo con el capote recogido en la mano del lado que primero ha de presentarse al toro, y llegando al centro en los quiebros, se le acerca para que humille, en cuyo acto toma el diestro la salida y muda el capote a la otra mano, haciendo un quiebro de cintura, con lo que el bicho pasa humillado por su espalda y la cabezada

la tira fuera. Se realiza este lance, también, valiéndose de un sombrero o montera.

Como se ve, a esto en la actualidad le llamaríamos un *recorte*, y es porque, con efecto, a todo lo que hoy conocemos con ese nombre lo designaban los antiguos con el de *galleos*. *Recortes* eran las suertes que se hacían a *cuerpo limpio*, sin capote y todos los demás lances de adorno *galleos*.

Así, por lo tanto, se hubiera designado lo que al presente llamamos *media verónica*, y muy probablemente ese vistosísimo lance de *Chicuelo* que se ha bautizado con el *patronímico* de *chicuelinas*.

Un galleo característico es el de la *mariposa* inventado por Marcial Lalanda, de gran efecto cuando se ajustan en su ejecución toro y torero. Viene a ser una sucesión de *lances al costado*, andando el diestro hacia atrás y llevando a la res embebida en los vuelos del capote.

Largas. — Largas son aquellas suertes ejecutadas a punta de capote en que se da al toro salida larga, en contraposición de los galleos y recortes en los que la salida es corta, y sufre con ella destronque la res, como ya se ha dicho.

En la actualidad se entiende por larga más bien el remate de la suerte a punta de capote, y se llama *lagartijera* aquella en que el diestro se tira el capote al hombro quedando de espaldas al toro; y cambiadas y afaroladas las que ha innovado Rafael Gómez, *Gallo*, las primeras señalando un viaje al toro y dándole otro, y las segundas pasándose el capotillo

por la cabeza, como se hace en los faroles. Estas mismas largas tienen otras variantes, y algunas veces el saladísimo *Gallo* las remata con un molinete en el que la tela se enrolla al cuerpo o con una serpentina de gran vistosidad, que es final por otros toreros adoptado en algunos otros lances.



Galleo de la mariposa

Este y otros capeos, son casi exclusivamente empleados en los *qutes*, y por lo tanto en el *segundo* y no en el *primer cuarto* de lidia se ven actualmente por lo general.

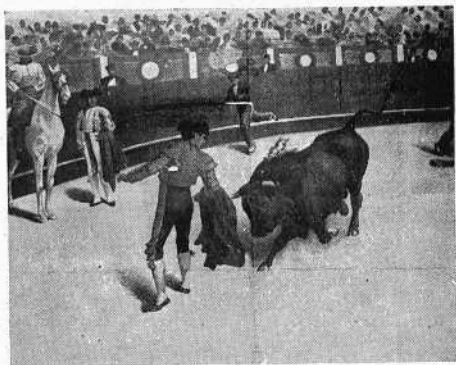
Medias verónicas. — Como las largas se suelen emplear en los *qutes*, y es un recorte, el remate de una *verónica*, con lo que vuelve a quedar el toro en suerte. Esto es, por lo menos, lo que en el día hemos dado en llamar *media verónica*, pero en realidad sólo se trata del recorte final con que a aquélla se pone término.

Las *medias verónicas*, propiamente dichas, son los capotazos a dos manos que emplea el matador en los quites, y aun en otras circunstancias, para sacar al toro de un punto determinado, tirando de él, con lances por ambos lados que tienen cierta semejanza



Un lance de Chicuelo

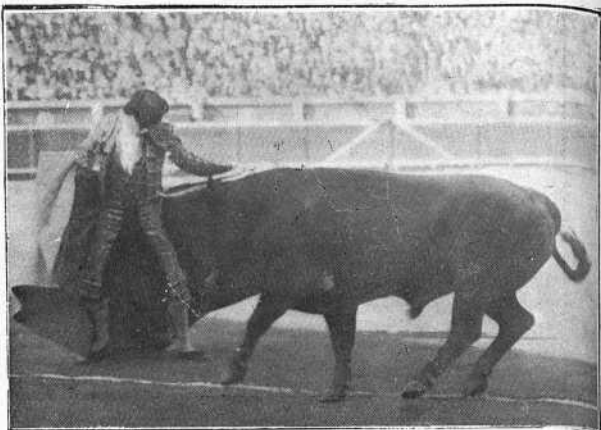
con las verónicas, pero se quedan a media ejecución, puesto que el toro no acaba de pasar, y en el mismo centro de la suerte el torero da el quiebro para secundar por el otro lado con un nuevo lance. Ya la res en el terreno conveniente, remata el torero con un ceñido recorte, y a ese recorte es a lo que se denomina ahora *media verónica*, y es el final obligado de las verónicas, tanto en quites como al lancear de salida. Juan Belmonte ha sobresalido en



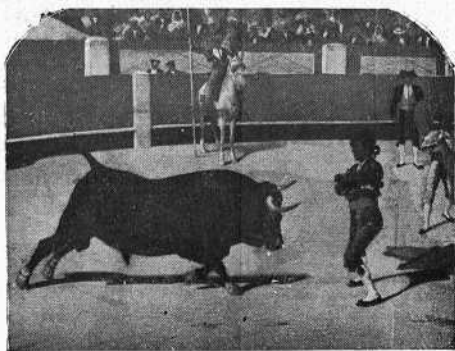
Galleo capote al brazo



Galleo del bu



Galleo de la mariposa



Quiebro a cuerpo limpio

nombre designa a los bravos, pero en un sentido diminutivo. No hay tal.

Celosos o revoltosos son los que en iguales condiciones que los boyantes, discrepan de éstos en que tienen más codicia por coger, y en su virtud se vuelven ligeros para buscar los objetos, sosteniéndose con fuerza sobre las manos en los lances y siguiendo con la vista el engaño que, sin darse cuenta huyó de la cabeza. Por más que para torear estas reses se necesita mayor agilidad que para los boyantes, son muy buenas para lidiarlas y se prestan a la ejecución lucida de todas las suertes. Hoy se dice de ellos *que tienen nervio*.

Ciñense o se *acuestan* los toros que aunque toman cumplidamente el engaño, se acercan mucho al cuerpo del torero, y casi le pisan su terreno. Los toros que se ciñen ofrecen también una lidia vistosa y segura; pero hay que tener cuidado de darles siempre bastante salida y despegarlos lo posible, sobre todo en los pases de muleta. No hay que confundirlos con los que adelantan por uno u otro lados, porque éstos lo hacen al cornear, y suele ocurrir que un mismo toro se *acueste* de un lado y *adelante* del otro.

Ganan terreno aquellos que estando en suerte comienzan a caminar hacia el diestro, ora cortándole el terreno, ora siguiendo el de fuera. De estos toros existen dos géneros, que importa distinguir; unos principian a ganar terreno desde la primera suerte, notándose que es su peculiar manera de partir; y

otros empiezan a tomarle después de aquélla, y lo hacen intencionadamente por haber sido burlados. Si a estos últimos se les juntara el rematar en el bulto, hay exposición en torearlos sin precauciones.

Pegajosos son los cornúpetos que a pesar de tener libre la salida, no la toman y se quedan en el centro tirando cabezadas, intentando llegar al bulto, y cuando lo consiguen, desarmando al picador, no quieren dejarlo ni les hace mella el castigo.

Recargan los toros que llegan a la garrocha y al sentirla se salen de la suerte como para ocupar su terreno; pero conforme se les quita del morrillo, arrancan al rematar con prontitud y vuelven sobre el bulto para cogerle. A veces muestran tanta codicia como los pegajosos.

De sentido.—Toros de sentido son los que distinguen el cuerpo del engaño, por lo que no hacen caso de éste y rematan constantemente en aquél. A veces toman el trapo, pero es a la fuerza, y no por ello dejan de rematar en el bulto. La lidia de estos toros está sembrada de escollos, no obstante los cuales el arte tiene recursos para anular el peligro. Estos toros se suelen llamar *marrajos*, y así lo admite la R. A. E., en sentido figurado, pues el marrajo propiamente dicho es el tiburón.

Burriciegos.—Existen además, por defectos en la vista, los toros burriciegos y son aquellos que ven mucho de cerca y poco de lejos; otros, que ven mucho de lejos y poco de cerca, y otros, que no ven lo suficiente ni de cerca ni de lejos. A los primeros

debe citárseles en corto para que vean próximo al diestro y se consientan; entonces arrancan con codicia y ligereza, por lo que, si conservan piernas y al torero le faltan o no está sobre sí, pueden embrocarlo.

Los de la segunda clase son de cuidado para lidiarlos. Como no distinguen bien, acometen a todo lo que se les pone por delante, y buscan el bulto por ser objeto mayor y que, por consiguiente, ven mejor.

Los del tercer grupo son los mejores de todos los burriciegos: no viendo el viaje, rara vez siguen al torero hasta rematar. Pero en cambio son los más pesados y propenden a aplomarse, o por lo menos dan una lidia como los *aplomados*, por lo cual lo que el torero gana en seguridad pierde en lucimiento. Cuando este defecto es muy pronunciado, los toros que lo tienen no son de lidia, puesto que con ellos casi todas las suertes fracasan. Con frecuencia esta ceguera es una consecuencia de la misma lidia, y se atribuye a congestión. Tal vez sea así.

Sobre esto debe de fijar la atención el aficionado, pues no se puede torear a un toro burriciego lo mismo que a un toro con la vista normal, y cada uno de ellos requiere una lidia adecuada.

* * *

Transformaciones.—Otra cosa que debe tener presente el aficionado es la transformación que sufre el toro en sus condiciones durante la lidia, pues es

muy frecuente que una res que salió abanta se crezca, que otra brava se huya o duela al castigo, que un toro noble se haga de sentido, etc., no una vez, varias en los breves minutos que está en el ruedo.

La inmensa mayoría de los toros al pisar la arena no lo hacen con ese afán de combatividad que nos complacemos en adornarlos. Asombrados, deslumbrados, en un principio, a poco que se reponen, las primeras carreras son en busca de una salida que les conduzca al campo y sólo cuando se convencen de que no existe, es decir, cuando se *enteran*, se avienen a la lucha. De ahí que no porque un toro salga *abanto*, se ha de deducir que es manso irremisiblemente. Antes de sentenciar hay que dejar que se *entere*, y sólo después, si acepta o rehuye el combate, se podrá formar juicio respecto a su bravura. Cosa que saben los buenos aficionados es, que los toros de la casta de Saltillo, son muchos abantos de salida, lo cual no quita para que de esa casta precisamente resulten más bravos que de las otras.

También lo contrario suele observarse a veces. Toros que salen de los chiqueros revelando una gran codicia, que en los primeros capotazos doblan por ambos lados, dando grandes muestras de bravura, y que a poco comienzan a echar la cara por el suelo y a escarbar, embistiendo cuando se deciden desproporcionadamente y mal. *Desengañados* prontamente al verse burlados, se vuelven recelosos y cuando parten lo hacen por creer que van a cojer, por lo que sólo lo intentan si les parece que es sobre seguro.

Lo mismo que los anteriores estos animales chasquean al espectador que se precipita en sus juicios.

Prevenido, pues, el aficionado con estas advertencias respecto a estos toros que, aun siendo frecuentes, no constituyen la regla general, añadiremos que señal de toro bravo, aunque no infalible, es que a la salida acuda a cuantos objetos le inciten; que al tirarle el capotazo para correrlo arranque hacia donde se le llama; que al embestir humille, *meta la cabeza*, hasta casi rozar con la arena el pitón, y tome el viaje que el capote le indica, y llegue hasta las tablas si el torero las toma, y en vez de mirar hacia arriba y tirar el derrote por alto, haga lo contrario y lo dé en las tablas o parte baja, que es donde ha quedado el extremo del capote. Si esto hace, hay muchas probabilidades, casi la seguridad, de que se trata de un toro bravo y noble; y toreado debidamente, sin más castigo que el preciso y sin más capotazos que los oportunos, puede dar excelente y mucho juego.

El toro, en cambio, que en vez de correr ligero y rápido, agarrándose al terreno, sale al trote, que al tirarle el capotazo o bien no dobla y sigue su camino, o si embiste adelanta las manos y apenas baja la cabeza para cogerlo, o se detiene tirando la cara al suelo y escarbando, lo más frecuente es que sea manso.

Si al salir barbea las tablas y trata de saltarlas, poca confianza debe de inspirar.

Esto es lo que como regla general ocurre; pero aparte de que ya hemos dicho que las excepciones abundan, no se ha de perder de vista tampoco que una mala lidia, las condiciones físicas del animal, unas veces por exceso de gordura, otras por escasez de fuerza y poder, algunas a efecto de un rajón con la puya o de un puyazo en mal sitio, etc., etc., cambian por completo las condiciones de lidia de una res, en mal lo más a menudo, en bien no pocas veces ya sea porque se consienten ya porque, como en la jerga taurina se dice, "han ido a más", se han *crecido*, acabando por hacer buena pelea los que la iniciaron mala.

Por lo tanto el aficionado debe de estar atento a estas transformaciones y modificar su juicio con respecto al toro tantas veces como sea preciso.

Si el espectador no conoce perfectamente la calidad del enemigo que tiene delante el torero, es imposible que pueda apreciar las faenas que con él se hacen, pues no es lo mismo torear una res noble y franca, que otra de sentido y bronca. Cada una tiene su clase de toreo.

De ahí que se diga con tanta razón que "los toros dan y quitan", porque el toro es el factor principal en este espectáculo.

Además, es muy conveniente que el aficionado tenga en cuenta, en el día más que nunca, que el toro apto para el toreo en moda actualmente, ha de reunir condiciones especiales, no tantas quizá como algunos diestros exigen para hacer faena, pero sí al-

gunas que en la forma antigua de torear eran innecesarias.

Un toro bravo, con nervio, codicioso, con fuerza en las patas, que se revuelva pronto, no es el más a propósito para que con él hallen lucimiento la mayoría de los toreros modernos. Por eso se dice que el toro bravo es el que más pronto descubre al mal torero. Con ellos no basta saber dar lances bonitos y pases bonitos; es preciso ante todo dominarlos, con faenas de castigo, para las que precisa un gran conocimiento del oficio y todo el valor que da al diestro ese conocimiento de su arte y de sus facultades físicas, en una palabra, de su superioridad sobre el enemigo. Toreros de esa categoría, de los que el gran JOSELITO fué el arquetipo, son raros; de ahí que ese toro, en la jerga taurina, se llame *toro para el público*, y no para el torero, que lo que más desea es que la fiera les *deje colocar*, les deje *reponerse*.

Para éste, en cambio, es el ideal muchas veces, el que más manso que bravo, se limita a embestir cuando le citan, toma el engaño y lo sigue con docilidad, sin tirar cornadas, permitiendo en los remates que el diestro se reponga; y como generalmente hay que pisarle el terreno para que arranque, eso mismo da realce a la faena que además de artística, parece valiente. Hay en estos toros, matices: unos con más bravura, pero boyantes, francos y pastueños siempre; otros con menos aun, con tendencias a la

huída, pero fáciles de sujetar arrimándose a ellos, y sin quitarles el trapo de la cara.

Además del *toro del público* y del *toro del torero*, existe una tercera categoría que se conoce entre los aficionados con el nombre de *toro para el ganadero*, y es en el que en el primer tercio, o para hablar con más propiedad y con arreglo a la actual división, en el *segundo cuarto*, arrancan con alegría contra los caballos, derriban con estrépito, y acometen seguidamente en toda la suerte de varas. Se suelen llamar también *toros escandalosos*, los que así se comportan y antiguamente se les denominaba *duros* y *secos*.

Aunque la impresión que estas reses producen a los espectadores es grande y buena, no siempre acababan la lidia como la empezaron, y con ellos sufre el público frecuentes equivocaciones, pues no es raro que al aplomarse por el mucho castigo sufrido y por el mucho *romaneo*, se vuelvan maliciosos o se defientan en las querencias, por lo que si conservan el poder y las patas resultan peligrosos para el torero.

La desiderata es que una misma res reúna las mejores cualidades de las que acabamos de mencionar, esto es: que tenga bravura y nobleza desde el comienzo al final de su lidia. Esos son los que se denominan *toros punteros* o *de bandera*, y esos, por desgracia, los que menos abundan.

Verdad es, que tampoco son tan frecuentes como en otros tiempos eran, los de sentido, los *marrajos*, y sólo de tarde en tarde aparecen en la plaza los verdaderamente peligrosos y de cuidado.

Indudablemente la ganadería brava ha mejorado mucho con la selección de las castas, y probablemente influye también la edad menor en que ahora se lidian, pues un novillo de cuatro años, y no pocas veces de tres, es difícil que alcance la malicia de un toro de cinco, seis o siete años, aunque tenga la contra de agotarse más pronto, sobre todo si para que gane en tipo se le ha beneficiado y está *regordío*.

Y he aquí que, sin querer, hemos llegado a la cuestión de la edad de los toros para la lidia.

Según la edad, los toros se llaman: durante la lactancia, *recentales*; *añojos*, al año; *erales*, a los dos; *utneros*, a los tres; *cuatreños*, a los cuatro, y *cinqueños*, a los cinco. Hasta los dos años se les llama también *becerros*; *novillos* hasta los cuatro y toros de los cuatro en adelante. Para la lidia, el Reglamento vigente exige los cuatro años cumplidos; en otro tiempo marcaba los cinco. De los cuatro a los seis es cuando están en mejores condiciones de desarrollo y vigor para correrlos, y son más nobles y sencillos para la ejecución de las suertes. La edad se suele contar asimismo por hierbas, entendiéndose por tales las de cada primavera que han pastado; y como lo general es que los becerros nazcan en invierno, en la primavera inmediata comen la primera hierba, y, por tanto, siempre vienen a tener una hierba más que años; y así se dice *cuatro años y cinco hierbas*.

El reglamento vigente señala la de *cuatro años*, pero como acabamos de insinuar, se juegan con más frecuencia de lo que debía, con tres. Novillos *regordíos*, a fuerza de pienso, que de todos modos carecen del tipo que precisa para dar idea del peligro, de la exposición, que es el mayor aliciente de la fiesta. No hemos sido nunca partidarios de la mucha carne y de los muchos pitones, tal vez por estar convencidos de que el sebo y los cuernos asustan a los toreros, y los toreros asustados no hacen nada a derechas; pero de ahí al becerrote con 18 ó 20 arrobas y dos plátanos en la cabeza, hay una gran diferencia. Cuatro años y de 270 a 300 kilos es un término medio muy aceptable por parte de todos, público y toreros; y de ahí no se debe bajar, si el espectáculo ha de conservar su prestigio y carácter.

Aunque no es frecuente que el espectador o el aficionado especulativo, lleve su curiosidad hasta el punto de querer averiguar la edad de los toros, claro está que después de muertos, por si a alguno se le ocurre y para que sepa la manera de conseguirlo, diremos aquí que por los dientes y por los cuernos se hace la tal averiguación.



Al nacer: Algunos incisivos. Todos los demás nacen entre los 25 y 30 días

El toro tiene, aparte de los veinticuatro molares, ocho incisivos, con los que nace o le brotan a poco de nacer, y se llaman del centro a los costados y contados por pares: *pinzas* o *palas*, *primeros medianos*, *segundos medianos* y *extremos*. Estos dientes se denominan *caducos* o *de leche*, porque se le van cayendo a la res para ser substituídos por otros que toman el nombre de *permanentes* y *fijos*. En este *cambio* o *muda* está el mejor indicio para conocer la edad de los toros, pues las *pinzas* o *palas* *permanentes*, las mudan a los veinte meses, los *primeros medianos* de los veinticuatro a los treinta meses, los *segundos medianos* a los tres años y los *extremos* a los cuatro.



De los 12 a los 18 meses. Los dientes de leche son como raigones.
Las pinzas son las primeras que se desgastan

Entre los cuatro y cinco años está el toro *cerrado*, es decir, ha mudado todos los dientes. A los cinco, *rasa*, o lo que es lo mismo iguala, las *pinzas*; los *primeros medianos* los *rasa* a los seis; los *segundos* a los siete y medio, y los *extremos* a los ocho y medio. A los diez años el *rasamiento* es total, y los

dientes pierden su blancura y se vuelven amarillentos y sucios.



De los 18 meses a los dos años. Las pinzas de leche movedizas son reemplazadas por pinzas persistentes

Lo interesante es saber que los dientes *extremos permanentes* le salen al toro a los cuatro años, y que entre cuatro y cinco es cuando están cerrados.

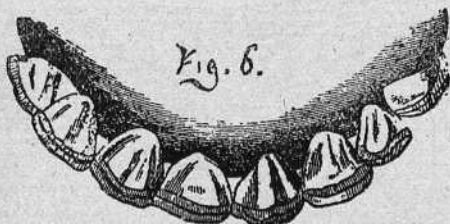


A los 2 años y medio. Nacimiento de los primeros medianos persistentes

Se ha de tener muy presente que según el cuidado y el clima, y hasta el desarrollo individual las *mudas* pueden adelantarse o retrasarse. En el ganado bravo lo corriente es que se adelanten en algunos meses, nunca muchos.



A los 3 años. Nacimiento de los segundos medianos persistentes



A los 3 años y medio. Nacimiento de los extremos. A los cuatro años desgaste de los dientes precedentes



Entre los 4 y los 5 años, está la boca igualada.

Por los cuernos, aunque Francisco Montes asegura que se conoce con más certeza la edad de los toros, por lo menos resulta, de ordinario, más di-

fácil el examen, sobre todo para quien no sea muy ducho, para poder distinguir claramente y sin confusiones los anillos que sirven de guía. Son éstos unos rodetes que se forman en el nacimiento de las



Los seis rodetes que se señalan en esta figura indican la edad de 8 años en el toro

astas. Cuando el becerro tiene tres años se separa del pitón una lámina muy delgada y que llega casi hasta la mazorca y allí se forma el primer rodete; en cada uno de los años siguientes se desprende una nueva lámina, con lo que se forma otro rodete debajo del anterior o anteriores, de modo que para saber la edad de un toro basta con contar los rodetes o anillos, y sabiendo que el primero indica tres años, dos indicarán cuatro, tres cinco, y así sucesivamente.

El arte de torear

BREVE RESEÑA HISTÓRICA. — EL TOREO A CABALLO.
— EL TOREO ACTUAL. — REGLAS GENERALES



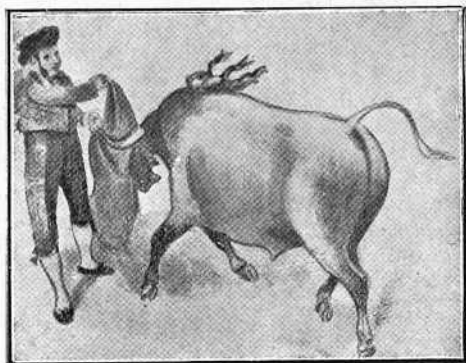
Indudablemente, en la caza del toro debió de tener principio lo que con el tiempo había de ser el arte de torear. La bravura, la sencillez, la nobleza de las reses vacunas, tan prontas a acometer, tan fáciles de engañar, sugirieron al hombre, seguramente, la idea de sortearlas, y aun admitiendo que en Tesalia, desde época remota, se practicara la *taurocatapsia* (de *tauro* y *kataptein*, ligar), ejercicio que consistía en perseguir al toro a caballo hasta rendirle, y entonces, agarrándolo por los cuernos, lo derribaban, tal como lo representa un mármol antiguo, que es el documento más fehaciente que nos queda de esta fiesta, la cual, según Plinio, introdujo en Roma Julio César, del que se dice que fué el primer picador de toros, puede aventurarse la afirmación de que en España la necesidad creó el toreo, pues siendo el ganado vacuno fiero por naturaleza en nuestro país como en ningún otro, debido en parte a las castas predominantes, tal vez a la calidad de los pastos y condiciones climato-

lógicas, para apoderarse de las reses y utilizarlas como alimento, aprovechar sus pieles y convertirlas en instrumento de trabajo, fué preciso que su caza revistiera caracteres de combate, en los que pronto descubriría el hombre esas cualidades que hacen del toro, entre todas las fieras, la única apta para la lidia, por su falta de malicia y de astucia, por su ciega acometividad, por la relativa dificultad con que se revuelve sobre sí mismo y la carencia de elasticidad para los saltos, debido a su corpulencia y construcción anatómica. Pero esos tiempos primitivos de la tauromaquia y la técnica, si alguna existía, en ellos empleada, nada tienen que ver con el arte de torear, que es objeto de nuestro trabajo, y, por tanto, bastará con decir que la caza del toro, hecha en un principio con fines utilitarios únicamente, se transformó con el tiempo en un deporte practicado en campo abierto y llevado más tarde a los cosos cerrados, creándose el verdadero arte de la lidia como ejercicio de la nobleza.

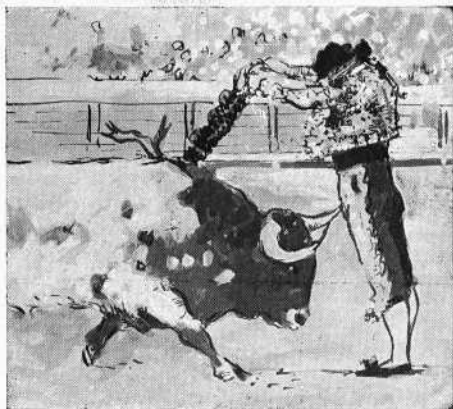
El toreo era en esa época a caballo siempre, y las reglas establecidas para ejecutarlo estaban basadas unas, las que pudiéramos llamar técnicas, en las enseñanzas de la práctica, y otras en preceptos de un orden moral, caballeresco, que afectaban al honor del toreador. En los siglos XVI, XVII y XVIII fueron muchos y muy diversos los tratados que sobre el arte de torear a caballo se escribieron y publicaron, y son de citar los de Gaspar de Bonifaz, Nicolás de Menacho, Luis de Trexó, Diego de Contreras Pamo,



Salto al trascuerno



Catre o tijerilla



Banderillas de frente



Banderillas de frente

remoloneaban en los quites a los caballos como lo harían en justas represalias.

¿Se evitaría en absoluto, con ello, que muriesen caballos en el ruedo? Probablemente, positivamente, no; pero se aminoraría la mortalidad quizá más que con los petos, y aparte de esto la cogida del caballo tendría el carácter de un accidente desgraciado y no el de la cruel entrega de un animal, poco menos que inválido, a la fiereza del toro.

Insisto en esta reforma, no por terquedad vanidosa ni por amor propio, sino porque la considero eficaz para el fin que todos nos proponemos, con aquellas modificaciones que la experiencia aconsejase, pues no pretendo haber resuelto el problema definitivamente con estas líneas.

A la consideración del aficionado las entrego y él verá si merecen que en ellas se fije su atención.

Entre tanto viene la modificación o la abolición de la suerte de varas—pues una de las cosas ha de ocurrir—lo repito, dése el aficionado por satisfecho si el picador señala en lo alto del morrillo, aguanta la acometida de la res y logra echarla por delante, pues con eso y haber iniciado la suerte buscando al toro con el caballo terciado, haba cumplido como bueno el centauro.

Pedirle más, en los momentos actuales, sería gollería.

Claro que tampoco habría que consentirle menos; y menos es atravesar el caballo, dar el puyazo allí

donde caiga, sino es que alevosamente se busca la paletilla o las costillas para lisiarlo o acabar con él; en todo caso para escarmentarlo⁷ y que rehuya nuevos encuentros.

Bueno será advertir también, para orientación del aficionado, que los puyazos traseros suelen ser perniciosos porque descomponen la cabeza del toro, y un poco delanteros, o en la "pelota", la "ahorman", y por ser la parte menos sensible resisten mayor número de varas.

De todos no muchos, dada la forma de la puya actual, que los ganaderos, con sobrada razón, tratan de modificar, en beneficio de ellos, naturalmente, pero también en beneficio del espectáculo, pues no hay duda que esta parte de la lidia es de las más interesantes para el buen aficionado.

De ahí que todos debiéramos preocuparnos en su rehabilitación.



Tercer cuarto de lidia

SUERTE DE BANDERILLAS

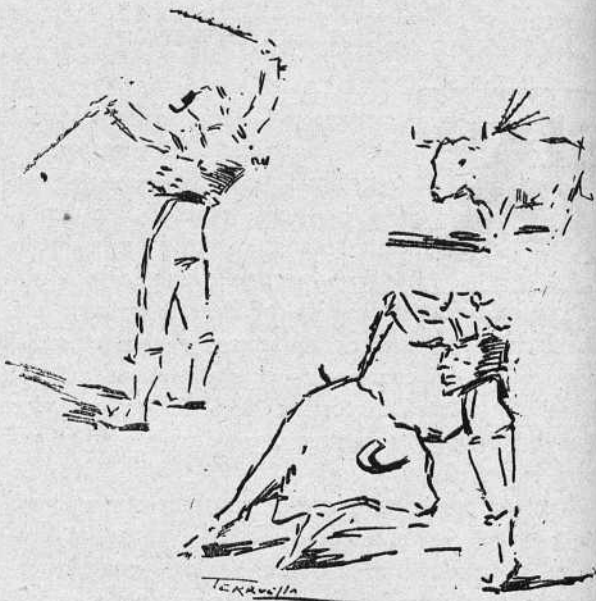


L cuarteo.— Para clavar los rehiletes *cuarteando*, al toro que es sencillo o boyante, ya esté parado, ya venga levantado, se pondrá el torero de cara a él, a la distancia que estime conveniente, citándolo, y cuando arranque saldrá describiendo un medio círculo, como el de los recortes, que rematará en el centro del cuarteo, en el cual se cuadrará con el bicho y meterá los brazos para clavar los palos, tomando después su terreno, y saliendo con pies si fuese necesario.

También puede hacerse esta suerte de otra manera, que consiste en poner los rehiletes antes de cuadrarse y de que el toro tire el derrote, estando embrocado el diestro, lo cual implica meterse mucho con el toro para alcanzarlo en la humillación, prender los *caireles* y tomar su terreno, pues estando embrocado no puede esperarse el hachazo como en el caso anterior.

A topa carnero.— La suerte de parear *a topa carnero*, en desuso hoy, apellidada también de pecho

o a pie firme, es, a no dudarlo, de las que ofrecen mayor dificultad en su ejecución. El lidiador que la intente se situará a buena distancia del toro, y cuando éste le mire le llamará, alegrándole para que



Preparando al toro para banderillas. Momento de clavar

parta: le esperará con los pies quietos, y al humillar el animal para dar el hachazo, en la misma jurisdicción del torero, se saldrá éste del embroque, no sólo por un quiebro del cuerpo, como dice Montes, si no por un compás quebrado hacia atrás, como

asienta García Baragaña en sus *Reglas para torear a pie*; con cuya locución parece indicar un paso con el pie correspondiente hacia donde el banderillero



Banderillas de frente. Momento de cuadrar

crea más seguro. El diestro meterá los brazos fuera del embroque, y moviéndose muy poco o nada, debe quedar en su mismo sitio observando el viaje del toro, lo cual es de un efecto mágico y de merecido e infalible aplauso.

Al sesgo.— Al trascuerno o volapiés, como las llamó Montes, tal como hoy se ejecuta, consiste en procurar que el animal esté algo terciado en las tablas: el diestro se sitúa frente a la cabeza del bi-

cho llamándole, y arrancado de pronto, describiendo un pequeñísimo círculo, le clava las banderillas al llegar a la cabeza y prosigue su viaje.

Cuando al ir corriendo hacia la res se observe que ésta se vuelve o endereza demasiado, se cambiará de dirección para salirse de la suerte, o se hará, si es posible, a la media vuelta que es menos arriesgada.

Al relance. — En los rehiletos se entiende por suerte *al relance* la que se practica viniendo el toro rebrincando de la salida de otro par que se le ha puesto o siguiendo un capote; pero siempre levantado, y aprovechándose el diestro de esta carrera, le sale al encuentro, se cuadra, mete los palos y marcha por sus terrenos, ordinariamente con calma, porque no suele revolverse el toro.

Al recorte. — Es un par de banderillas, que, como el *a topa carnero*, no se ve hoy por ser de mucha exposición.

El diestro que haya de consumarla se irá al bicho como para hacerle un recorte, y en el momento del quiebro, en que estará humillado, meterá los brazos para clavar las banderillas. Al hacer el quiebro del cuerpo, necesario para esquivar el derrote, retrasará la salida, quedándose casi pegado al costillar del toro, y al tirar la cabezada, el mismo animal se clava los palos, toda vez que el lidiador tendrá la mano del toro vuelta atrás con el codo alzado, y la otra pasando por delante del pecho en la longi-

tud suficiente a que las puntas de ambas banderillas se igualen.

A la media vuelta. — Dícese a la *media vuelta*, la suerte de clavar rehiletes en que el torero cita al toro por detrás, y al volverse éste, se cuadra y mete los brazos el primero, lo cual puede hacerse, ora vaya levantando y llamándolo sobre corto o sobre largo.

Al quiebro. — Este par de banderillas que es una barbaridad llamar al *cambio*, pues los cambios, como ya se ha dicho, no se pueden hacer sin capa o muleta, se ejecuta colocándose el lidiador frente al toro, en la rectitud de éste y con los pies unidos por la parte posterior. Llámasele en esa disposición, y cuando arranca, sin menear los pies o moviéndolos, pues lo otro es poco menos que imposible, el diestro inclina a un lado el cuerpo y brazos marcando allí a la res el sitio del bulto: el animal humilla, y el torero, sin hacer más que recobrar su natural y primitiva posición, clava los palos, zafo del derrote que el toro ha dado en vago donde creía encontrar el bulto.

Se hace también citando el diestro sentado en una silla hasta que llegado el toro a jurisdicción se levanta el torero, señala el quiebro y se queda la fiera corneando la silla casi siempre.

El aficionado debe fijarse no tan sólo en la colocación de los palos, en este segundo tercio de la lidia, sino en la manera de cuadrar el torero en la cabeza del toro, y el modo de levantar los brazos,

que es en lo que reside el mérito de la ejecución, así como también el terreno en que se lleva a cabo.

Fué el innovador de esta suerte Antonio Carmona, el *Gordito*, y generalizada pronto substituyó a la de *topa carnero*, más difícil y expuesta.

No creemos preciso hablar aquí de algunas modalidades que en el tercer cuarto han introducido determinados diestros, pues éstas, generalmente, son peculiaridades de estilo, que no tienen por lo general imitadores, y en nada, por lo demás, destruyen las reglas establecidas para los diferentes pares de los que son simples modificaciones.

Hasta la temporada de 1928 se banderilleaban con *fuego* a los toros que no tomaban las varas reglamentarias. Desde junio de este año se han suprimido las banderillas de fuego. También esta modificación había sido ya, desde hace años, solicitada por diestros y aficionados. Ricardo Torres, *Bombita*, entre los primeros.



Ultimo cuarto de la lidia

EL TOREO DE MULETA



ESTE acto postrero del drama taurino se subdivide en dos cuadros, preparatorio uno del otro: el trasteo con la muleta y la estocada: y es, en realidad, el momento culminante de la fiesta de los toros.

Hubo un momento en que, indudablemente, fué la estocada lo que para el aficionado más importancia tenía; desde hace tiempo ya—mucho más tiempo de lo que algunos se enpeñan en suponer, y porque lo suponen lo dan por cierto—la faena de muleta ha adquirido tanto relieve, a tanto arte y dominio se ha llegado en el manejo de ella, que quien como muletero notable se destaque tiene mucho adelantado para escalar los puestos preeminentes en el escalafón taurino; y por el contrario el que tenga un juego de muleta deficiente, aunque sobresalga como capeador y posea buen estilo de matador, con dificultad alcanzará la categoría de gran figura del toreo.

Tiene su explicación: en la labor que el espada realiza con la muleta, más que en cualquier otra

de la lidia, precisa unir la belleza a la eficacia, o, en otros términos, torear para el público y torear para él. Una sola de las dos cosas, son bastantes los que lo consiguen, ambas contadísimos. Dar pases bonitos es relativamente fácil, mucho más dar el *parón* en estatuarios ayudados por alto, o de pecho, especialmente con la derecha, a favor de querencia, y componer la figura cuando el toro sigue su viaje; presenta grandes dificultades, que son pocos los que logran vencer, realizar eso mismo llevando al toro toreado, tirando de él, obligándole a seguir los vuellos de la muleta, porque para eso se necesita arte (maña) y valor, conocimiento de lo que el toro es y la valentía precisa para consentirlo cuando no es bravo, para aguantarlo y pararle cuando lo es, para correrle la mano, echarlo fuera si tiene codicia y se revuelve pronto, sujetarlo si tiende a la huída, y en una palabra para ser siempre el torero el que toree.

Como lo primero que ha de hacer el espada para ello es dominar a su enemigo, reducirlo, quitarle poder si lo tiene en exceso, resabios si los demuestra, hasta que tome la muleta para poder "hacer faena", cuando de eso hay posibilidad, que no la hay con todos los toros, pues una vez dominados son muchos los que se agotan y quedan mansos o sin facultades, la faena de muleta los grandes maestros la dividen en dos partes: una primera de dominio, en que torear para ellos, y una segunda de adorno en que torear para el público, pero sin

perder de vista lo que las condiciones del toro permiten, a fin de no deshacer por un afán de palmas lo hecho con anterioridad.

Este es el secreto de los verdaderos maestros de la muleta; este era el secreto del inolvidable JOSELITO, este el de Juan Belmonte y este el de... no sé si después de nombrados JOSELITO y Belmonte, debo atreverme a añadir otros, sin que con ello quiera yo significar que falten en la actualidad los que algo poseen, de lo que aquéllos poseían en su totalidad, y falten ahora excelentes muleteros capaces de realizar admirables faenas, pero no con tantos toros, ni con tanta frecuencia como aquéllos. Abundan más los que o *torean para ellos*, y así que han dominado a su enemigo dan la labor por terminada, o *torean para el público* y han de esperar a que les llegue el toro que salga de los chiqueros ya dominado y sin resabios, con la fuerza y el temple que les es preciso para hacer faena.

Aun dentro de esta última categoría, hay clases: la de los que *saben torear* y torear realmente de muleta, y los que únicamente, como he dicho antes, *saben dar pases*, los cuales como no torear en realidad de muleta, pueden conseguir que la res se aburra, pero nunca se hacen con ella, jamás la tienen dominada y sin dominarla han de entrar a matar, teniendo que vencer con ello una dificultad más.

Y dicho esto, que puede servirle al espectador

de orientación, para juzgar la labor del diestro, pasemos adelante.

La *muleta*, o sea el engaño de que se sirven los espadas en la ejecución de la suerte final, fué en



Natural de Belmonte

su origen un pedazo de tela de tamaño y clase indiferentes que se doblaba sobre un trozo de palo o se liaba en el brazo izquierdo. Actualmente consiste en un capote menos largo que el de correr toros, sin esclavina, que en la parte correspondiente al cuello tiene un ojal, y un palo del grueso de los

de las banderillas y de medio metro de largo con una pequeña virola de hierro en su extremo exterior. Para usarla se engancha el trapo por el ojal en la virola, y se recogen las puntas por el diestro



Corriendo la mano en un natural

en el extremo contrario del palo, al propio tiempo que éste queda formando un cuadro redondeado en el ángulo inferior próximo al matador, y toma todo el vuelo que se le sepa dar al extenderla.

Cada suerte que hace el matador con la muleta recibe el nombre de *pase*, y de éstos se efectúan hoy varios, admitidos y descritos unos por las Tauromaquias, e introducidos otros por los diestros a imitación de los primeros.

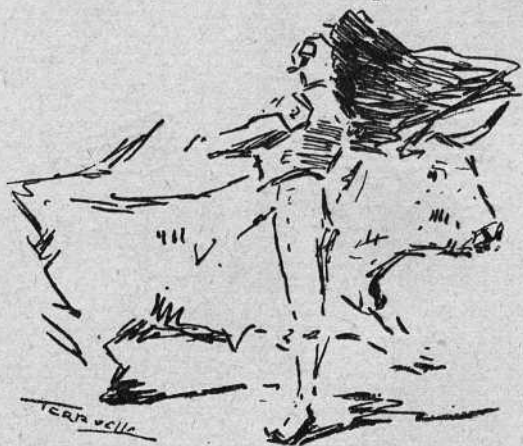
Comiézase las más de las veces el trasteo de un toro por el *pase regular* o *natural*. Para ejecutarlo se sitúa el lidiador en la rectitud del cornú-

peto, teniendo el engaño en la mano izquierda, hacia el terreno de fuera: en esa posición lo citará, guardando la distancia que le indiquen las piernas del toro, lo dejará que llegue a jurisdicción y tome el engaño, cargándole la suerte y dándole el remate del mismo modo que con la capa; advirtiéndole que, si es el toro boyante, se puede tener la muleta completamente cuadrada, porque como esos bichos van siempre por su terreno, toman el trapo cumplidamente y rematan bien, siendo sólo preciso perfilarse al cargar la suerte, y al rematar dar otro cuarto de vuelta, con lo que se completa la media necesaria para quedar nuevamente frente al toro.

Los pases continuados al *natural*, en que se describe un círculo completo con la muleta, se apellidan *en redondo*; y los que al ejecutarlos se saca el trapo por encima de la res, tendiéndolo sobre las astas, se denominan *por alto*. A estos últimos se suelen llamar *de telón*, cuando la salida del engaño es hacia arriba, perpendicular y rectamente.

El pase natural también se da con la mano derecha, tomando en ella la muleta y la espada que sostiene a ésta en su parte media. Dichos pases, que toman nombre de la mano con que se verifican, pueden darse en redondo y por alto, como los realizados con la izquierda, por más que indudablemente tienen menos mérito que los anteriores aunque sean también de mucho lucimiento y hayan contribuido a hacer más variada y vistosa la faena con el trapo rojo, digan lo que quieran los "clásicos".

Pasar a los toros al natural, con la derecha y en redondo, tiende a quitarles facultades en las piernas, porque en esos lances padecen el destronque en las mismas y en la médula espinal. Los indica-



Natural con la derecha por alto

dos pases son los únicos que deben emplearse con los toros que derrotan alto y que se tapan.

Los de telón y por alto sirven para levantar la cabeza al bicho que propende a humillar.

A continuación del pase natural puro, o sea con la izquierda, daban en toda ocasión, los diestros antiguos, el de *pecho*, porque decían y con razón, que era feo salirse de la suerte y buscar otra posición para repetir el regular, y poco airoso cambiar la muleta a la mano de la espada, para que, estando en el terreno de fuera, se pueda seguir con

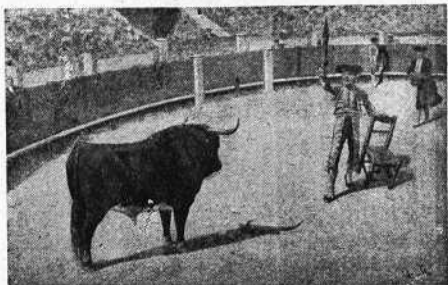
otro pase natural. No obstante tales consideraciones esa práctica está en nuestro tiempo completamente olvidada, y los espadas ejecutan aquel pase sólo cuando lo creen oportuno.



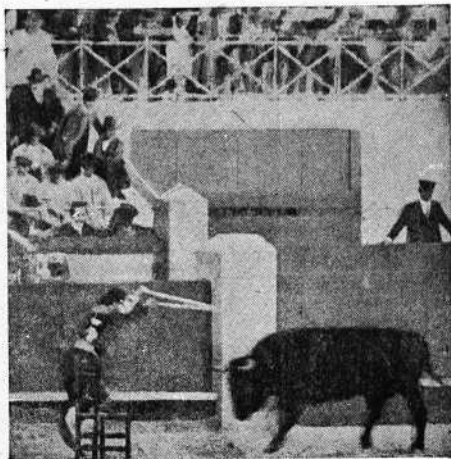
De pecho con la derecha

Seguro y lucido cual ninguno es el pase de pecho, pues a pesar de suponer algunos que carece de la primera condición, por no poderse en él jugar con desembarazo la muleta, como sea de la clase que quiera el toro a que se haga esta suerte, no se separan en ella el engaño y el bulto, se le reduce a un objeto y se evita la colada, tan frecuente en el natural.

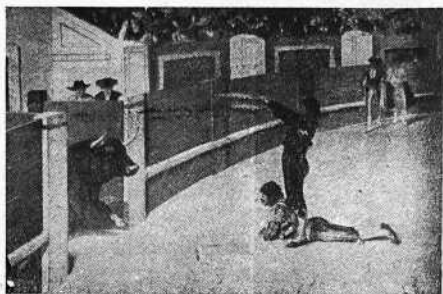
Se verifica el pase que nos ocupa de la manera siguiente: puesto el bicho en suerte y teniendo el espada la muleta hacia el terreno de adentro, se le hace indispensable para pasarlo sin hacer un cambio, perfilarse hacia el de fuera y adelantar hacia el



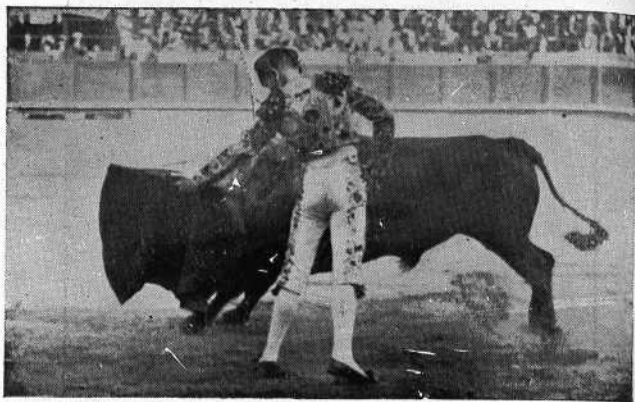
Banderillas en silla.—Cite



Momento de clavar



Banderillas al quiebro con un hombre entre las piernas



Pase natural

mismo terreno el brazo de la muleta, con lo que queda ésta delante y un poco fuera del cuerpo, en la rectitud del toro, en cuya posición se le cita, dejándolo venir por su terreno, sin mover los pies, y después de haber llegado a jurisdicción y tomado el engaño, se le hará un quiebro, cargando la suerte para que pase bastante humillado por el sitio del diestro, quien la *rematará con algunos pasos de espaldas*, tan luego como el animal tenga engendrada la cabezada y vaya fuera del centro; de proceder así, al sacar la muleta, estará zafo del sitio del hachazo.

Lo subrayado es consejo de Montes; hoy no se dan esos *pasos de espaldas* ni se tolerarían.

También con frecuencia se da ahora el *pase de pecho con la derecha* considerado, cuando el *Algabeño* lo introdujo, como una herejía taurómaca.

Hay además otros pases que vienen a ser una parodia de los de pecho, con los que muchos aficionados los confunden, y que, aunque de gran efecto por lo que son muy aplaudidos, no tienen el mérito de aquéllos, por darse *fuera de cacho* o sin que el toro vea al diestro. Nos referimos a los pases denominados *cambiados* y también *ayudados*.

Para efectuarlos se coloca el diestro atravesado con el cornúpeto, esto es, dando la salida por la derecha, teniendo la muleta extendida y cogida con la punta del estoque por la parte inferior exterior: el animal ve en tal situación delante de sí un objeto grande que le tapa la frente, al que acomete, y al

humillar, saca el lidiador el trapo por encima de las astas, pasa el toro por debajo y el matador penetra en el terreno de la res inmediatamente.

Con estos pases son muchos los aficionados que los confunden con los de *pecho*, y por de *pecho* los tienen, el nombre de *cambiados* lo dan a lo que en realidad se llama *cambio con la muleta*, el cual puede ejecutarse preparado o como recurso y lo mismo con la muleta que con la capa.

Se consuma marcando la salida del toro en una dirección y dándosela por otra, y, en su consecuencia, sólo pueden hacerse con la capa, muleta u otro engaño.

Los toros más a propósito para ellos son los revoltosos y aun los que se ciñen: con los demás no es prudente intentarlos, y exclusivamente deben practicarse cuando como recurso se vea obligado el diestro porque el animal no haya acudido al engaño y si dirigiéndose al bulto, caso en que no queda otro remedio que empaparle de nuevo en aquél, dándole otra salida y ganando el terreno de espaldas, o sea sin volver la cara.

Con la capa se hace el cambio poniéndose a llamar el toro sobre corto; luego que llegue a jurisdicción y humille se le tiende y carga la suerte hacia el terreno de adentro, y antes de que llegue a dicho centro se le carga de nuevo, empapándole mucho y dándole salida por el terreno de fuera; de manera que el centro de la suerte es delante del pecho del torero, y el animal, en su ruta, describe un ángulo

semejante al de un siete al revés. Esto comprueba su indisputable mérito y la razón de lo muy apreciada que es por los inteligentes.



Ayudado por alto de rodillas

Pocas veces le hemos visto hacer con la capa, pero infinitas con la muleta, y es, sin duda, porque el diestro gana en tales condiciones más terreno y es menos ocasionada a arrollarse y liarse, pues la muleta se saca por encima de la cabeza como en los pases de pecho.

El que realice un cambio, a más de ser lidiador de conocimientos, precisa de mucha fuerza en las piernas, porque no puede avanzar ni ladearse, y sólo en

casos extremos ha de irse atrás, pisando el talón y sin descomponerse.

Al pase *cambiado*, desde hace ya algún tiempo, quizá más de veinte o veinticinco años, se le da el nombre de *ayudado*, pudiendo ser por alto o por bajo.



Pase de la firma

Tiene menos mérito el primero, por lo que se ha dicho con respecto al pase *cambiado*, pero ambos son de mucho efecto, y hoy obligados en casi todas las faenas de muleta, a pesar de la inquina y enemiga con que en un principio los persiguió la crítica. Indudablemente son de los lances menos expuestos, pero su vistosidad no se puede negar tampoco; y como lo vistoso y lo bonito no están demás en nuestra fiesta, alternarlo con lo expuesto y difícil, no me parece censurable, si en la medida no hay exceso.

José Gómez, el gran JOSELITO, daba un ayudado con la muleta casi recogida con el estoque y ambos hacia abajo que remataba por la cara, llevando al toro toreado con el cuerpo muchas veces, cuando lo ha-



Pase de la muerte

cía de pie, pues también daba este pase de rodillas muy a menudo.

Su hermano Rafael ha sido de los que con más perfección han ejecutado de rodillas el ayudado por bajo.

Granero daba un pase con la derecha que ha quedado en el repertorio con el nombre de *pase de la*

firma. Iniciado como un natural, en vez de darle remate dejando que el toro siguiera su viaje, lo recogía con los vuelos de la muleta para traérselo de nuevo, acabando en una trinchera lo que en un principio había sido un natural con la derecha.

Con algunas modificaciones, lo repiten de vez en cuando otros diestros, pues ya se ha dicho que ningún lance tiene una ejecución única, y cada torero lo adopta a su forma y estilo de torear.

El pase de la muerte, otra invención de Rafael el Gallo, se ejecuta montando la muleta como para el ayudado, y a cierta distancia se cita al toro, teniendo los pies muy juntos el diestro y colocada la muleta a la altura de la cintura. Al hallarse la res en el centro de la suerte, se levanta vertical la muleta y pasa el toro por debajo por el impulso de la acometida.

Otro nuevo pase del mismo Rafael es el *afarolado* o del *gabán*, como humorísticamente le ha bautizado el público madrileño, y no es más que el remate del de *pecho con la derecha* (llevando por lo tanto espada y muleta en la misma mano), haciendo una especie de farol con estos trastos.

El del *molinete*, es también el remate de uno *natural*, girando el diestro sobre sí mismo, mientras el toro dobla, con la muleta enrollada por atrás a la cintura a efecto de la rapidez. Belmonte lo ha modificado; lo da como si iniciara el pase de *trinchera* con la derecha, y al arrancar el toro gira el torero buscando el cuello del animal, para rematar la vuelta

cuando la res ha terminado la suya, quedando nuevamente en suerte. También lo da enrollándose la muleta por atrás, como en el molinete antiguo, en vez de hacerlo por delante como en el anterior, y girando entre los cuernos. Es lance de mucho efecto como adorno, si se realiza cerca y pausadamente. Como en todas las suertes ocurre, cada torero ha procurado introducir una variante en la del *molinete* y sería prolijo enumerar las muy diversas que se llegan a ejecutar.

La *trinchera* es un pase que se da fuera de cacho, con la muleta como para el pase de pecho con la derecha, pero más baja y se remata por bajo, volviéndola a su posición natural, como para el natural con la derecha o con una especie de latigazo o medio pase por bajo.

Así como Gaona ha llegado a una gran destreza cambiándose la muleta de mano, el inagotable Gallo ha ido más allá, y ese cambio lo hace por la espalda aumentando así la dificultad, el mérito y el lucimiento.

Se dicen *medios pases* a aquellos que el torero intenta o se presenta a dar en forma de naturales, con la derecha o cambiados, y sin consumarlos se sale de la suerte por pies, lo que da idea de miedo o falta de destreza.

También se llaman *medios pases* a los que da el torero de pitón a pitón, o pasándole la muleta por la cara del toro hasta dar un trapazo en el suelo, lo

cual en ambos casos se hace para que la res tire derrotes, y se fatigue la cabeza.

Medios pases son igualmente los de tirón, con los que echando la muleta al hocico de la res y tirando hacia fuera se pretende sacar al toro de una que-
rrencia.

Los toreros llaman *correr la mano* pasando de muleta a estirar el brazo pausadamente y en toda su longitud llevando el toro en sus vuelos.

Hemos dicho ya la importancia que la faena de muleta tiene al presente, y no hemos de insistir, pero sí quisiéramos decir algo que se nos antoja muy importante referente al toreo con la mano derecha, no porque, entiéndase bien, seamos partidarios de él de una manera absoluta, pues como ya hemos dicho los pases con la izquierda siempre tienen más mérito, sino porque, combatir sistemáticamente el toreo con la derecha nos parece en no pocos casos tan desrazonado y absurdo que sólo puede tener como excusa el ejemplo de los que con gusto darían un ojo con tal de que otro perdiera los dos.

Son muchos los toros que llegan a la muerte en condiciones tales, unas veces de agotamiento y otras de avisados que, únicamente por el deseo poco humanitario de ver al espada aperreado, fracasado o maltrecho se le puede exigir que toree con la izquierda. Si el diestro así lo comprende y sabe que o bien no ha de pasar o bien ha de pasar con grave riesgo para él, y no se le agradece el que haga faena con la derecha, tiende a acabar cuanto antes, a *ali-*

ñar, como en la jerga taurina se dice, y lo que habría podido ser un rato de placer para el espectador, se reduce a unos pocos trapazos y nada más.

Exactamente ocurre con las llamadas faenas por la cara, en que el matador trata de sacar partido de un manso con ese toreo de adorno que los clásicos vituperan.



Una gallardía de Rafael el Gallo

Bien hecho, perfectamente hecho, si ven los clásicos que con el toro que el diestro realiza eso, es posible hacer lo otro, cosa que por desgracia no es rara; pero cuando con la izquierda no se puede torear y no es posible tampoco hacer *pasar al toro*,

aceptemos el toreo con la derecha y por la cara, que menos da una piedra.

Claro que el diestro en esos casos debiera demostrar al público con repetidos intentos la imposibilidad de que se habla, sin fingirla ni simularla con *trucos* y artimanas reprobables, para que su buen deseo quedase probado; pero son pocos los que se toman ese trabajo y en el pecado llevan la penitencia.

Cierto que estos intransigentes, los puristas, los clásicos, son los menos, y en su mayoría "aficionados de oído", de los que, por haberlo leído unos, por haberlo escuchado otros, les parece que dan prueba de sus conocimientos en la materia, pidiendo sin ton ni son "*¡con la izquierda!*" "*¡qué pase!*" a determinados diestros especialmente, sin sospechar que con ello en vez de velar por los fueros del arte, hacen el "caldo gordo" muchas veces a partidistas enconados de los que siguen aviesas sugerencias.

Para que las cosas queden en su punto, bueno será recordar, aunque para ello tenga que repetirme, que en la época en que la mano derecha estaba proscriba, *no se toreaba de muleta* tal como ahora entendemos que se debe torear. La muleta, insistiré en ello, se empleaba únicamente en aquellos tiempos, para igualar a los toros y señalarles la salida al dar la estocada; de ahí la poca importancia que tuvieron las faenas de muleta hasta época relativamente reciente. Fué necesario que la *suerte de recibir* decayera y que el *volapié* se entronizara, para que co-

menzasen los toreros a prolongar el muleteo a fin de quebrantar a las reses, quitarles facultades y dominarlas, arte en el que sobresalió el muy notable *Curro Cúchares*, que fué también de los primeros, gracias a su poderosa intuición, que procuró alegrar con adornos esta parte de la lidia.

¡Así, pues, la muleta que en los comienzos del toreo como profesión a penas si tuvo otro oficio que el de defensa para el acto de estoquear, hasta el punto de que *Martincho* la substituía por un broquel y ninguna importancia le da don José de la Tixera en su libro *Las Fiestas de Toros* (1) escrito en 1802, y muy relativa *Pepeillo* en su *Arte de torear*, ya adquiere alguna más para Montes que en su *Tauromaquia completa* (1836) nos habla del *pase regular* (natural) *con la derecha*; pero no por eso deja de ser limitado el oficio de la muleta.

Como “entre amigos con verlo basta”, ahí está la “Reseña general de las corridas de Toros, verificadas en la plaza de Madrid en 1851”, por don Faustiano Pontes, y en el resumen general, pues no hay espacio para entrar aquí en minucias, se lee que a los 134 toros que estoquearon Juan Jiménez (*Morenillo*), Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*), Manuel Díaz Lavi, Julián Casas (el *Salamanquino*), Cayetano Sanz, Manuel Arjona Herrera (*Cúchares*), José Muñoz (*Pucheta*), Juan de Dios Domínguez, Antonio Belo (*Belito*) y Tomás Cobanos, les dieron 628

(1) Publicado por la Editorial “Lux”.

pases de muleta para 471 estocadas, o sea menos de pase y medio por estocada aproximadamente.

¿Es eso lo que piden los del "toro cinqueño" y la "mano izquierda"?

¿Quieren decirme leal y honradamente cuántas corridas aguantarían si las faenas de muleta se compusieran exclusivamente del pase natural y del de pecho?

Eso en el supuesto de que todos los toros embistieran, y fuera posible darles el "natural" que han impuesto Joselito y Belmonte, que es algo muy superior al "natural clásico".

Afortunadamente para el público se torea con la mano derecha que ha permitido sacar partido de casi todos los toros, dar variedad y vistosidad a las faenas y suplir deficiencias de bravura y de estilo en las reses.

Como este librito no está escrito para profesionales, y por eso se titula *guía del espectador*, creo que aquí encaja lo que ya al principio tengo dicho.

El toreo no tiene trascendencia para el espectador, aunque la tenga y mucha para el profesional.

El que va a los toros, con la impresión que los lances le produzca obtiene todo lo que buscaba. y todo lo que puede exigir si le han dado rasgos de valor, de destreza, de gallardía, tanto más meritorios cuanto mayor sea la gracia, la elegancia, el arte en una palabra con que aquéllos se exornen.

Los medios inteligentes, técnicos, que el lidiador emplee para realizar esos lances con más vistosidad,

con menos exposición, con más realce, eso al lidiador corresponde, es su hacienda y a él le toca administrarla.

Y no digo que el aficionado se haya de desentender de todo eso hasta el extremo de aceptar sin reparos trucos y ventajas a todas luces nocivos para la fiesta que, poco a poco, degeneraría en espectáculo muy diferente de éste, en el que muchos vemos la exaltación de las grandes cualidades de la raza y tenemos por característica de nuestro pueblo; no llego ahí, y hasta proclamo la necesidad de conocer a fondo los secretos profesionales, para discernir el mérito de una suerte y los grados de valor y arte del ejecutante; pero sin darle a eso toda la importancia, sin olvidar que hay otro factor que acaso, y sin acaso, la tiene mayor, hasta el extremo de que sin él, ¡ya se puede ser buen torero, ya se puede estar enterado, ya se puede dominar el oficio, ya se puede ser valiente, no llegará el lidiador a la cumbre!

Ese factor es la personalidad, ese factor es el estilo propio; prescindir de él, para juzgar al torero con ojos de torero, con ojos profesionales, y fijarse en minucias que para el torero, lejos de ser minucias tienen un capital interés, pero que para el espectador no dejan de ser minucias, hasta el punto de que aun a aquellos que más las hacen valer en la discusión le pasan inadvertidas la mayoría de las veces en el circo, ese es el mal y este es el error que yo trato de combatir.

¿Quiere decirme el aficionado de buena fe, las oca-

siones en que se ha fijado en sí adelanta o no la pierna contraria el diestro al dar un pase?

¿Tiene presente en todo lance la querencia del toro?

¿Significa mucho para él que un banderillero iguale arriba a abajo las banderillas, o antes o en el momento de clavar?

¿Cuántas veces se ha dado cuenta de la forma de iniciar el capoteo a la verónica o el trasteo de la muleta de algunos diestros, que suelen comenzar ya con más de la mitad del lance, y la mitad más peligrosa, ejecutado?

Es posible que haya alguien que a mis preguntas conteste: Muchas.

Y a ese le responderé yo: probablemente cuando se le haya señalado a usted como vicio, defecto o particularidad de torero aquello de que se trate. Así esperaba usted el salto de Vicente Pastor, que Jose-lito se "sacase el estoque de la montera" y cosas por el estilo. ¿No es verdad?

Pero para eso fué preciso que hubiese uno que un buen día lo pusiera a usted en guardia.

Todo ese saber no sirve más que para corromper las oraciones del aficionado, que atento al detalle, no artístico sino de oficio, pierde la belleza del conjunto.

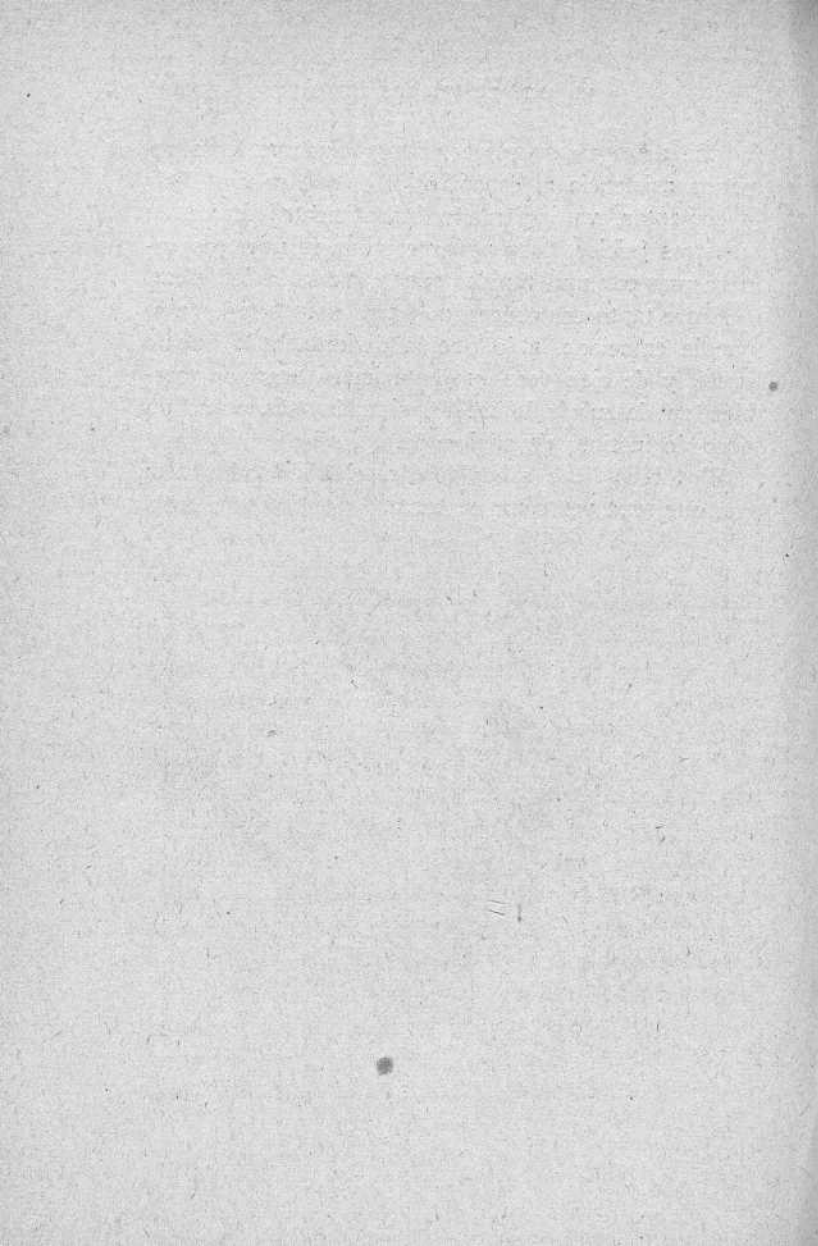
Hay que repetirlo muchos veces: el aficionado va a la plaza a divertirse, y conspira estúpidamente contra su interés cuando por un afán de análisis, y pensando en lo que por la noche ha de decir en la mesa del café, pone toda su atención en descubrir

lo que amargue su placer. Desgraciadamente la repetida asistencia al espectáculo, lo que se oye decir y comentar, va infiltrando la suficiente técnica en nuestros juicios, para aguar el vino de nuestros entusiasmos con más rapidez que la que sería de desear.

Entre tanto eso ocurre, aténgase el espectador a lo que le emocione, a lo que le divierta, a lo que le guste, y de cien veces noventa habrá acertado también en descubrir lo mejor, si nada más posee un poco de instinto de aficionado.

El torero debe saber torear, el aficionado basta con que sepa ver cómo se torea.







Pase natural de JOSELITO



Pase de pecho de Belmonte



Pase natural con la izquierda

VII

Ultimocuarto de la lidia

(CONTINUACION)

DE LA ESTOCADA.—LA SUERTE DE RECIBIR.—EL
VOLAPIE, OTRAS FORMAS DE ESTOQUEAR

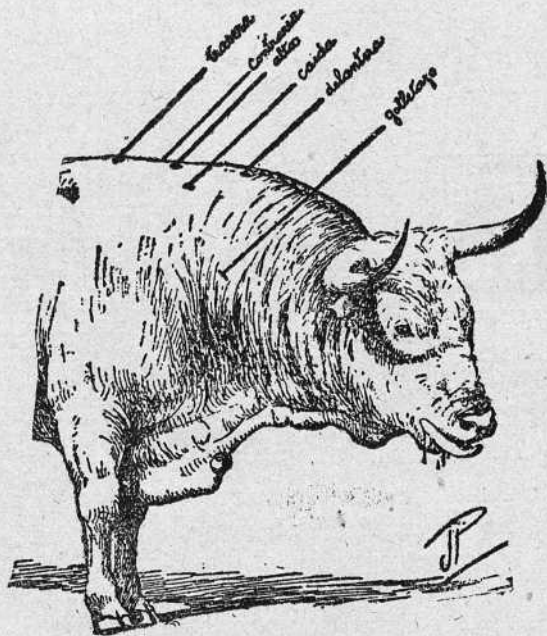


A estocada de muerte, que hemos considerado como segunda parte de la suerte de matar, es la que esencialmente la constituye, porque los pases no son sino una preparación, de la que en ciertos casos se podría prescindir, y hasta sería posible matar sin auxilio de la muleta, como en ocasiones se ha hecho, pero tratándose, naturalmente, de reses muy sencillas y boyantes.

Dada la estocada con sujeción a los principios de cada lance, aseguran los preceptistas, que se saldrá siempre con felicidad, pero no todas las veces será su consecuencia la inmediata muerte del toro. En efecto; la estocada por alto es frecuente que no se pueda clavar lo necesario, por la reunión de huesos que forman el sitio de referencia, que son los *rubios*, o sea el centro superior de las *agujas* y médula espinal, sobre los brazuelos. De aquí procede la repetición con que vemos saltar la espada sin poderlo evitar el diestro, ni hacer más de su parte, por lo cual no debe medirse el mérito de la suerte en razón inversa del número de estocadas,

pues más bien es una fortuna que una habilidad el rematar a la primera.

La estocada se llama *honda* si penetra en el ani-



Clasificación de las estocadas según su colocación.

mal totalmente; *corta* la que no entra más que una tercera parte; *media*, la que se introduce la mitad de la espada; *trasera* o *delantera*, según quede detrás o delante de la *cruz* o *rubios*; *contraria*, la que

está en el lado izquierdo del animal; *baja* la que entra por el cuello del bicho a más de cuatro centímetros de la médula; *ida*, la que entrando alta toma la dirección de *cortar* la *herradura*; *tendida*, la que queda colocada en el cuerpo del animal casi horizontalmente, y *caída*, la que está a un lado de la cruz, y sin ser *baja*, se dirige abajo con el peso de la espada.

Las estocadas bien puestas, producen sin demora la muerte en cuatro casos: cuando cortan la médula espinal, cuando cortan la *herradura*, cuando el toro está *pasado de parado* y cuando está *descordado*. Las primeras son las de más efecto, porque producen la muerte con la rapidez de la puntilla, y pasma ver caer rodando instantáneamente al que un momento antes era un monstruo de fuerza y valor. Las que pasan lo que los toreros llaman *herradura*, van también seguidas de la muerte inmediata del toro, aunque sólo haya entrado medio estoque; son más frecuentes que las anteriores, si bien no tan vistosas. Se conoce que la espada *corta la herradura*, en que entra oblicua en el pecho, un poco baja; el toro se detiene, queda en pie sin fuerza, no arroja sangre y cae en breve, sin necesitar a veces ni la puntilla.

Matan rápidamente las estocadas *por alto* que, entrando por la cruz, traen una dirección casi perpendicular y pasan los pulmones, haciendo arrojar al toro sangre por la boca. Esta clase de estocadas, que por razón de sus circunstancias se deno-

minan pasadas por pararse, suelen muchos confundirlas con los *golletes*, lo que es hijo de la más crasa ignorancia, porque tienen un mérito sobresaliente, en atención a que para darlas en la suerte de recibir, es preciso estar inmóvil hasta el instante en que el toro esté en el centro muy humillado, y meter entonces el brazo en dirección vertical, lo cual es difícilísimo.

Un toro queda descordado al recibir una estocada alta que le corte los tendones que le sirven para el manejo de los remos o los nervios que le dan la vida. Las reses descordadas caen al suelo como heridas por un rayo, pero quedarían vivas si no se les diera la puntilla.

Las estocadas *bajas* se apellidan genéricamente, *golletes*, y matan pronto al toro, porque entran en el pecho y pasan los pulmones. Nunca son del mérito de las de por alto, pero hay ocasiones en que son preferibles.

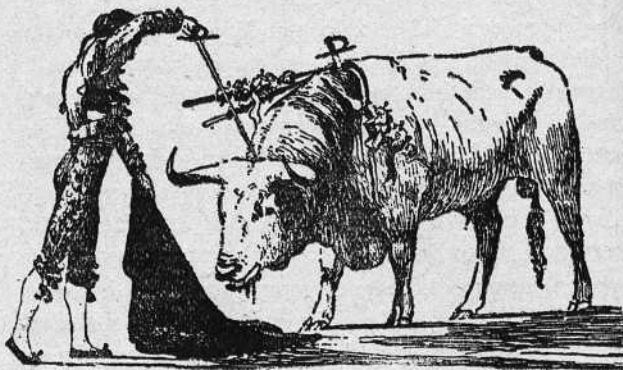
Muchas veces sucede que el estoque penetra oblicuamente, asomando la punta por el lado opuesto, o dando muestras de su presencia un bulto formado por la coagulación de la sangre; esta estocada, que se llama *atravesada*, es feísima, porque patentiza no haberse hecho la suerte bien, es decir, haberse marchado el torero en la reunión.

En la actualidad se suelen llamar *atravesadas* las estocadas que tienen esa tendencia en su colocación. Con más propiedad las llaman otros *tendenciosas* o *con tendencia a atravesar*.

Cuando el cornúpeto se *ciñe* o da una *colada*, ocurre que la espada entra por el lado izquierdo del toro y ni aun lo pincha, lo cual es lo que los diestros designan con la locución de *irse la estocada por carne*, a diferencia de cuando penetra por el tejido que cubre la piel y sigue entre cuero y carne, sin hacer casi daño, a lo que llaman *envainar*.

Después que se ha dado la estocada, aun cuando la res no necesite otra para morir, suele tardar mucho en echarse, y para abreviar se emplean varios recursos; si la espada quedó dentro deberá el matador juzgar si es mejor que permanezca metida o sacarla; estando la espada puesta en ~~buen~~ sitio pero poco introducida, se deben dar capotazos al toro que solamente le hagan tirar cabezadas hacia el lado, con lo que se le clava más; y si, por el contrario, se quiere que el bicho suelte la espada, se le echará el trapo a la cruz para sacarla agarrado con él. Con la espada dentro o fuera, si se ve que la herida rebosa sangre, se le dan capotazos por derecha e izquierda alternativamente o se le hace dar muchas vueltas, porque con ello se consigue que salga más sangre, que pierda las piernas y la cabeza, y por último que caiga. A esto suele oponerse el público, pero conste que sin razón, si, como decimos, está realmente herido de muerte el toro, pues con ello lo que se hace es acortar la agonía del animal. Pero como con abusiva frecuencia, el peonaje oficioso, sobre todo de los estoqueadores medrosos, para evitar una nueva entrada a matar

a su jefe, se empeñan con tenacidad censurable en hacer doblar al toro vivo todavía, se explica que el público, como regla general, haya adoptado la protesta contra toda ingerencia de los peones en tales circunstancias. Esta, y otras intransigencias del



Descabello. El toro está un poco tapado.

respetable, están justificadas por la facilidad con que su tolerancia se ve mal recompensada y de su mayor o menor ignorancia se trata de sacar partido, escamoteándole tan pronto como se descuida, unas veces el valor y otras el arte, que son substituídos por tretas y artimañas de mala ley.

Al toro herido mortalmente que se aploma en la querencia contra los tableros, y no se echa, a pesar de estar expirante, se le dejará algunos minutos solo y quieto, para ver si se acuesta, pero si per-

manece en posición vertical, se le incitará por todos los medios posibles, para ver si se sale a los cites, y cerciorado el diestro de que no, le hará que baje la cabeza tocándole con la punta del estoque en el hocico, para que se descubra y se pueda *descabellar*, operación que consiste en introducir la punta del estoque entre las dos primeras vértebras, el atlas y el axis que revisten la medula espinal, cortándola en su nacimiento, y que produce la muerte instantánea del cornúpeto. En esta suerte estarán a la mira un par de capotes, por si el toro se arranca tras del diestro, que lo distraigan.

Hay toro que se echa conservando algún vigor y teniendo el matador enfrente, se recela generalmente del cachetero que siente venir por detrás y se levanta o lo intenta: el matador sucediendo esto debería *atronarle* con las precauciones sentadas para el descabello, porque la acción es igual; sin otra divergencia que se dice descabellar si el toro está en pie y atronar si está echado.

Hace muchos años que la suerte de atronar no se emplea y debiera hacerse.

Diferentes maneras de matar. — La suerte de *recibir* fué inventada por Francisco Romero en el año 1726 (1), y la primera de todas las imaginadas para matar toros a pie con espada y muleta.

Para matar un toro boyante *recibiendo*, debe co-

(1) Esa es, por lo menos, la opinión más generalizada. La que sostiene el marqués de Tablantes en sus *Anales de la plaza de la Maestranza de Sevilla*, se funda en un error.

locarse el espada derecho, y perfilado con la parte superior del cuerno derecho, teniendo cuidado de que el toro coloque las manos juntas, como deben estar para todas las suertes, y el cuerpo recto en el terreno conveniente; el brazo del estoque hacia el terreno de fuera y la mano delante del pecho, formando con el arma una misma línea, de modo que la punta mire al sitio en que se quiera clavar; el brazo de la muleta después de recogida ésta sobre el extremo que se tiene asido para no pisarla y reducir al bicho al exterior que es el desliado, se pondrá como para el pase de pecho. En tal disposición se le citará a una distancia corta, cuando la res tenga la cabeza levantada y preparada, con el objeto de traerla por su terreno y luego que llegue a jurisdicción se hará el quiebro de muleta en dirección al terreno del toro, con lo cual debe quedar el matador zafo del embroque, y entonces es cuando debe aprovecharse la ocasión de meter el brazo al humillar el animal, pero sin adelantar la suerte ni mover los pies.

Si se adelanta la suerte o se mueven los pies, ya no puede llamarse la estocada recibiendo; advirtiendo que no se falta a esas reglas si el movimiento de pies tiene lugar después de herir, porque se pinche en hueso, y no pueda resistirse al encontronazo o se revuelva el animal, como sucede con mucha frecuencia.

Hasta aquí lo que sobre la suerte *de recibir* reproducíamos de otros preceptistas en la primera

edición de este manual; la mayor extensión que damos a la presente nos permite decir algo más que consideramos oportuno y conveniente si esa forma de estoquear ha de resucitar de nuevo, como algún que otro espada viene intentando de vez en cuando.

En mi larga vida de aficionado que abarca desde las postrimerías del señor Manuel Domínguez y *Bocanegra*, al *Niño de la Palma*, como ejecutantes más o menos afortunados de la estocada recibiendo, han sido varios los toreros que se han propuesto matar en esa forma; pero como si no bastasen las dificultades que la suerte en sí ofrece para hacerles desistir, se agrega la insuperable de los rígidos e intransigentes mantenedores de la pureza del arte (!) que esgrimiendo textos, descorazonan al más intrépido y entusiasta.

La raza de los Sánchez de Neira, de los Pascual Millán, etc., etc., no se ha extinguido todavía y es en balde que el buen sentido diga que, si a *Pepeillo* y a Montes se hubieran atendido los toreros, el *vola-pié* seguiría siendo una estocada de recurso; el *metisaca*, la más lucida de las formas de estoquear (1), las faenas de muleta se reducirían al pase natural y el de pecho, sin más finalidad que la de cuadrar a la res; las verónicas continuarían dándose de frente y así sucesivamente. Porque han salido diestros que han toreado como, según los puristas, los clásicos,

(1) Así la conceptuaban en tiempos de D. José de la Tixera, y así lo proclama él en sus *Fiestas de toros*.

no se podía torear, la tauromaquia ha avanzado prodigiosamente, se pisan terrenos que antes estaban vedados, se saca un partido de los toros que los antiguos no podían ni sospechar, y el espectáculo se ha transformado en un juego airoso y bello, perdiendo cada vez más el carácter de lucha ruda y brutal que ya sólo conserva en algunos detalles y en determinados momentos.

La *suerte de recibir*, si se hubiera seguido practicando sin interrupción, con toda seguridad habría sufrido las modificaciones a que no han escapado los otros lances de la lidia, el *volapié entre ellos*, como seguidamente se verá. ¿Por qué, pues, hemos de apedrear con textos clásicos, al que falte hoy en la ejecución de esa estocada, al más trivial de los preceptos? No es la manera más eficaz de estimular al espada que se proponga resucitarla, y no poco ha debido contribuir ese rigorismo a que los más decididos acaben por renunciar a ella.

¡Algo así me dijo en cierta ocasión el irremplazable JOSELITO, al preguntarle yo por qué había dejado de recibir toros, después de haberlo intentado un par de temporadas.

"Como están los públicos conmigo — me contestó—y algunos revisteros, sino hiero en todo lo alto y muevo un pie, me quieren matar; y he creído que lo mejor era dejarlo."

Es lo que terminan por hacer todos.

¡Y es una lástima!

Con un poco de tolerancia por parte de la crítica,

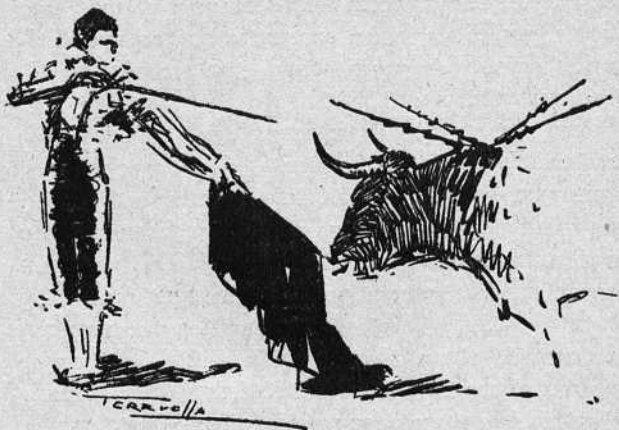
con un poco de comprensión por parte de los aficionados, la *suerte de recibir* podría resurgir de nuevo, mejor hoy que nunca por el tamaño de los toros, por lo recogidos de cabeza, en general, porque son más bravos y sobre todo más dóciles que antes; y porque esa suerte, tendría como consecuencia el más frecuente empleo de la del *encuentro* que es una derivación suya, y de mucho lucimiento sin ningún género de duda.

Pero para eso, para que se vuelvan a recibir toros, hay que olvidar lo que los *textos* dicen, y sobre todo cualquiera de las láminas, la de Perea entre ellas, que representan a *Pedro Romero recibiendo a un toro*, las cuales han contribuído no poco a formar un concepto de la suerte poco menos que fantástico, hasta el punto de que son muchos los que suponen que armado el matador y con la punta del estoque enfilada al morrillo del toro, es éste el que se clava la espada que el matador mantiene firme hasta que ha desaparecido toda en el cuerpo del animal.

Inútil decir que no sucede tal cosa, y que el matador es el que la mete cuando llega la res al centro de la suerte, como se lee en la definición que aquí se da, tomada de la *Tauromaquia* de Montes. De eso precisamente nace la poca seguridad que al herir se tiene, y que debido a ella no siempre caigan las estocadas en el morrillo precisamente.

Así como los *puristas* admiten el cite con el pie, el célebre "meter el pie", y hasta casi, y sin casi, dudan de que se haya *recibido* sin la previa *metidura*

de pie, de la que no habla ningún tratadista, hasta la segunda mitad del siglo XIX, es decir, cuando ya está en decadencia la suerte de recibir, bueno sería que admitiesen alguna que otra modificación que facilitara su ejecución a los diestros que intenten ha-



cer uso de ella, adaptándola a sus condiciones, que es exactamente lo que antes hicieron los que en ella sobresalieron, pues basta leer cómo la describen *Pepeillo*, *Montes*, el *Chiclanero*, *Cayetano Sanz*, *Manuel Domínguez*, y cómo se la hemos visto practicar a *Bocanegra*, *Frascuelo*, *Carancha* y *Guerrita*, para enterarse de que cada uno de ellos, si en lo fundamental estaban de acuerdo, no así en ciertos detalles, que variaban de uno a otro, como varían, trátase de la suerte que se trate, según el torero que

las realice. Así y únicamente así, ha podido llegar la tauromaquia a esa perfección actual, que aunque para los *tradicionalistas* signifique decadencia, todos, hasta ellos mismos, sabemos que es renovación y progreso.

Y sigamos hablando de las diferentes estocadas.

La de *al encuentro*, es una especie de término medio entre la de a toro recibido y a volapié, introducida a principios de este siglo por el afamado matador Jerónimo José Cándido. Es un recurso inapreciable para matar los toros que, citados a recibir, no vienen en proporción de consumir el lance. Tiene efecto saliendo el lidiador con prontitud hacia el toro que trae cortado el terreno mejorándolo, formando el centro en el de las distancias, y conforme pone la espada, vacía el toro con el engaño y hace un buen quiebro para acabarla de clavar saliendo por la derecha del animal por pies.

También es frecuente la confusión de la suerte de *recibir* con la de *Aguantar*, pero sus diferencias son grandes y vamos a apuntarlas.

Dícese que una res se mata *aguantando* cuando, estando el diestro en la rectitud del toro, después de haberle pasado y de haber acudido noble y voluntarioso, se le arranca al embozar la muleta en el palo; el matador le espera, y vaciándolo con un quiebro de cintura y muleta, le hiere fuera del embroque.

No conviene, pues, esta suerte con la de recibir en los puntos siguientes: primero, en la última es

requisito esencial el desafío con el trapo y en la de aguantar no se hace éste; y segundo, la de aguantar no deja de ser tal porque se muevan los pies, y se salga el diestro del sitio en que se colocara, lo cual sabemos que no pasa en la de recibir.

Volapié. — El renombrado lidiador sevillano Joaquín Rodríguez, *Costillares*, que vivió hasta fines del siglo XVIII, y fué hombre de grandes conocimientos taurinos y mayor destreza, enriqueció el arte con este nueva suerte, digna de elogio.

Su ejecución es muy sencilla: el diestro se arma para la suerte, sobre corto y espera el momento en que el toro tenga la cabeza natural, yéndose con ligereza a él, tirándole la muleta al hocico para que humille y se descubra, metiendo entonces la espada y saliendo del centro por pies hacia la cola del cornúpeto.

Es absolutamente indispensable que el toro esté aplomado. Debe tener las piernas juntas, porque las reglas del volapié estriban en su inmovilidad y asimismo debe juntarlas, porque de lo contrario lleva adelantado un paso que habría de dar al partir, estando cuadrado, cuyo paso le presta firmeza para arrancar y forma punto de apoyo para la carrera.

Estando un toro aplomado con las nalgas contra las barreras, no se le dará el volapié sin persuadirse de que no conserva piernas y sin que se ponga un peón en la dirección de las tablas.

El aficionado menos experto, el que sólo haya presenciado unas cuantas corridas y visto estoquear dos

docenas de toros, se dará cuenta inmediatamente que ese *volapié* que acabamos de describir, reproduciendo la definición que de esa suerte daban los antiguos tratadistas, apenas si tiene algo que ver con la estocada que en la actualidad conocemos con el mismo nombre.

Joaquín Rodríguez, *Costillares*, nunca pudo suponer que, andando el tiempo, la suerte que él había innovado como *recurso* para los casos en que los toros no acudieran, por muy aplomados, al cite de la muleta para ser *recibidos a la muerte*, había de transformarse en la forma única de matar, claro es que con modificaciones que la convierten en una cosa intermedia entre el volapié propiamente dicho y la estocada *recibiendo*.

Pepeillo, el tratadista más próximo a *Costillares*, del que fué discípulo, define en su Tauromaquia o Arte de torear, de este modo el volapié:

“Consiste en que el diestro se sitúa a la muerte con el toro, ocupando cumplidamente su terreno, y luego que al cite de la muleta humilla y se descubre, corre hacia él poniéndosela en el centro, y dejándose caer sobre el toro mete la espada y sale con pies.

”Esta suerte es lucidísima, y con ella se dan las mejores estocadas, y se hace a toda clase de toros como fumillen y se descubran algún poco. Pero no es siempre ocasión de ejecutarla, sino sólo cuando los toros están sin piernas y tardos en embestir.”

Fíjese el lector que para ejecutar el volapié clásico,

el de *Costillares*, son condiciones precisas que los toros estén aplomados y no embistan, es decir, "que no hagan nada por el torero", que "ha de meter el estoque dejándose caer sobre el toro y salir con pies".

Téngase esto presente.

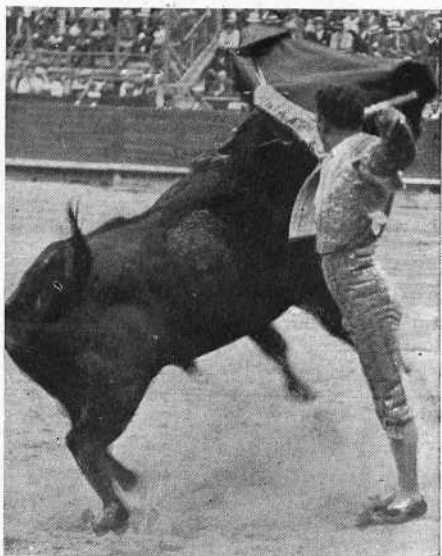
Esto es lo que escribía o dictaba o autorizaba José Delgado, "Illo", a fines del siglo XVIII, y se publicaba en 1796 en Cádiz.

Cuarenta años más tarde, Francisco Montes "Paquiro", el que en su tiempo fué llamado Napoleón de los toreros, y en mi concepto con "Guerrita" y "Joselito" forma el terceto cumbre de la tauromaquia; ese "Paquiro", pues, para el que el toreo no tenía secretos, al escribir o firmar el tratado de tauromaquia de que probablemente es autor D. Santos López Pelegrín, Abenamar, dice de la estocada a volapié:

"Es susceptible de hacerse con toda clase de toros, siempre que se hallen en el estado de aplomados único oportuno para ejecutarse con toda seguridad.

"El modo de practicarla es muy sencillo, pues consiste en armarse el diestro para la muerte sobre corto, por razón de que el toro no arranca, lo cual es requisito preciso para la suerte, que por esto también la llaman algunos a *toro parado*; estando, pues, armado así se espera el momento en que el toro tenga la cabeza natural, y yéndose con prontitud a él, se le acercará la muleta al hocico, bajándola hasta el suelo para que humille bien y se

*Pase
natural
con la
derecha
por alto*

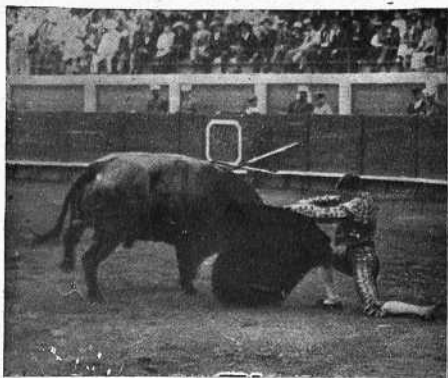


*Pase de pecho con
la derecha*





Ayudado de JOSELITO



Un rodillazo de JOSELITO

descubra, hecho lo cual se mete la espada, saliendo del centro con todos los pies.”

“El estado aplomado del toro es absolutamente indispensable para verificar con seguridad una suerte que se funda en su completa inmovilidad. Son funestísimos los resultados que acarrearía este precepto. Si por no estar verdaderamente aplomado arranca hacia el diestro después que este salió hacia él ; cuán probable la cogida!”

Como el lector está viendo, en tiempos de Montes todavía, el *volapié clásico* requería la completa inmovilidad del toro y que el diestro acometiese y saliera de la suerte con todos los pies.

Siga tomando nota.

Pasan los años, estamos en 1868, ya la suerte de *recibir* apenas si algún que otro torero la ejecuta; el *volapié* triunfa y reina.

Pero veamos lo que es ya el *volapié* por entonces, y para ello nada mejor que copiar el consejo que le daba *El Mengue*, el autorizadísimo semanario de Garisuain Blanco, a Antonio Sánchez, el *Tato*, al apreciar su trabajo en la tarde del 14 de abril de 1868:

“A los toros se les hiere *avisándolos* con la muleta montada sobre el pico del palo, cuando de la posición natural *humillan* para cogerla. Entonces enseñan el *morrillo*, y los matadores que tienen conciencia para *verlos llegar*, les *meten* la mano con conocimiento y se *salen fuera de cacho*.”

Ya no es requisito preciso la *inmovilidad* del toro; ya necesita el matador conciencia para *verlos llegar*; ya el toro ayuda al torero (1).

La evolución era fatal, y las razones no pueden ser más obvias.

El *volapié*, en unos cuantos años, había pasado de *estocada de recurso*, admisible solamente para las reses que no podían ser *recibidas*, a suerte apta para estoquear todo género de reses, y por lo tanto ya se hizo preciso revestirla de un cierto lucimiento, de una cierta gallardía, de una cierta vistosidad, que paulatinamente va en aumento hasta crear de Joselito Redondo a nuestros días la categoría de grandes matadores, con la tal estocada, a la par que las dificultades de ejecución van creciendo.

El *volapié* actual, muy superior al clásico, al de *Costillares*, no es ya ese modo de estoquear seguro y fácil de que nos hablan *Pepeillo* y Montes en sus tratados; tan difícil es que pocos son los lidiadores que sin un *tranquillo* salvador pueden mantenerse largo tiempo en los ruedos, porque dependiendo el resultado de la acción del toro como de la del diestro, no siempre aquél responde a las exigencias de éste, ni en el momento de acometer mantiene constantemente sus características, es decir, aquellas peculiaridades que el torero ha observado y tiene en cuenta al consumir la suerte.

(1) D. José Sánchez de Neira, en su *Diccionario Taurómico* (1896), se atiene al *volapié* de Montes, como si nada hubiera cambiado. ¡Y había cambiado!

El *volapié* que ahora llamamos tal y tenemos por la forma más perfecta de matar, ha de ejecutarse dejándose ver del toro, yéndose a él despacio y recto y metiendo el estoque poco a poco, salvando en la humillación el embroque y saliendo limpio por el costillar.



Para que esto sea posible, el toro ha de *hacer por el torero*, ha de obedecer a la muleta, y ha de tomar su terreno francamente. Si no *hace por el torero* lo que éste esperaba, es decir, sino arranca, o bien el matador al notar lo tiene que echarse fuera o si sigue el viaje quedará en pinchazo lo que se pensó que fuese estocada, o que si ésta se logra, espere el toro y prenda al torero, a no ser que quiera la casualidad que todo salga a gusto de todos.

En la estocada *recibiendo*, teóricamente cuando menos, como es la fiera la que parte, la que ataca, al hombre le queda el recurso de mejorar el terreno y hasta pasarse sin herir, o hacerlo al *encuentro*, si

considera que el toro no acomete proporcionado para esperarle; en el *volapié*, una vez hecho el avance, el torero queda a merced del toro, y todas las reglas que suponemos infalibles fallan a lo mejor, desde el cruce a meter la muleta en el hocico del animal; como tampoco es raro que no obedezcan a sus que-rencias, que hagan mucho por el matador cuando se esperaba que hicieran menos, etc., etc.

Y todo lo dicho es referente al toro que no ofrece mayores dificultades para la consumación de la suerte; cuando las ofrece, sin ventaja, sin tranquillo y en ocasiones sin la ayuda de la suerte, ejecutar el *volapié* es punto menos que imposible.

Por esa razón, no es vituperable que, en determinadas circunstancias, el matador tome precauciones, ponga en práctica ventajas, pues no hacerlo implicaría ignorancia o imprudencia temeraria.

Así, por ejemplo, cuando el toro adelante por el pitón izquierdo, es lógico y no censurable que el diestro se "alivie", cuarteando lo necesario para salvar el peligro. Lo mismo se ha de hacer cuando se halla la res aconchada a las tablas, pues lo más probable es que al sentirse herida siga el único terreno de que dispone que es el del matador en ese caso.

Si está muy aplomada, hay que atacar con muchos pies, porque en esa circunstancia no puede esperarse que haga nada por el diestro, que ha de llevar el empuje necesario para meter el estoque y salir

rápido, sin dar tiempo a que la res, que observa el viaje, le tape la salida y le dé una cogida.

Por algo hemos dicho, y se ha dicho siempre hasta la saciedad, que conocer la calidad del toro es lo primero que ha de procurar el buen aficionado, pues no con todos los que salen de los chiqueros es posible hacerlo todo, y cada uno requiere su lidia.

El *volapié* actual, que tiene mucho de la estocada *arrancando*, no siempre se puede ejecutar a ley.

Para esos casos es cuando se recurre a otras formas de matar que seguidamente se explicarán; después de haber hablado de:

La estocada a un tiempo. — Se equivoca por algunos con la de el *encuentro* que están muy lejos de ser hermanas. Basta decir, para penetrar la disconformidad, que la ejecución de la primera es siempre fortuita, mientras que la de la segunda es siempre meditada y preparada.

Bajo la denominación de estocadas de recurso, comprenden los taurófilos las estocadas llamadas *a la carrera*, *a la media vuelta* y *a paso de banderillas*, las cuales constituyen otros tantos modos de matar con seguridad los toros que dan que temer por ser de sentido, no arrancar o taparse. Tratándose de reses de esa índole es lícito usarlas, sin que padezca en nada la reputación del diestro que la ejecuta, pero con otras son deslucidas.

La suerte a la carrera puede intentarse cuando el bicho va levantado o cuando va corriendo tras de

algún capote, y se realiza en ambos casos saliendo el espada armado al encuentro del toro, dándole la estocada por las reglas ya establecidas. Ofrece este lance la dificultad de no ser fácil herir en el sitio oportuno, por la violencia que trae el toro y por no tener el torero tiempo de hacer fijo el punto de vista.

La estocada a la *media vuelta* se efectúa de igual manera que las banderillas colocadas en aquella suerte, a la que, para no incurrir en repeticiones enojosas, remitimos a nuestros lectores.

Para ejecutar la de *a paso de banderillas*, tomará el diestro la tierra que conceptúe necesaria atendiendo al estado del toro, y hará que nadie ande junto a éste para que no pierda la posición: liará la muleta y preparará el brazo como para recibir, yéndose al toro haciendo un cuarteo, y al humillar, dentro aun del centro, señalará la estocada, haciendo el quiebro de muleta con que se sale del embroque para dejarse caer y apurar la estocada hasta la guarnición. El mérito de estas estocadas consiste principalmente en concluir con las reses en el menor tiempo posible, por cuya razón se procurará herir hondo y en buen sitio.

Del acachetear o apuntillar los toros



L acachetear o dar la puntilla es un feliz descubrimiento, cuya utilidad es manifiesta en la plaza, porque sin él tardarían mucho las reses en morirse de una sola estocada, produciendo en los espectadores la impaciencia y el disgusto consiguientes.

Con el fin de alejar esas contrariedades se hace uso del *cachete o puntilla*, cuyo instrumento no es otra cosa que un cilindro de acero de una pulgada de diámetro y una tercia de largo, que termina en una de sus extremidades en una especie de lanciata y en la opuesta a un puño de madera.

Después de echado el animal herido de muerte, y estando el matador delante con la muleta inmediata a aquél, para que el bicho se fije en ella y no mueva la cabeza, el cachetero se irá por detrás y le introducirá de un golpe la puntilla por el sitio de la raíz de los cuernos, con lo que se corta la médula, extinguiéndose la vida con la velocidad del rayo.

Se llama dar la puntilla de *ballestilla* cuando el puntillero remata el toro por delante, no dando el golpe empuñando el mango en la forma corriente,

sino apoyando en la palma de la mano el mango, con los dedos índice y corazón apoyados en la hoja.

Hay otros modos de dar la puntilla, que son: a *cachete*, la forma más usual descrita arriba y al *gallu*, que viene a ser como la ballestilla, pero por detrás y se diferencia del *cachete* en que no se empuña el mango.

Algunos llaman *tirar la puntilla de ballestilla* a lo que hacen algunos matadores o puntilleros cuando la tiran estando el toro de pie, los primeros, echado los segundos.

"No creo que buenos aficionados puedan confundir la suerte de *tirar la puntilla* con la de *darla de ballestilla*." Estas frases, que se publicaron hace más de diez años pertenecen a Rafael Guerra, *Guerrita*, a quien debemos considerar con autoridad bastante para acatarlas y no enseñar mal a los que nos leen.

Tirar la puntilla, es tirarla nada más, pero no tiene nada que ver con la *ballestilla*.

Llamarla así, como dice bien el maestro *Dulzuras* "viene a ser como llamar *quiebro de rodillas* a una suerte que se hace con el capote, y como decir: El espada citó a recibir; pero se echó fuera y dió una estocada aguantando".

Breve vocabulario taurómico de los términos más usuales que no han sido explicados en el texto

Abierto.—En banderillas, es el par cuyos palos resultan separados uno de otro. Igualmente se dice que un toro está *abierto* cuando no tiene juntas las manos o no está cuadrado, como debe hallarse para la ejecución de ciertas suertes, especialmente la de matar; pero no porque, como mucha gente supone, cuanto más separadas están las manos signifique que más cerradas están las agujas o alto de las espaldillas, pues no tienen relación unas con otras, sino porque el estar cuadrada la res con las manos juntas indica una actitud de reposo, para salir de la cual necesita un tiempo que es el que el lidiador aprovecha y lleva de ventaja a su enemigo en la ejecución del lance.

Abrir.—Es desviar al toro de la barrera, cuando se halla próximo y paralelo a ella.

Abrirse de capa.—Tender el capote cogido con las dos manos para torear. Se dice generalmente cuando esto lo hace el matador para lancear da capa.

Acochinado.—Se llama así el toro gordo y hondo, con cierta semejanza de aspecto con el cochino.

Aconcharse.—Se dice del toro que se arrima a los tableros para buscar en ellos defensa. No se emplea ya mucho esta voz.

Acorralado.—Cuando el toro se aconcha a las tablas y no acude a los cites, se dice que está acorralado. Tampoco es frecuente este término.

Acosar.—Faena de campo, empleada generalmente en la tienta en campo abierto, para la cual penetran dos jinetes, formando lo que se llama una collera, en una piara de ganado de la que hacen salir al becerro y cuando lo tienen a bastante distancia lo derriban.

Agujas.—Los huesos superiores que terminan los brazuelos en lo alto del morrillo. Se dice que un toro es alto de agujas y bajo de agujas, según sea mayor o menor la elevación del morrillo, con relación al tamaño del toro.

Acostarse.—Los toros que adelantan por un lado o por ambos y además se ciñen, esto es, tienden a meterse en el terreno del diestro, se dice que se "acuestan" por el derecho o por el izquierdo o por los dos lados.

Así, pues, "adelantan" cuando con un cuerno u otro, de una manera habitual, buscan el bulto y se "acuestan" cuando habitualmente se ciñen.

Acudir.—La acción de acometer el toro a aquél que le cita.

Por la rapidez y la forma en que lo haga se pueden conocer los grados de bravura de la res.

De todos modos a favor de querencia todos se arrancan y acuden prontamente, y lo contrario ocurre cuando se les cita contra querencia aunque se trate de un toro que no sea manso, sobre todo en el último estado, o sea el de aplomado.

Acularse.—Lo que hace el toro cuando para defenderse se adosa a la valla, apoyando o poco menos los cuartos traseros contra ella.

Es muy difícil ejecutar ninguna suerte hallándose la res en esta posición, y necesita ser valiente el matador que le llega con la muleta o con el estoque, aunque para esto último es indispensable haberse resguardado algo para que no quede del todo tapada la salida.

Achuchar.—Achuchan las reses cuando en el centro de la suerte arremeten desproporcionadas contra el bulto sin hacer caso del engaño; cuando por un lado u otro buscan al lidiador por lo que se dice “achuchaba por el izquierdo”, o “por el derecho”, o “por ambos lados”, defecto el cual se nota más especialmente en los lances de capa y en el toreo de muleta.

Véase: **ADELANTAR.**

Achuchón.—Se llama así la acometida brusca e imprevista del toro debido a lo cual el diestro no puede defenderse con el capote o muleta y se limita

a apartarse o desviarse para rehuir el hachazo y evitar la cogida.

Adelantado.—Se designa con este nombre al becerro o novillo precoz, con más corpulencia y desarrollo del que su edad requiere, y con los que completan los ganaderos poco escrupulosos en años de mucha demanda las corridas que de otro modo no podrían servir, si no es que, con utrerros adelantados, se ran casos, se forme la corrida.

Adelantado.—Se dice que el toro está adelantado de una mano u otra cuando al iniciar las suertes, especialmente la de matar, no está cuadrado y por lo tanto en actitud de arrancar, lo que ha de tener muy presente el lidiador, pues como se ha dicho en la palabra *abierto*, con ello pierde un tiempo el diestro.

Adelantar.—Los toros no siempre cornean con igual facilidad por ambos lados, ni tampoco toman el engaño ni obedecen a éste con la misma sencillez unos que otros.

Hay cornúpetos que por el lado derecho, por ejemplo, pasan bien, y en cambio por el lado izquierdo buscan el bulto. En tales casos se dice que el toro "adelantaba" por el izquierdo, por el derecho si hace lo contrario, si por los dos lados que "adelantaba" por ambos.

Adentros.—Al hablar de los terrenos se ha dado la explicación y división de ellos. Se dice que el diestro da los adentros al toro cuando trueca los te-

rrenos por tener la res querencia a las tablas, en cuyo caso se le torea dejándole expedita esa querencia, o sea, al revés de lo que generalmente se hace, porque de ordinario la salida natural de la fiera es hacia las afueras o medios de la plaza, y por lo tanto el torero ocupa el terreno de adentro, que es el suyo, y le da al toro el de fuera, que es el que le corresponde.

Antes, a lo que ahora llamamos “dando los adentros”, se denominaba “dando tablas”, y a la estocada dada en esa posición se la designaba de igual modo, esto es, “dando tablas”, y ahora se dice que entró a matar el espada en la “suerte contraria”.

Afueras.—Es el terreno que se extiende desde el tercio a los medios. Es el terreno del toro.

Amorcillado.—Cuando herido el toro de muerte es interior la hemorragia y tarda en doblar y se le ve hincharse, se dice que está *amorcillado* o que “se bebe la sangre”.

Anillos.—Líneas circulares que tienen los toros en la parte inferior de los cuernos. También suele llamarse así al redondel pero en singular.

Armarse.—Ponerse en disposición de ejecutar la suerte.

Cabezada.—Lo mismo que hachazo.

Castigo.—Todo aquello que se hace al toro y le causa molestia y dolor.

Cargar la suerte.—El movimiento que hace el diestro en el centro de ella de bajar los brazos y

meter el engaño en el terreno de fuera, para echar del suyo al toro.

Cernirse en el engaño. — Se dice cuando una res se queda delante de él indecisa sobre tomarlo o dejarlo.

Cibe. — Todo movimiento o voz con que el diestro incita al cornúpeto para que arranque.

Colarse el toro. — Significa haberse metido en el terreno de dentro, o haberse ido por entre el engaño y el cuerpo. Los picadores emplean esa locución, seguida de la palabra suelto, para explicar que el bicho llegó hasta el caballo sin haberlo pinchado. De lo primero tiene la culpa el toro, de lo segundo el picador.

Contrario. — Se dice que un toro sale contrario cuando en vez de dirigirse hacia el lado izquierdo lo hace al derecho al salir de los chiqueros.

Contraste. — Hay contraste cuando el toro se ve obligado por dos toreros.

Cuadrada. — Tener la muleta delante del toro, de modo que le dé toda de frente.

Cuadrarse. — Ponerse al lado del cuello del toro donde no alcance el hachazo.

Derrotes. — Los movimientos que hace el animal con la cabeza cuando quiere desarmar al torero.

Desarmar. — Se dice cuando el toro derrota de manera que le quita de las manos al diestro, la muleta, espada, banderillas o vara.

Desarmarse.— Frase con que se designa el acto del espada, una vez preparado para dar la estocada, por cualquier razón no la da o evita darla.

Desarme.— Cuando el matador pierde la muleta o la capa por un derrote del toro.

Encerrado.— Un diestro está encerrado si no tiene bastante terreno para hacer la suerte sin tropezar con la fiera.

Embroke.— Sobre corto: cuando el diestro se encuentra en situación que dando el toro la cornada, lo alcanza si no se libra por medio de un recurso. Sobre largo: cuando el diestro va huyendo del toro y éste lo lleva enfilado, observando su viaje en rectitud a las tablas. Está casi en desuso hoy esta voz que se substituye con la expresión de “perderle la cara al toro”, en la mayoría de los casos.

Escupirse.— No tomar el engaño.

Estar el toro en suerte.— Cuando está derecho, dividiendo igualmente los terrenos, para lo cual es preciso que esté en dirección de las tablas.

Ganarle la cara al toro.— Es término que se emplea más generalmente en la suerte de banderillas, cuando por cortar el terreno el toro, el banderillero acentúa el cuarteo para salvar el embroke, que de otro modo se produciría al llegar al centro de la suerte, y logra cuadrar y meter los brazos fuera de cacho.

Hachazo.— El movimiento que hace el toro con la cabeza para usar de sus armas.

Hallarse en suerte el torero. — Cuando está frente al toro preparado para hacer alguna.

Humillar o descubrirse. — Se llama la acción de bajar el toro la cabeza para engendrar el hachazo.

Jurisdicción. — La del lidiador es el pedazo de tierra en que puede hacer la suerte, y la del toro hasta donde alcanza con el hachazo.

Liar. — Recoger la muleta sobre el palo.

Mejorar el terreno. — Cuando el matador, por ejemplo, ve que el toro viene cortándole la salida y da unos dos pasos contra la intención del animal, procurando conservar su terreno, o cuando viene escupiéndose y se adelanta hacia el toro.

Meter el brazo o los brazos. — La acción de extender el brazo para herir o clavar las banderillas.

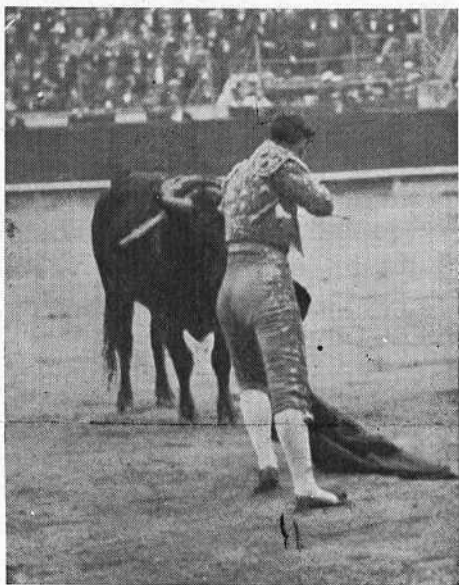
Meter el pie. — Citar a recibir.

Parear. — Poner dos banderillas.

Parón. — Es un nuevo término que empezaron empleando los toreros para designar el acto de mantenerse firme y quieto el diestro en la ejecución de las suertes de capa y muleta resistiendo inmóvil la acometida (1).

(1) Los toreros de estos últimos años cultivan con exceso el *parón* y en el exceso está el único mal, porque en lo de "hacer la estatua" oportunamente y hasta tantas veces como la ocasión sin forzarla, se presente, no veo mal alguno; al contrario, me parece muy bien. Pero de ahí a fiarlo todo al *parón* no es posible, porque, ya no hay toreo.

No quisiera decir que, por ejemplo, como torea Cagancho algunas veces de capa, "no se puede torear", porque... he repetido demasiado que "toreando como no se puede" como los "clásicos" aseguraban que "no se podía" el toreo ha dado pasos gigantescos de



Entrando a matar a volapié



Descabello



Dando la puntilla a cachete

Perder el sitio.—Se valen los toreros de esta expresión, y tras los toreros los aficionados, para significar que un diestro ha perdido el arte, maña, manera, etc., que tenía de ejecutar las suertes y con más precisión el terreno en que las ejecutaba. Por lo que hay en esta profesión de lidiador de automatismo, por la influencia que tiene el hábito, en cada torero existe una peculiar forma de torear en la que se revela su personalidad. Como esta forma de torear se hace inconsciente, constituye su estilo, y si por un accidente, por consejos, por miedo, se modifica, se dice que el torero ha *perdido su sitio*, porque realmente le entra la incertidumbre, el desconcierto, y con la duda se desvanece su personalidad.

avance, para rectificar hoy mi criterio. A pesar de eso, y creyendo, sin embargo, que no hay tal rectificación no puedo sustraerme a decir lo que tengo por verdad, aunque con ello concite contra mí las iras, exteriorizadas en desdenes, de unos cuantos críticos de entusiasmos fáciles e imprudentemente hiperbólicos, que elevando la chiripa a la categoría de arte, han proclamado al gitano trianero creador de una nueva modalidad de torear de capa, cuando en realidad el joven Rodríguez lo único que ha aportado a la tauromaquia, con los reverses consiguientes, lógicos y naturales, es el arte de no torear, o si se quiere con otro nombre, "el arte de torear el toro a sí mismo".

El *temple*, la *suavidad*, en el toreo, tienen un límite, como también el *parar* es relativo y circunstancial, y ni una cosa ni otra son posibles sin *mandar* y no hay manera de *mandar* sin *cargar la suerte*, más o menos, como no sea aprovechando los viajes naturales del toro camino de su querencia. En una palabra, torear es "llevar el toro toreado", y esto que suena a perogrullada, y sería un bien que no hubiese dejado de serlo, empieza a hacerse necesario actualmente que se repita con insistencia, pues lo exigen así, por un lado el entronzamiento insensato del *parón* a todo pasto y por el otro, una exagerada *estilización* del toreo de capa y muleta. Repitémoslo: todo tiene sus límites.

Con la muleta, lograr una faena impresionante a base de *parones*, es factible y hasta relativamente fácil, con perjuicio, desde luego, casi siempre, de la ligazón, pues de no tratarse de un toro muy bravo, muy noble y muy suave por ambos lados, se hace pre-

Perderle la cara al toro.—cuando el toro por malicia suya o por torpeza o miedo del diestro, y es lo más frecuente, en vez de seguir el engaño, capa o muleta, tiene embrocado a aquél, o lo que es lo mismo, "le ha ganado la acción" y por lo tanto lo tiene a merced suya, se dice que "el torero le ha perdido la cara al toro", y sin la intervención de un capote o saliendo por pies, la cogida es segura si la res arremete. Más que término técnico, pertenece esta expresión al lenguaje pintoresco de la torería, pero como con muchos otros ha ocurrido este idiotismo por ser gráfico y dar idea exacta del hecho, se ha incorporado ya al tecnicismo taurino.

ciso buscarle la *querencia* y de ahí que cada *parón* sea en ocasiones un lance aislado y se haga necesario recorrer media plaza para ejecutarlos. Con el capote eso no es posible. Si al dar una *verónica* por el lado izquierdo basta un ligero cite para que el toro embista y siga por su terreno su viaje natural, en la siguiente, por el lado derecho, como no se las haya el diestro con un enemigo muy bravo y muy noble, ya probablemente no embestirá tan franco que pueda prescindirse de "llevarlo toreado" para que obedezca y vaya por el terreno que el capote le señala; y aun tratándose de una res brava y sencilla la repetición de los lances, los consecutivos desengaños, la poca o mucha pérdida del impetu primitivo, le habrán enseñado lo bastante para medir sus acometidas y rematar en el objeto casi inmóvil que se ofrece a su codicia. Consecuencia de ello, que como eso no es torear, si lo fuera bastaría con mantenerse quieto y erguido con un capote o una muleta en las manos para ser torero. Las tentativas de varios diestros que no hay para que nombrar y a los que les puede costar serios percances la mayoría de las veces, es la mejor demostración. De torear con *suavidad* y *temple* a hacer el *Don Tancredo* con un capote en las manos, hay la diferencia que existe entre torear (*llevar al toro toreado*) y no torear, o pretender que el toro se toree a sí mismo.

Los éxitos clamorosos de esos son una señal de estos tiempos, en los que, desorientada la afición, por falta de una gran figura que imponga normas y por efecto de carecer de una verdadera crítica que encauce los gustos, se están repitiendo los casos de exaltación y llenándose de estrellas el cielo de la Tauromaquia; pero de estrellas fugaces, con positivo desconcierto, no sólo del público, sino tam-

Quiebro.—Todo movimiento de cintura con que se esquivá el hachazo.

Rematar.— Se llama así al acto de cornear el toro las tablas cuando va siguiendo a un diestro y las toma éste, desapareciendo de su vista, o cuando no para hasta llegar a él.

Salida falsa.— Viaje de los banderilleros en que no llegan a meter los brazos para clavar.

Salirse de la suerte.— Tratar de llevar a cabo una suerte y no consumarla por voluntad del diestro.

bién de los mismos toreros, que acaban por no saber a qué atenerse y desconfían de su propio arte cuando ven que éste es ineficaz para interesar a una muchedumbre que aprecia más que la maña, la habilidad, la inteligencia, el dominio, en una palabra, el arte, aquello en que el arte, precisamente interviene menos. De eso resulta que poniendo toda la voluntad y todo el deseo en la ejecución de los lances vistosos y emocionantes a que únicamente se prestan un reducido número de toros, más reducido porque cada diestro necesita el toro o su medida, tan pronto como pisa el ruedo una res que no sea "a modo" y son las que más lo pisan, el desaliento se apodera del espada y éste tira a salir del paso lo antes posible, seguro de que cuanto haga de buen torero no se lo han de agradecer. Eso en el supuesto de que supiera hacerlo, o refiriéndome a los contados que lo saben hacer, pues la generalidad son incapaces; y unos porque no pueden y otros porque no quieren, el resultado es que, están bien, muy bien, si el toro lo consiente, o están mal, muy mal, si el toro no les da facilidades.

Decir esto sería no decir nada si no añadiera, o repitiera de nuevo, que mientras la crítica ensalce a capricho, y por las razones que sea, lo que más le halague o convenga, y la afición acepte como buenas las sugerencias de esa crítica, no hay manera de hacer responsable al torero, que por negocio y vanidad quiere bienquistarse con los públicos, de que siga modas y gustos que les son impuestos, y aun trate de ir un poco más allá de lo que el buen sentido y el buen gusto aconsejan.

En total, que el parón está muy bien a tiempo y en sazón, pero en modo alguno como base del toreo.

Esto escribí hace un par de años, a la aparición de *Cagancho*, y me parece que no está en este librito fuera de lugar ahora. Perdónese, pues, esta repetición (1).

(1) *Los ases del toreo. Biografía de Cagancho.*

Sentar los pies. — Tenerlos quietos hasta el instante oportuno.

Suerte natural. — Al estoquear es cuando hallándose el toro en el tercio y paralelo a las tablas, tiene el torero la salida al terreno de dentro y la fiera al de fuera.

Suerte contraria. — Cuando ocurre lo contrario precisamente.

Taparse el toro. — Cuando en vez de humillar alza la cabeza.

Tender la suerte. — Bajar el capote y adelantarlo un poco.

Tirar los brazos. — Movimiento que se hace con ellos para sacar el engaño.

Tirón. — Llamam *tirón* los toreros a la acometida del toro, a la forma de acometer.

Transformación. — La de los toros si de buenos se convierten en malos, o viceversa.

Viaje. — La carrera determinada del diestro o del toro.



Conclusión

Si el lector ha llegado hasta aquí ¿ha sacado algún provecho de estas páginas?

Es una duda que me asalta, acabada mi tarea, un poco por desconfianza en mi labor y otro poco por que no estoy del todo convencido de que el aficionado sepa distinguir, en el texto, lo que son preceptos de lo que no son más que sugerencias.

En la parte preceptiva me he atenido, naturalmente, a “nuestros clásicos”, sin objeciones ni comentarios cuando las suertes no han sufrido con el tiempo modificaciones o al tratarse de aquellas que, por haber caído en desuso, tienen más bien una existencia teórica, mientras no haya un torero que las resucite. Figuran en el elenco, las que figuran, por eso, por si alguien intenta resucitarlas, que bien podría ocurrir y no faltan los precedentes.

Así, por ejemplo, se habla de la *suerte al costado por delante*, de las *banderillas a topa carnero* y al *recorte*, de algunos *saltos*, de ciertos *galleos*, de determinadas *estocadas* (al *encuentro*, a *toro corrido*) que si hoy se ven es de un modo aleatorio, fortuito.

y no se dice nada de la estocada *arrancando*, porque en realidad viene a ser algo muy parecido—si no es lo mismo—al *volapié* actual.

Todas estas definiciones, como las de *pintas* de los toros, *encornaduras* y el resto del vocabulario taurino, están en su mayoría tomadas de los autores que en esta labor me han precedido, especialmente de Montes.

Pero hay algo de que no se había hablado, o por lo menos escrito, antes de este librito: y se hace ahora desde un punto de vista estrictamente espectacular, rehuendo tecnicismos, pues como ya se ha dicho repetidas veces, es al espectador y no al profesional a quien van enderezadas las enseñanzas, si alguna se desprende de estas páginas.

Y viene luego, lo que de más personal se ha puesto en ellas y por lo mismo lo que mayores inquietudes me produce.

Aceptadas al pie de la letra, lo que, como antes queda manifestado, no son más que sugerencias, mi temor, es que, acaso, el aficionado se cree una pugna entre lo que aquí lea y lo que en otras ocasiones se le ha dicho y ha venido a ser su manera de pensar; y evitar esa pugna es lo que yo quisiera y lo que he de tratar de hacer, aun a trueque de "machacar" pues prefiero la fama de "machacón" a suscitar perplejidades e indecisiones de juicio,

que tuvieran como consecuencia la confusión y el desconcierto.

Sobre la base de que todo cuanto se le haga al toro es, o por lo menos debía de ser, para el mayor goce y diversión del espectador, no hay razón para que nada se proscriba, aun cuando se trate de lances de mérito más aparente que real, en los que la intervención del manoseado "truco" alcance una proporción excesiva; pero, eso sí, siempre que no sea en perjuicio del "buen arte" de torear, es decir siempre que no se quiera suplir el arte del bien torear con el arte de torear a mansalva, y se convierta la tauromaquia en ejercicio de acróbatas y titiriteros.

Por ejemplo: los muletazos de rodillas, los que dan los toreros sentados al estribo, suelen ser, con deplorable frecuencia, una manera de eludir el compromiso de torear como se debe, y unas veces no se sabe, y otras no se quiere; o lo que es lo mismo, para ciertos toreros, el hacer suertes forzadas, arriesgadas o violentas, puede ser un modo de encubrir deficiencias de ejecución, deficiencias de arte, y en ese caso algo tiene de vituperable lo que pierde su carácter de alarde de valentía, para adquirir el de verdadero "truco". Pero si el torero después de dar esos pases en el estribo o de rodillas, puesto de pie torea como es debido ¿cómo vituperar los rodillazos y los "estribazos"?

Todo lo que aumente la emoción, el goce, y sea

en beneficio de la variedad, de la alegría y de la amenidad del espectáculo me parece digno de estímulo; y cuando por un exceso de puritanismo, de clasicismo—que muy a menudo no es más que un exceso de partidismo—oigo o leo que ciertos críticos y aficionados condenan acerbamente ese toreo, si se quiere arbitrario, y mejor dicho estaría heterodoxo, se me antoja que más bien perjudican que benefician a la fiesta, pues no hay que olvidar que los públicos que se congregan en las plazas, lo mismo en la de Madrid que en la de Vich, no están compuestos de aficionados en ese sentido de peritos catadores de arte puro, y que aunque este les complazca, lo que más llega a ellos, quizá, son los alardes de valentía, las arrogancias, las suertes vistosas, las alegrías, que dan animación y variedad al espectáculo.

Por el encomio desmedido—desmedido por exclusivo—del *temple*, de la *suavidad*, etc., etc., la fiesta se resiente y está enferma—con peligro de muerte—de un empacho de *suavidad* y *temple*, que como primeras y fatales consecuencias ha traído el *achicar*, *acortar*, el toreo, y el crear el amaneramiento, por un afán de exagerar la suavidad llevándola a extremos en que la belleza, como en todo lo demasiado estilizado, toca los linderos de lo ridículo.

Pues bien, lo que yo habría deseado sugerir al lector de estas páginas es una amplitud de criterio, una comprensión, que le permitieran gozar de cuan-

to en el ruedo se haga y sea de su agrado, sin que vengan a corromperle las oraciones prejuicios técnicos, de escuela ni de partido. Mi afán no es otro que el de ponerle en guardia contra los que queriendo imponer sus gustos, o sus conveniencias, decretan lo que al espectador le ha de gustar o convenir, y con el peso de su autoridad tratan de abrumar al infeliz aficionado, haciéndole saber que es un estúpido necio si admite tal o cual forma de torear, por la razón potísima de que ellos (los buenos aficionados por auto aclamación) han decidido que "así no se torea", que "eso no es torear".

Hoy, como hace veinte años, vuelve a estar sobre el tapete, la entonces tan debatida cuestión, suscitada por el toreo de Ricardo Torres, *Bombita*, con "el compás abierto", que el diestro y sus partidarios proclamaban única. En lugar oportuno de este librito he manifestado lo que opino respecto a este punto, y como allí digo creo que es manera más adecuada y cómoda para "cargar la suerte" y "correr la mano" por la mayor base de sustentación que tiene el cuerpo y por lo tanto la mayor facilidad para extender y bajar los brazos; pero eso no quiere decir que con los pies juntos no puedan darse lances o que esos lances carezcan de todo valor. No es posible torear a todos los toros en esa actitud; pero cuando se puede, ¿por qué no se han de torear?

¿Porque Fulanito no torea así y sus partidarios no admiten otro toreo que el de Fulanito?

No me parece suficiente razón.

Recuerde el lector, para terminar, que en la tauromaquia la moda también tiene una influencia decisiva y que como en las demás cosas ocurre, desaparece y vuelve a lo mejor, bastando para ello que un torero con personalidad destacada imponga su estilo para que todos traten de imitarle. Si esto es de observación cotidiana y a nadie que lleve unos años de aficionado le ha podido escapar, se comprenderá cuán deleznable son las normas, aquellas que pudiéramos llamar adjetivas y que atañen a los estilos, hoy en boga y mañana en descrédito.

Deducidas, pues, las reglas básicas y fundamentales de la tauromaquia, las substantivas, que son muy pocas y muy sencillas, todas las demás se cambian, modifican y transforman con los gustos de cada época, unas veces por la natural evolución que experimentan, y otras por las imposiciones de que más arriba se hace mención.

Esto es lo que yo quisiera que el aficionado tuviese en cuenta antes de emitir un fallo definitivo sobre este o aquel toreo.

Y que no olvidase, además, que en todos hay belleza y emoción, cuando, como al principio de este librito se dice, las suertes se ejecutan con valentía, con arte, con elegancia, con gracia, tan amalgamado

y fundido todo con tal ponderación, que forme un sólo y único elemento.

Si esto hubiese conseguido con estas páginas EL ARTE DE VER LOS TOROS, habría cumplido la misión que me impuse al comenzarlas, la cual no es otra que convencerle de que para el espectador esto del toreo no es una cuestión de TÉCNICA sino de ESTÉTICA. La belleza es lo importante para él, no la manera de producirla. Eso es al crítico y al profesional a quien le incumbe.

UNO AL SESGO



INDICE

	PÁG.
Dedicatoria... ..	5
Palabras preliminares	7
I. EL TORO	
Orígenes. — Trapío. — Pinta. — Cornamenta. — Defectos. — Condiciones de lidia. — Transforma- ciones. — La edad	23
II. EL ARTE DE TOREAR	
Breve reseña histórica. — El toreo a caballo. — El toreo actual. — Reglas generales. — División de terrenos. — Querencias... ..	51
III. PRIMER CUARTO DE LA LIDIA	
Modo de correr los toros. — Lances de capa	75
IV. SEGUNDO CUARTO DE LA LIDIA.	
Suerte de varas. — De las diferentes maneras de picar. — Necesidad de su modificación	99
V. TERCER CUARTO DE LA LIDIA.	
Suerte de banderillas. — De las diversas maneras de banderillar... ..	111
VI. ULTIMO CUARTO DE LA LIDIA.	
El toreo de muleta. — Lo que era en el toreo antiguo y es en el moderno. — Faenas de eficacia y faenas de adorno	117

VII. ULTIMO CUARTO DE LA LIDIA (*continuación*).

De la estocada. — La suerte de recibir. — El volapié.	
— Otras formas de estoquear	143
VIII. Del acachetear o apuntillar los toros	169
IX. Breve vocabulario taurómico de los términos más usuales que no han sido explicados en el texto ...	171
Conclusión... ..	175



EDICIONES DE LA FIESTA BRAVA

ADMINISTRACIÓN: CALLE ARAGÓN, NÚM. 197 - BARCELONA

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Y CURIOSOS

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DE

UNO AL SESGO

A. CAPMANY

APOLOGÍA DE LAS FIESTAS DE TOROS

EDICIÓN BIBLIÓFILO DE CORTO TIRAJE. 3.— PESETAS.

N. F. DE MORATÍN

CARTA HISTÓRICA

G. M. DE JOVELLANOS

CARTA A VARGAS PONCE

Y

TOROS DE LA MEMORIA DE ARREGLO DE ESPECTÁCULOS

FÍGARO (J. M. DE LARRA)

CORRIDAS DE TOROS

ESTOS DIVERSOS ESCRITOS EN UN SOLO VOLUMEN. EDICIÓN

BIBLIÓFILO DE CORTO TIRAJE. 5.— PESETAS

UNO AL SESGO

TOROS Y TOREROS EN 1928. AÑO XXIV. 5.— PTAS.

TOROS Y TOREROS EN 1929. AÑO XXV (EN PREPAR.)

LOS ASES DEL TOREO. CUARTA SERIE

VAN PUBLICADOS: FELIX RODRIGUEZ, VICENTE BARRERA, ENRIQUE TORRES, FERMIN ESPINOSA (ARMILLITA CHICO). 0'30 Pta.

EN PREPARACIÓN FRANCISCO VEGA (GITANILLO DE TRIANA, JOSÉ ORTIZ, ANTONIO POSADA, JOSE PASTOR, ETC.

El arte de ver los toros

Guía del espectador

Edición profusamente ilustrada 3 pesetas

Reglamento de las corridas de toros y novillos

Con notas y comentarios. 1 peseta

(En prensa)

Pídalos en cualquier librería de España y
América o en esta administración

ARAGON, 197 — BARCELONA

EDICIONES DE LA FIESTA BRAVA

ADMINISTRACIÓN: CALLE ARAGÓN, NÚM. 197 - BARCELONA

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Y CURIOSOS

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DE

UNO AL SESGO

A. CAPMANY

APOLOGÍA DE LAS FIESTAS DE TOROS

EDICIÓN BIBLIÓFILO DE CORTO TIRAJE. 3.— PESETAS.

N. F. DE MORATÍN

CARTA HISTÓRICA

G. M. DE JOVELLANOS

CARTA A VARGAS PONCE

Y

TOROS DE LA MEMORIA DE ARREGLO DE ESPECTÁCULOS

FÍGARO (J. M. DE LARRA)

CORRIDAS DE TOROS

ESTOS DIVERSOS ESCRITOS EN UN SOLO VOLUMEN. EDICIÓN

BIBLIÓFILO DE CORTO TIRAJE. 5.— PESETAS

UNO AL SESGO

TOROS Y TOREROS EN 1928. AÑO XXIV. 5.— PTAS.

TOROS Y TOREROS EN 1929. AÑO XXV. (EN PREPAR.)

LOS ASES DEL TOREO. CUARTA SERIE

VAN PUBLICADOS: FELIX RODRÍGUEZ, VICENTE BARRERA, ENRIQUE TORRES, FERMIN ESPINOSA (ARMILLITA CHICO). 0'30 PTA.

EN PREPARACIÓN FRANCISCO VEGA (GITANILLO DE TRIANA), JOSÉ ORTIZ, ANTONIO POSADA, JOSE PASTOR, ETC.

o al Sege

EL ARTE DE VER LOS TOROS

peset.

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

ENCUENTRO DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

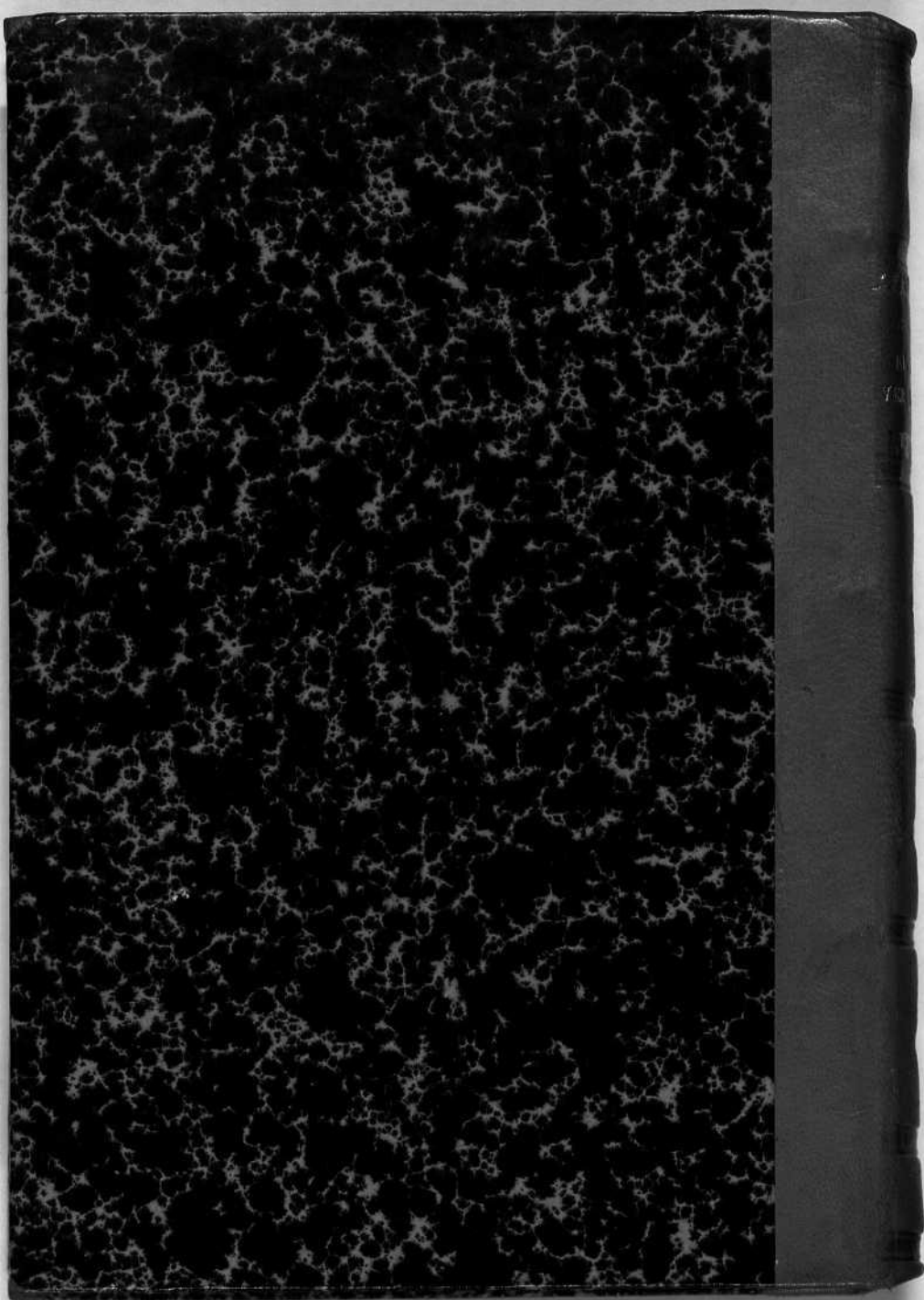
DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA

DE LA FLORES DE LA FLORES DE LA



Est-2
615



NOVAL SESGO

EL ARTE DE
ER DOS TORO